



# Joseph Conrad

## El corazón de las tinieblas

Lectulandia

Tejida en torno a una anécdota mínima —el viaje que por el río Congo hace Marlow para relevar a Kurtz, un agente comercial que se halla gravemente enfermo—, *El corazón de la tinieblas* constituye una tensa reflexión moral acerca de la soledad y de la lucha del hombre en su enfrentamiento con las fuerzas incontrolables de la naturaleza. JOSEPH CONRAD (1857-1924) introduce al lector en un mundo alucinatorio en el que las tinieblas de la jungla africana y la tenebrosidad de los instintos olvidados se funden armando una trampa inasible a cuyo poder de aniquilación acaban sucumbiendo los personajes.

**Lectulandia**

Joseph Conrad

# **El corazón de las tinieblas**

ePub r1.4

Titivillus 26.01.15

Título original: *Heart of Darkness*

Joseph Conrad, 1899

Traducción: Araceli García Ríos & Isabel Sánchez Araujo

Ilustración de cubierta: *Twilight in the wilderness* - Frederic Edwin Church

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Prólogo

*El corazón de las tinieblas* fue escrita entre 1898 y 1899, en un momento en que Joseph Conrad —para quien en general, representaba un gran esfuerzo escribir una novela— parecía encontrar mayor facilidad de lo que era habitual en él. Desde hacía aproximadamente un año, Conrad se debatía con *The Rescue* —que no lograría terminar hasta el final de su vida—, y en el verano de 1898 comenzó a escribir *Youth (Juventud)*, que se publicaría en 1902, junto con *El corazón de las tinieblas* y *The End of the Tether (Con la soga al cuello)*.

Precisamente en *Youth* aparece por primera vez un personaje que en posteriores obras conradianas va a tener bastante importancia: Marlow, un capitán de barco inglés del que Conrad se vale para contar su historia personal. Y este Marlow resulta ser un personaje muy especial sobre el que recaen simultáneamente varios cometidos dispares.

Para empezar, Conrad lo utiliza para introducir una técnica narrativa nueva en él: la narración dentro de la narración; una técnica que permite al autor situarse al margen, entremezclado con el reducido grupo de asiduos que forman el auditorio fijo de Marlow y salpicar su relato con algún comentario, generalmente extemporáneo. No se trata de un personaje más: Marlow es un marinero, pero no hay ninguna relación entre él y los marineros de *The Nigger of the «Narcissus» (El negro del «Narcisus»)* o de *Typhoon (Tifón)*. Éstos son, en su mayor parte, gente sencilla, con los vicios y virtudes que Conrad había conocido bien entre sus compañeros del mar; encarnan entes genéricos, representantes de la bien delimitada clase de los marinos mercantes, dotados con las virtudes que Conrad encontraba en ellos: integridad y valor; y las debilidades de los marineros que conoció. Nada de esto encontramos en Marlow. El Marlow narrador no da la sensación de ser un personaje de carne y hueso, sino que parece más bien simbolizar una actitud moral: la del propio Conrad. Como medio de presentar los acontecimientos, Marlow es útil por el realismo que les puede dar desde su perspectiva de protagonista, y simultáneamente, como comentador, los juicios que emite son los que

confieren a la historia su significado. Conrad está haciendo revivir acontecimientos de su propia vida, y a través de Marlow puede conseguir el doble efecto de presentarlos con autenticidad e inmediatez y al mismo tiempo agrandarlos y clarificarlos desde la distancia que le separa de ellos.

Sin embargo, la actitud moral de Marlow no está exenta de ambigüedades, sus conclusiones toman con frecuencia la forma de dudas: las dudas que asaltaban a Conrad. Las interrupciones en la narración de Marlow sirven también una doble finalidad: cuando las emociones resultan demasiado intensas para poderlas expresar, Marlow interrumpe el relato y vuelve, momentáneamente, al lado de sus compañeros para hacer un comentario marginal a la historia o incluso para interpelarles. Estas breves interrupciones dan vivacidad y verismo al acto mismo del relato, marcando con intervalos irregulares la diversidad de planos narrativos; pero además Conrad se sirve a veces de ellas para eludir la necesidad de terminar un comentario y dejar así en evidencia su propia ambigüedad...

Evidentemente, Joseph Conrad se encontró a gusto con el descubrimiento de Marlow, puesto que en muy poco tiempo produjo tres importantes novelas. La primera le pudo servir para experimentar con el nuevo personaje, al que progresivamente fue dado un papel más complejo, que culminó en *Lord Jim*. Después de *Lord Jim*, Conrad abandonó a Marlow, tal vez por considerar que se habían agotado sus posibilidades.

## El corazón de las tinieblas

En cuanto *Youth* estuvo terminada, Conrad intentó volver a la novela que había dejado interrumpida, pero, en parte, porque su proyecto era demasiado ambicioso, y en parte, porque su colaboración con Ford Madox For en *The Inheritors* (*Los herederos*) requería tiempo y dedicación, pronto volvió a encontrarse estancado con *The Rescue* (*El rescate*). Fue entonces cuando decidió escribir *El corazón de las tinieblas*, un relato largo sobre su experiencia en el Congo, pero bajo cuyo envoltorio se desarrolla un complejo estudio de emociones humanas. Es, como prácticamente toda la obra de Conrad, una historia semiautobiográfica. Él mismo, en su prefacio a la edición de 1902, escribía:

*El corazón de las tinieblas* es experiencia llevada un poco (y solamente un poco) más allá de los hechos reales, con el propósito, perfectamente legítimo, creo yo, de traerla a las mentes y al corazón

de los lectores. Había que dar a ese tema sombrío una siniestra resonancia, una tonalidad propia, una continua vibración que quedara —eso esperaba— suspendida en el aire y permaneciera grabada en el oído después de que hubiera sonado la última nota.

La experiencia real necesitaba de cierta exageración, de algunos toques de imaginación para activar con más fuerza los mecanismos de respuesta de los lectores. La historia fue escrita como una novela más, donde se planteaban los temas que obsesionaban a Joseph Conrad: el problema de la soledad humana, la lucha del hombre en su enfrentamiento con las fuerzas incontrolables de la naturaleza. Pero con *El corazón de las tinieblas*, como lo hiciera dos años antes con *An Outpost of Progress (Una avanzada del progreso)*, Conrad se vale de sus conocimientos directos para denunciar, o por lo menos criticar con amarga ironía, los excesos de la civilización occidental en su colonización de estas tierras primitivas. Las alusiones que hace Marlow al principio del libro a la conquista de los romanos pueden tomarse como parte de la crítica a la salvaje colonización del Congo. *An Outpost of Progress* es, junto con *El corazón de las tinieblas*, la única historia de Conrad que se desarrolla en el Congo, y es donde están reflejadas por primera vez las impresiones que este hombre sensible recibió en África.

En el prefacio a la edición de 1925 de *Tales of Unrest (Cuentos de inquietud)*, Conrad hace referencia a *An Outpost* como «la parte más ligera del botín que saqué de África Central»; y en una carta que envió a Unwin describiendo el libro escribía: «Toda la amargura de aquellos días, todo mi maravillado asombro en cuanto a todo lo que vi; toda mi indignación por la filantropía enmascarada, han estado de nuevo conmigo mientras escribía». Si *An Outpost* representa «la parte más ligera del botín», se puede inferir que «la parte más pesada» se encuentra concentrada en las pocas páginas de *El corazón de las tinieblas*, que es una obra de mayor complejidad.

El episodio que Conrad relata a través de las impresiones de Marlow es, en su estructura, de una gran sencillez; sería, a grandes rasgos, la crónica del viaje que Marlow lleva a cabo, al mando de su pequeño vapor, por el río Congo para relevar a un agente comercial del interior que se encuentra gravemente enfermo. Sin embargo, es en los personajes donde reside toda la fuerza de la narración, sobre ellos gravita el peso de la tensa reflexión moral a que Conrad les somete. El tema que preocupa a Conrad es el de la soledad humana, y la prueba de carácter a la que se somete el individuo en su aislamiento. En *El corazón de las tinieblas* la capacidad de Marlow y Kurtz para resistir el poder de la naturaleza de desatar sus

«instintos olvidados» es puesta a prueba. Marlow, aun consciente de su parentesco remoto con el salvajismo de esta tierra primigenia, no sucumbe ante las fuerzas de la oscuridad. Él representa la vida ciudadana, el peso de la tradición y de los lazos sociales. El escepticismo de Conrad no es total, Marlow, que es básicamente su propia proyección en el relato, conserva su integridad hasta el final; la fuerza de los poderes ocultos de la selva no ha sido capaz de conquistarlo. El proceso que se produce en Kurtz es diferente. Él no es un comerciante como los demás; no ha llegado a formar parte de su mezquino mundo, se encuentra como Marlow, solo, y solo se tiene que enfrentar a la selva. La diferencia entre Marlow y Kurtz es que Kurtz carece de autocontrol y «su corazón estaba hueco». El encuentro a solas con la naturaleza en estado primitivo, la ausencia de presiones sociales, acaban por dominar a este hombre que no tiene en su interior la capacidad de dominar sus propios instintos. El efecto de la selva en Kurtz es hacerle sucumbir ante su verdad oculta, que le sale al encuentro y le habla en susurros, haciéndole ver lo que hasta entonces había mantenido escondido bajo el manto de las convenciones sociales. La carencia de contención hace que Kurtz se deje arrastrar por los instintos salvajes que la selva ha despertado en él, y sólo al final de su vida expresa, en su recapitulación, el terrible descubrimiento de este hechizo que se ha ido apoderando de él: «¡El horror!».

Marlow, a pesar de sus dudas —«¿podríamos dominar aquella cosa muda o nos dominaría ella a nosotros?»—, consigue llegar incólume hasta Kurtz, pero sufre una derrota parcial en su enfrentamiento con él. A quien Marlow encuentra no es a Kurtz, sino a la selva, con todo su misterio, que se manifiesta a través de Kurtz con su infinito poder de fascinación, y aunque Marlow logra romper el hechizo que mantiene a Kurtz apresado en el seno de la selva, los efectos de su encuentro no van a desvanecerse con el tiempo. La resistencia civilizada de Marlow sucumbe parcialmente ante Kurtz, porque Kurtz simboliza la fusión de las tinieblas de la selva con la oscuridad interior del ser humano. Marlow emerge de su viaje consciente de los cambios que ha sufrido; durante su estancia en la selva ha entrado en contacto con la anarquía de la tierra aún no dominada, con los misterios de la humanidad: «La tierra parecía algo no terrenal. Estamos acostumbrados a verla bajo la forma encadenada de un monstruo dominado, pero allí, allí podías ver algo monstruoso y libre. No era terrenal...». En una ocasión Conrad declaró a Edward Garnett que «antes del Congo yo no era más que un simple animal».

La terrible ironía del relato está en que para llegar a formar parte de esta más alta categoría de ser humano, Marlow ha tenido que ser puesto a prueba en una lucha desigual con Kurtz, ante quien «no podía apelar en



nombre de nada noble o bajo»; ha tenido que conocer sus secretos, ha sido depositario de su confianza y se ha visto obligado a serle fiel «hasta el final... hasta más allá del final». El precio que Marlow debe pagar por las revelaciones que le han sido hechas está simbolizado por la mentira final con que sella la memoria de Kurtz. Nadie puede escapar a los lazos sutiles de los poderes de la oscuridad. Nadie, excepto los peregrinos, que parecen no tener siquiera capacidad para romper el hermetismo de su mezquino universo. Ellos viven sumergidos en ese pequeño mundo que se han creado, lleno de falsedad, de hipocresía, de pequeña ambición, pero exento de toda clase de valores morales. Resulta irónico que el autor del informe para la «Sociedad Internacional para la Supresión de las Costumbres Salvajes», la única persona que, en palabra de Marlow, «había venido aquí equipado con ideas morales de alguna clase», sea quien tenga que sufrir las consecuencias de haber entrado en contacto demasiado íntimo con la selva, como también resulta irónico que Marlow acuda a Kurtz «en busca de alivio, realmente en busca de alivio», en su intento de alejarse de la miseria moral de los peregrinos. Ésta es la «pesadilla» que ha elegido.

El arte de Conrad se sirve de la descripción de manera casi exclusiva para hacernos entrar en este mundo de pesadillas —de alucinaciones más que de pesadillas— en que se desarrolla *El corazón de las tinieblas*. Es Marlow quien, a través de sus propias sensaciones, va edificando el ambiente —terriblemente agresivo— donde va a tener lugar su enfrentamiento con Kurtz, que constituye el punto álgido de esta experiencia. Al hablar de la técnica narrativa de Conrad es importante tener en cuenta sus aspiraciones, magistralmente resumidas en el prefacio que escribió para la edición de 1898 en *The Nigger of the «Narcissus»*:

El artista... apela a nuestra capacidad de deleite y asombro, a los sentidos del misterio que rodean nuestras vidas; a nuestros sentimientos de piedad, y de belleza, y de dolor; al latente sentimiento de camaradería con toda la creación —y a la sutil pero invencible convicción de solidaridad que entrelaza la soledad de innumerables corazones, a la solidaridad en sueños, en alegrías, en pesar, en aspiraciones, en ilusiones, en esperanzas, en temores, que une a los hombres entre sí, que mantiene unida a toda la humanidad—, a los muertos con los vivos y a los vivos con los que aún no han nacido..., semejante apelación, para ser eficaz, tiene que ser una impresión transmitida a través de los sentidos..., si su noble deseo es llegar al secreto resorte de las respuestas emocionales. El objetivo artístico, cuando se expresa por medio de

la palabra escrita, debe aspirar con todas sus fuerzas a la plasticidad de la escultura, al color de la pintura, y a la sugestibilidad mágica de la música, que es el arte de las artes.

Conrad se apoya en nuestra solidaridad para hacer desde ella un llamamiento a nuestros sentidos: es necesario que todos entren en juego mientras leemos. Desde las primeras páginas nos introduce en el mundo de las tinieblas con la descripción que abre el libro. La penumbra del crepúsculo en que Marlow y sus compañeros esperan el reflujo de la marea se funde con la oscuridad de la conquista romana, y así se produce también una fusión de planos: el relato parece surgir de la «lúgubre penumbra» que envuelve la desembocadura del Támesis. Este preludio parece además presagiar las tinieblas de la jungla africana y la tenebrosidad del mundo interior de Kurtz. Sin embargo, Marlow no va a encontrarse con Kurtz hasta el final, y en el intervalo hay un juego continuo de luces y sombras que en ocasiones llega a rozar la luminotecnia, pero que no obstante da movilidad al relato y constituye uno de los elementos más eficaces de la técnica narrativa de Conrad. Mediante este hábil empleo del claroscuro van apareciendo en la descripción del viaje elementos cuyo significado va a permanecer oculto hasta el desenlace: la soledad de la costa africana que Marlow observa desde el barco, la quietud y el misterio que rodea los pequeños puertos a lo largo de la costa, el episodio absurdo del barco francés que bombardea la maleza, no son más que el anuncio de misterios mayores, de episodios aún más absurdos, de un mundo más sin sentido que se oculta detrás de esa prolongada «línea trazada con regla». Conrad, desde la distancia que interpone entre su personaje central y los hechos que éste narra, puede sopesar cada palabra, graduar el efecto de sus imágenes —a menudo caleidoscópicas, en ocasiones sincopadas, pero siempre estilizadas— para crear una atmósfera opresiva, cargada de sensualidad, en donde todo parece apresado en la densa tela de araña de una inmensa e ininterrumpida jungla que empieza y termina en la desembocadura del Támesis. Por eso en este libro no hay, estrictamente hablando, ni principio ni final, porque el final es, más que nada, la vuelta al principio, a la noche londinense y también a los orígenes de la civilización. En este medio viscoso desarrolla Conrad el drama prometeico que es la permanente obsesión de toda su obra: el hombre civilizado en busca de los límites de su naturaleza. El simbolismo tampoco difiere grandemente del utilizado en otros libros y es bastante *naïf*. Pero su utilización está muy bien dosificada en una serie sucesiva de descripciones que, empezando con el desembarco de Marlow en la Estación Central, van hasta su llegada a la

Estación Interior, en un *crescendo* cuyo punto culminante se alcanza en la orgía de la despedida de Kurtz. El *crescendo* es perceptible en el ritmo de la narración; pero también se hace patente mediante determinados efectos ópticos bastante hábiles, que Conrad maneja magistralmente. Tomemos como ejemplo la figura más enigmática y original de la obra: Kurtz. Marlow oye por primera vez su nombre durante su breve permanencia en la Estación Central.

A partir de este momento irá apareciendo esporádicamente, y con cada nueva aparición «la persona detrás del nombre» irá agrandándose y dibujándose con mayor claridad —para Marlow y también para los lectores—, hasta que finalmente Kurtz aparece tal como ha sido imaginado, como la imagen de la elocuencia: «Una voz, él era poco más que una voz». Es aquí, con la entrada en escena de Kurtz, donde todo se precipita; esta voz, este fantasma, ha eclipsado todo lo que hay en su alrededor. La presentación de Kurtz, hecha con notable economía de medios, valiéndose únicamente de unas cuantas pinceladas, es sin duda uno de los pasajes más conseguidos del libro.

*El corazón de las tinieblas* no es una de las novelas que hicieron a Conrad famoso. Su técnica narrativa no es perfecta, y en ella el grado de penetración psicológica de que van a ser objeto los personajes de obras posteriores está solamente esbozada. Sin embargo, y a pesar de que Conrad se deja quizá arrastrar demasiado por la vehemencia de su temperamento eslavo, se encuentran ya aquí los primeros elementos de los que se va a servir para la creación de un universo que, si bien no demasiado amplio, es suficiente como escenario de una serie de actitudes morales antagónicas donde Conrad plasma su peculiar filosofía de la vida.

La traducción de un libro como *El corazón de las tinieblas* es una tarea que plantea algunas dificultades de orden estilístico, por tratarse de una narración en la que la descripción juega un papel muy importante, se podría incluso decir que constituye el soporte de todo el relato.

Joseph Conrad, que, a pesar de su tardío encuentro con ella, adoptó la lengua inglesa como único medio de expresión, era, sin embargo, un gran conocedor y admirador de la literatura francesa —especialmente de la tradición realista de Flaubert y Maupassant— y pertenecía a la escuela de los cultivadores de *le mot juste*. Pero el determinismo de su sangre era más fuerte que su admiración por el realismo francés, que era de orden intelectual, y también que su admiración por la civilización inglesa, que era de orden moral. Su tradición visceral, que era en definitiva el expresionismo centroeuropeo, explica la vehemencia expresiva de la prosa

conradiana, que, unida a su afanosa búsqueda por «la palabra justa», no contribuye demasiado a facilitar la labor del traductor.

Se ha hecho mención más arriba de la pasión de Conrad por los efectos luminosos. En ocasiones es tan intensa que no le basta la proverbial abundancia del idioma inglés en verbos que describen procesos luminosos: *gleam, glitter, glimmer, glow*, conviven, por ejemplo, en menos de media página. Estos términos responden, en general, a apreciaciones reales y consonantes con la descripción en que aparecen, pero Conrad se sirve además de sus cualidades sonoras para conseguir efectos rítmicos que resultan necesariamente alterados en la traducción.

Conrad consigue mantener la tensión emocional en el relato utilizando un artificio que consiste en una mezcla de condensación y superposición de imágenes, sin duda para darles mayor rotundidad y contundencia. El resultado es que no siempre resulta fácil encontrar una contrapartida en castellano que respete el ritmo del original sin traicionar demasiado el sentido de la frase. Y el ritmo es un elemento por el que Conrad está siempre dispuesto a pagar un elevado precio, porque le resulta indispensable para apoyar la unidad emocional de sus tensos relatos a través de los pasajes descriptivos. Para ello no vacila en fundir el diálogo con la descripción en un complicado juego de alternancia de sujeto y oraciones sincopadas, que producen a veces el efecto de espejos deformantes.

Aquí se ha tratado de conservar la prodigiosa exactitud de la elaborada prosa de Conrad, y se ha procurado conseguir un ritmo tan próximo al original como ha sido posible, sin por ello sacrificar la claridad de la narración.

ARACELI GARCÍA RÍOS

## Capítulo 1

La *Nellie*, una pequeña yola de crucero, se inclinó hacia su ancla, sin el menor aleteo de las velas, y quedó inmóvil. La marea había subido, el viento estaba casi en calma y, puesto que se dirigía río abajo, lo único que la embarcación podía hacer era echar el ancla y esperar a que bajara la marea.

La desembocadura del Támesis se extendía ante nosotros como el principio de un interminable canal. En la lejanía, el mar y el cielo se soldaban sin juntura, y en el espacio luminoso las curtidas velas de las gabarras empujadas por la corriente parecían inmóviles racimos rojos de lona, de afilada punta, con reflejos de barniz. Una neblina descansaba sobre las tierras bajas que se adelantaban en el mar hasta desaparecer. El aire sobre Gravesend era oscuro, y un poco más allá parecía condensarse en una lúgubre penumbra que se cernía inmóvil sobre la ciudad mayor y más grande de la tierra.

El director de las compañías era nuestro capitán y nuestro anfitrión. Nosotros cuatro observábamos su espalda con afecto, mientras se mantenía de pie en la proa mirando hacia el mar. No había nada en todo el río que tuviera un aspecto tan náutico. Parecía un práctico, que es lo más digno de confianza que hay para un marinero. Era difícil hacerse a la idea de que su trabajo no estaba allí fuera, en el estuario luminoso, sino detrás, en la ominosa penumbra.

Entre nosotros existía, como ya he dicho en algún lugar, el vínculo de la mar, que, además de mantener unidos nuestros corazones durante largos períodos de separación, tenía la virtud de hacernos tolerantes para con las historias, e incluso las convicciones, de cada cual. El abogado —el mejor de los viejos compañeros— tenía, debido a sus muchos años y virtudes, la única almohada de la cubierta, y estaba echado en la única manta. El contable había sacado ya un dominó, y jugaba formando pequeñas construcciones con las fichas. Marlow estaba sentado en popa con las piernas cruzadas, apoyado en el palo de mesana. Tenía las mejillas

hundidas, la tez amarillenta, la espalda erguida, aspecto de asceta, y, con los brazos colgando y las palmas de las manos hacia afuera, parecía un ídolo. Una vez comprobado que la embarcación estaba bien anclada, el director se dirigió a popa y se sentó entre nosotros. Intercambiamos unas palabras perezosamente. Después todo quedó en silencio a bordo del yate. Por alguna razón no iniciamos la partida de dominó. Nos sentíamos meditabundos, incapaces de hacer nada, excepto dejar vagar nuestra mirada plácidamente. El día se acababa en una serenidad de tranquila e intensa brillantez. El agua relucía apacible; el cielo, sin una mancha, era una dulce inmensidad de luz inmaculada; incluso la bruma sobre las marismas de Essex era como un tejido radiante y transparente, colgado de las boscosas colinas del interior y revistiendo las costas bajas de pliegues diáfanos. Sólo la oscuridad al Oeste, cerniéndose sobre el curso alto del río, se hacía más sombría por instantes, como irritada por la proximidad del sol.

Y por fin, en su caída curvada e imperceptible, el sol descendió, y de un resplandeciente blanco pasó a un rojo opaco, sin rayos y sin calor, como si estuviera a punto de extinguirse, herido de muerte por el contacto con aquella penumbra que se cernía sobre una multitud de hombres.

En seguida sobrevino un cambio sobre las aguas, y la serenidad se hizo menos brillante, pero más profunda. El viejo río permanecía imperturbable en toda su extensión ante el ocaso del día, después de siglos de buenos servicios prestados a la vieja raza que poblaba sus orillas, extendiéndose con la tranquila dignidad de una vía de agua que conduce a los más remotos rincones de la tierra. Contemplábamos la venerable corriente, no en el rápido flujo de un breve día que llega y se va para siempre, sino bajo la majestuosa luz de recuerdos permanentes. Y, en efecto, no hay nada más fácil para un hombre que, como suele decirse, «ha seguido al mar» con reverencia y afecto, que evocar el gran espíritu del pasado en el curso bajo del Támesis. La marea sube y baja en su incesante servicio, poblada de recuerdos de hombres y barcos que condujo al reposo del hogar o a las batallas del mar. Había conocido y servido a todos los hombres de los que la nación se enorgullece, desde sir Francis Drake hasta sir John Franklin, caballeros todos ellos, con o sin títulos de nobleza: grandes caballeros errantes del mar. Había transportado a todos los barcos cuyos nombres son como piedras preciosas brillando en la noche de los tiempos, desde el *Golden Hind*, que regresaba con sus curvados flancos llenos de tesoros para ser visitado por Su Majestad la Reina y así desaparecer de la gigantesca aventura, hasta el *Erebus* y el *Terror*, ocupados en otras conquistas, y que nunca regresaron. Había conocido los barcos y los hombres. Habían partido de Deptford, de Greenwich, de

Erith. Aventureros y colonos; naves reales y naves de la casa de Contratación; capitanes, almirantes; oscuros «traficantes» del comercio con Oriente, «generales» comisionados de las flotas de las Indias Orientales. Buscadores de oro o perseguidores de gloria, todos habían zarpado en esa corriente, empuñando la espada, y a menudo la antorcha, mensajeros del poder de la nación, portadores de una chispa de fuego sagrado. ¡Qué grandeza no habrá flotado en el flujo de ese río hacia el misterio de una tierra desconocida!... Los sueños de los hombres, la semilla de las colonias, el germen de los imperios.

El sol se puso; el crepúsculo descendió sobre el río, y empezaron a aparecer luces a lo largo de la costa. El faro de Chapman, un objeto de tres patas erigido sobre un llano pantanoso, brillaba intensamente. En el canalizo se movían luces de barcos; una gran agitación de luces que subían y bajaban. Y más hacia el Oeste, en el curso alto del río, el lugar de la monstruosa ciudad estaba aún señalado ominosamente en el cielo, una sombra amenazadora a la luz del sol, un lóbrego resplandor bajo las estrellas.

—Y éste también —dijo Marlow de repente— ha sido uno de los lugares oscuros de la tierra.

Era el único de nosotros que todavía «seguía a la mar». Lo peor que se podía decir de él era que no representaba a su clase. Era marino, pero también vagabundo, mientras que la mayoría de los marinos suelen llevar, si se puede decir así, una vida sedentaria. Son de espíritu hogareño, y su casa, el barco, está siempre con ellos, como también lo está su patria, el mar. Un barco se asemeja mucho a otro, y el mar es siempre el mismo. En la inmutabilidad de lo que les rodea, las costas extranjeras, las caras extranjeras, la cambiante inmensidad de la vida resbalan sobre ellos, velados no por una sensación de misterio, sino por una ignorancia ligeramente desdeñosa, ya que no hay nada que resulte misterioso a un marino, salvo la propia mar, que es la dueña de su existencia y tan inescrutable como el destino. Por lo demás, después de su jornada de trabajo, un despreocupado paseo o una borrachera accidental en tierra bastan para desvelarle los secretos de todo un continente, y con frecuencia descubre que el secreto no vale la pena. Las historias de los marinos son de una simplicidad directa, cuyo significado cabe todo en una cáscara de nuez. Pero Marlow no era un caso típico (si se exceptúa su propensión a contar historias), y para él el significado de un episodio no se hallaba dentro, como el meollo, sino fuera, envolviendo el relato, que lo ponía de manifiesto sólo como un resplandor pone de manifiesto a la bruma, a semejanza de uno de esos halos neblinosos que se hacen visibles en ocasiones por la iluminación espectral de la luna.

Su observación no nos sorprendió en absoluto. Era muy propia de él. Fue aceptada en silencio. Nadie se tomó siquiera la molestia de murmurar, y al instante dijo, muy despacio:

—Estaba pensando en tiempos remotos, cuando los romanos vinieron aquí por vez primera, hace mil novecientos años, el otro día... Surgió la luz de este río a partir de entonces. ¿Decís, caballeros? Sí, fue como una llamarada que se propaga en la llanura, como un relámpago entre las nubes. Vivimos en ese aleteo de la llama, ¡ojalá dure mientras la tierra siga girando! Pero aquí había oscuridad tan sólo ayer. Imaginaos los sentimientos del comandante de un espléndido, ¿cómo se llama?, trirreme en el Mediterráneo, que es enviado súbitamente al Norte; transportado por tierra a través de las Galias a toda prisa; puesto a cargo de uno de esos barcos que los legionarios (y debían ser un considerable número de hombres hábiles) construían, al parecer, a centenares, en uno o dos meses, si podemos dar crédito a lo que leemos. Imaginároslo aquí, en el mismísimo fin del mundo, un mar del color del plomo, un cielo del color del humo, un barco tan rígido como una concertina, navegando río arriba con provisiones, u órdenes, o lo que fuera. Bancos de arena, marismas, bosques salvajes; bien poco que comer para un hombre civilizado, nada que beber salvo el agua del Támesis. Sin vino de Falerno, ni posibilidad de desembarcar. Aquí y allá un campamento militar perdido en la selva, como una aguja en un pajar; frío, niebla, tempestades, enfermedades, exilio y muerte; la muerte acechando en el aire, en el agua, en la maleza. Debieron morir como moscas. Oh, sí, lo hizo. Y lo hizo muy bien, sin duda, sin pensar mucho en ello, excepto quizá después, para jactarse de lo que había hecho en su vida. Eran lo bastante hombres como para afrontar las tinieblas. Y quizá le alentaba pensar en la posibilidad de un ascenso a la flota de Rávena más tarde, si tenía buenos amigos en Roma y sobrevivía al horrible clima. O pensad en un joven y honrado ciudadano vistiendo una toga (a quien quizá le gusta el juego demasiado, ya sabéis) y que llega aquí en la comitiva de algún prefecto o recaudador de impuestos, o de algún comerciante incluso, para rehacer su fortuna. Desembarca en una zona pantanosa, atraviesa bosques, y en algún enclave tierra adentro siente que la barbarie, la más absoluta barbarie, le va rodeando; toda esa misteriosa vida de la selva que se agita en los bosques, en las junglas, en los corazones de los salvajes. No hay posible iniciación en semejantes misterios; tiene que vivir en medio de lo incomprensible, que es también detestable. Y esto ejerce además una fascinación que actúa sobre él: la fascinación de la abominación; ya sabéis, imaginaos el creciente arrepentimiento, el ansia de escapar, la impotente repugnancia, la renuncia, el odio.



Hizo una pausa.

—Figuraos —comenzó de nuevo, extendiendo un brazo con la palma de la mano hacia fuera, de modo que, con las piernas cruzadas, tenía la pose de un Buda predicando vestido a la europea y sin flor de loto—. Figuraos, ninguno de nosotros se sentiría exactamente así. Lo que nos salva es la eficiencia, la devoción a la eficiencia. Pero aquellos muchachos en realidad no valían mucho. No eran colonizadores; su administración era simplemente opresión, y sospecho que nada más. Eran conquistadores, y para ello sólo se necesita la fuerza bruta; no hay nada en ello de qué jactarse cuando se tiene, ya que la fuerza de uno es sólo un accidente que se deriva de la debilidad de los otros. Se apoderaban de todo lo que podían por simple ansia de posesión, era un pillaje con violencia, un alevoso asesinato a gran escala y cometido a ciegas, como corresponde a hombres que se enfrentan a las tinieblas. La conquista de la tierra, que más que nada significa arrebatársela a aquellos que tienen un color de piel diferente o la nariz ligeramente más aplastada que nosotros, no posee tanto atractivo cuando se mira desde muy cerca. Lo único que la redime es la idea. Una idea al fondo de todo; no una pretensión sentimental, sino una idea; y una fe desinteresada en la idea, algo que puede ser erigido y ante lo que uno puede inclinarse y ofrecer un sacrificio...

Se interrumpió. Las luces se deslizaban por el río, como pequeñas llamas verdes, rojas, blancas, persiguiéndose, adelantándose, uniéndose, cruzándose entre sí, para más tarde separarse lenta o apresuradamente. El tráfico de la gran ciudad proseguía en la noche que se iba cerrando sobre el río insomne. Continuamos observando y aguardando pacientemente —no podíamos hacer otra cosa hasta que no terminara la subida de la marea—; y sólo al cabo de un largo silencio, cuando dijo con voz vacilante: «Supongo, amigos, que recordaréis que en una ocasión me convertí durante algún tiempo en marinero de agua dulce», supimos que estábamos condenados, antes de que comenzara a bajar la marea, a escuchar una de las poco convincentes experiencias de Marlow.

—No quiero aburriros demasiado con lo que me ha ocurrido personalmente —comenzó, mostrando en esta observación la debilidad de muchos narradores que a menudo parecen no tomar en cuenta lo que su auditorio preferiría oír—, y, sin embargo, para entender el efecto que ha tenido en mí, debéis saber cómo llegué hasta allí, lo que vi, cómo remonté aquel río hasta el lugar donde encontré por primera vez al pobre hombre. Era el más remoto lugar navegable y el punto culminante de mi experiencia. Parecía proyectar de alguna manera como una luz sobre todo mi alrededor y sobre mis mismos pensamientos. Era bastante sombrío también —y miserable—, sin nada de extraordinario, y tampoco muy

claro. No, no muy claro. Y aun así parecía proyectar una especie de luz.

»Como recordaréis, acababa de regresar a Londres después de una buena temporada en el océano Índico, el Pacífico y el Mar de la China (una dosis considerable de Oriente), unos seis años, y andaba ocioso, entorpeciéndoos en vuestro trabajo e invadiendo vuestras casas, como si tuviera la misión divina de civilizaros. Estuvo muy bien durante algún tiempo, pero pronto me harté de descansar. Entonces empecé a buscar un barco... Diría que es la cosa más difícil del mundo. Pero los barcos ni se dignaban mirarme. Y también me cansé de ese juego<sup>[1]</sup>.

»Cuando era pequeño tenía pasión por los mapas. Me pasaba horas y horas mirando Sudamérica, o África, o Australia, y me perdía en todo el esplendor de la exploración. En aquellos tiempos había muchos espacios en blanco en la tierra, y cuando veía uno que parecía particularmente tentador en el mapa (y cuál no lo parece), ponía mi dedo sobre él y decía: “Cuando sea mayor iré allí”<sup>[2]</sup>. Recuerdo que el Polo Norte era uno de esos lugares. Bueno, nunca he estado allí y no voy a intentarlo ahora. El encanto ha desaparecido. Otros lugares estaban desparramados alrededor del Ecuador y en todas las latitudes a lo largo y a lo ancho de los dos hemisferios. He estado en algunos de ellos y..., bueno, no vamos a hablar de eso. Pero seguía habiendo uno —el más grande, el más vacío, por decirlo así— por el que sentía particular atracción.

»Cierto que por aquel entonces ya había dejado de ser un espacio en blanco. Desde mi niñez se había ido llenando de ríos y lagos y nombres. Había dejado de ser un espacio en blanco de grato misterio, una mancha blanca sobre la que un muchacho edificaba sus sueños fantásticos. Se había convertido en un lugar de tinieblas<sup>[3]</sup>. Pero especialmente había en él un río grande y poderoso que se podía ver en el mapa, parecido a una inmensa serpiente desenroscada, con su cabeza en el mar, su cuerpo en reposo curvándose a través de un extenso país y su cola perdida en las profundidades del continente. Y cuando miraba el mapa en un escaparate me hipnotizaba como una serpiente a un pájaro, a un pobre pajarito incauto. Entonces recordé que había una gran empresa, una compañía dedicada al comercio en ese río<sup>[4]</sup>. ¡Caramba!, pensé para mis adentros; no pueden comerciar sin usar algún tipo de embarcación en esa masa de agua. ¡Barcos de vapor! ¿Por qué no intentar ponerme al frente de uno? Seguí caminando por Fleet Street, pero no podía quitarme la idea de la cabeza. La serpiente me había hechizado.

»Daos cuenta de que la sociedad comercial era una empresa continental; pero tengo un montón de familiares que viven en el continente porque es barato y no tan desagradable como parece, dicen<sup>[5]</sup>.

»Siento tener que admitir que empecé a importunarles. Esto ya era

algo insólito en mí. No estaba acostumbrado a conseguir las cosas de esta manera. Siempre fui por mi propio camino y por mi propio pie a donde me hubiera propuesto ir. Nunca habría sospechado tal cosa de mí; pero entonces, ya veis, tuve el presentimiento de que debía llegar allí por las buenas o por las malas. Así es que les importuné. Los hombres dijeron: “Mi querido amigo”, y no hicieron nada. Entonces, ¿me creeríais?, lo intenté con las mujeres. Yo, Charlie Marlow, les hice trabajar para encontrarme un empleo. ¡Santo Cielo! Bueno, como veis, me impulsaba la idea. Tenía una tía, una entrañable alma entusiasta. Me escribió: “Será maravilloso. Estoy dispuesta a hacer lo que quiera que sea, cualquier cosa por ti. Es una idea fantástica. Conozco a la esposa de un alto funcionario de la Administración, y también a un hombre que tiene gran influencia”<sup>[6]</sup>, etc. Estaba decidida a hacer toda clase de gestiones para conseguir que me pusieran al frente de un vapor, si tal era mi deseo.

»Conseguí el cargo, naturalmente, y muy pronto. Al parecer, la compañía había tenido noticia de que uno de sus capitanes había resultado muerto durante un altercado con los indígenas<sup>[7]</sup>. Ésta era mi oportunidad, y con ella mi impaciencia aumentó. Sólo muchos meses más tarde, cuando intenté recuperar lo que quedaba del cuerpo, me enteré de que, en su origen, la pelea había surgido de un malentendido acerca de unas gallinas. Sí, dos gallinas negras; Fresleven (ése era el nombre del sujeto, un danés) pensaba que de algún modo le habían timado en el negocio, así es que desembarcó y empezó a golpear al jefe del poblado con una estaca. Oh, no me sorprendió lo más mínimo oír esto, ni que al mismo tiempo me dijeran que Fresleven era la criatura más apacible y tranquila que había existido jamás. Indudablemente lo era; pero ya había estado un par de años allí dedicado a la noble causa, ya sabéis, y probablemente sintió por fin la necesidad de reafirmar en cierta manera el respeto a sí mismo. Así, pues, apaleó despiadadamente al viejo negro, mientras un gran número de los suyos le observaban, como paralizados por un rayo, hasta que alguien (me dijeron que fue el hijo del jefe), desesperado al oír al viejo chillar, clavó su lanza en el hombre blanco con tímida intención, pero ésta, claro está, penetró fácilmente entre sus omóplatos. Entonces la población entera huyó a la selva, esperando que ocurrieran toda clase de calamidades, mientras que, por otra parte, el vapor que Fresleven había comandado zarpó, también él aterrado, con el ingeniero al frente, creo saber. Después nadie pareció preocuparse mucho de los restos de Fresleven, hasta que yo llegué y pasé a ocupar su puesto. Pero cuando al fin llegó la ocasión de encontrarme con mi predecesor, la hierba que crecía entre sus costillas era tan alta que cubría sus huesos. Estaban todos allí. El ser sobrenatural no había sido tocado después de su caída. Y el poblado

estaba desierto; las cabañas, abiertas y a oscuras, se pudrían todas torcidas, dentro del derruido recinto. Sin duda había sobrevenido una catástrofe. La gente había desaparecido. El pánico había dispersado a hombres, mujeres y niños por entre la maleza y ya no habían regresado. Tampoco sé qué fue de las gallinas. Supongo que, en cualquier caso, la causa del progreso las atrapó. No obstante, gracias a este glorioso asunto, obtuve el cargo antes de que hubiera empezado siquiera a esperarlo.

»Me lancé como un loco a prepararlo todo, y en menos de cuarenta y ocho horas estaba cruzando el Canal para presentarme antes mis patronos y firmar el contrato. En muy pocas horas llegué a una ciudad que siempre me hace pensar en un sepulcro blanqueado. Un prejuicio, sin duda. No tuve ninguna dificultad en encontrar las oficinas de la compañía<sup>[8]</sup>. Eran lo más grande de toda la ciudad, y toda la gente que encontré no hablaba de otra cosa. Iban a regir un Imperio en Ultramar y a hacer mucho dinero con el comercio.

»Una calle estrecha y desierta, en profunda oscuridad, casas altas, innumerables ventanas con persianas, un silencio sepulcral, hierba despuntando entre las piedras, imponentes arcos a derecha e izquierda, grandes y pesadas puertas de doble hoja entreabiertas. Me deslicé por una de estas rendijas, subí una escalera barrida y sin adornos, tan árida como un desierto, y abrí la primera puerta con que me topé. Dos mujeres, una gruesa y la otra delgada, estaban sentadas en sillas con asiento de paja, haciendo punto con lana negra. La delgada se levantó y caminó derecha hacia mí, ocupada aún en su trabajo y con la mirada baja, y sólo cuando empecé a pensar en apartarme de su camino, como se haría con un sonámbulo, se irguió y levantó la mirada. Su vestido era tan liso como la funda de un paraguas; se volvió sin decir palabra y me condujo a una sala de espera. Di mi nombre y miré a mi alrededor. Una mesa de pino en el centro, sillas austeras a lo largo de las paredes y, en un extremo, un gran mapa reluciente, marcado con todos los colores del arco iris. Había una buena cantidad de rojo, agradable de ver en cualquier momento, porque siempre indica que allí se está realizando un trabajo serio; un montón de azul, un poco de verde, salpicaduras de color naranja y, en la costa Este, una mancha violeta para indicar dónde beben cerveza los joviales pioneros del progreso. No obstante, yo no me dirigía a ninguno de esos colores. Iba al amarillo. Al centro mismo. Y el río estaba allí, fascinante, mortífero como una serpiente. ¡Ah! Se abrió una puerta, apareció la cabeza canosa de un secretario con expresión compasiva, y un flaco dedo índice me invitó al santuario. Estaba escasamente iluminado, y un pesado escritorio invadía el centro de la habitación. Desde detrás de este mueble apareció una pálida corpulencia dentro de una levita: el gran hombre en persona<sup>[9]</sup>.

Calculo que debía medir algo más de cinco pies seis pulgadas, y tenía en sus manos el control de incontables millones. Me dio la mano, me imagino; murmuró vagamente; estaba satisfecho con mi francés. *Bon voyage*.

»Unos cuarenta y cinco segundos más tarde me encontré otra vez en la sala de espera con el compasivo secretario, que, lleno de desolación y sentimiento, me hizo firmar un documento. Supongo que me comprometí, entre otras cosas, a no revelar ningún secreto comercial. Bueno, no pienso hacerlo.

»Empecé a sentirme algo incómodo. Sabéis que no estoy acostumbrado a semejantes ceremonias, y había algo amenazador en el ambiente. Era como si hubiera entrado a formar parte de una conspiración, no sé, algo que no estaba demasiado bien, y me alegré de salir de allí. En la habitación exterior las dos mujeres hacían punto febrilmente con lana negra. Estaba llegando gente, y la más joven iba de un lado para otro introduciéndolos. La más vieja estaba sentada en una silla. Sus zapatillas de paño sin tacón estaban apoyadas en un brasero, y un gato reposaba en su regazo. Llevaba algo blanco y almidonado en la cabeza, tenía una verruga en la mejilla y unas gafas con montura de plata se aferraban sobre la punta de su nariz. Me miró por encima de las gafas. La placidez rápida e indiferente de su mirada me turbó. Dos jóvenes de estúpido y animado aspecto estaban siendo introducidos en ese momento, y ella les lanzó la misma rápida mirada de despreocupada sabiduría. Parecía saberlo todo acerca de ellos y también acerca de mí. Un cierto desasosiego se apoderó de mí. Parecía haber en ella algo misterioso y fatídico. A menudo, cuando estaba lejos, pensé en aquellas dos, guardando la puerta de las Tinieblas, haciendo punto con lana negra como para un cálido paño mortuario; la una, introduciendo continuamente a lo desconocido; la otra, escrutando los alegres y estúpidos rostros con ojos viejos e indiferentes. ¡*Ave!* Vieja tejedora de lana negra. *Morituri te salutant*. No muchos de aquellos a los que ella miró la volvieron a ver; ni, con mucho, la mitad.

»Todavía quedaba una visita al doctor. “Una simple formalidad”, me aseguró el secretario, con aspecto de compartir intensamente todos mis pesares. Así, pues, un jovencito con el sombrero inclinado sobre la ceja izquierda, algún empleado, me imagino (debía de haber empleados en el negocio, aunque la casa estaba más silenciosa que una casa en la ciudad de los muertos), bajó de alguna parte y me guio. Estaba sucio y desastrado, con manchas de tinta en las mangas de la chaqueta y una corbata grande y abultada, bajo una barbilla con forma de tacón de bota vieja. Era un poco pronto para el doctor, así que le propuse un trago, y a partir de ese momento se mostró jovial. Mientras tomábamos nuestros *vermouths*, él ensalzó los negocios de la compañía, y yo expresé luego, de

forma casual, mi sorpresa de que él no fuera allí. De repente se mostró frío y reservado. “No estoy tan loco como parece, dijo Platón a sus discípulos”, objetó sentenciosamente; vació su vaso con determinación y nos levantamos.

»El viejo doctor me tomó el pulso, evidentemente pensando en otra cosa mientras lo hacía. “Bien, bien para ir allí”, murmuró; y luego, con cierta ansiedad, me preguntó si le dejaría medirme la cabeza. Bastante sorprendido, le respondí que sí, cuando sacó algo que parecía un calibrador y me midió por delante y por detrás y en todas direcciones, tomando notas cuidadosamente. Era un hombre pequeño, sin afeitar, con un abrigo raído que parecía una gabardina con zapatillas; y pensé que era un loco inofensivo. “Siempre pido permiso, en el interés de la Ciencia, para medir los cráneos de los que van allá”, dijo. “¿Y cuando vuelven también?”, pregunté. “Oh, nunca los veo —comentó—, y además, los cambios se producen por dentro, ya sabe”. Sonrió como si se tratara de una broma inocente. “Así que va usted allí. Maravilloso. Además de interesante”. Me dirigió una mirada indagadora y tomó nuevamente nota. “¿Ha habido algún caso de locura en su familia?”, preguntó en un tono rutinario. Me sentí muy ofendido. “¿Esa pregunta es también en interés de la Ciencia?”. “Sería interesante para la Ciencia —dijo, sin darse cuenta de mi irritación— observar los cambios mentales de los individuos *in situ*, pero...”. “¿Es usted alienista?”, le interrumpí. “Todo médico debería serlo... un poco”, contestó aquel tipo original, imperturbable. “Tengo una pequeña teoría que ustedes, *Messieurs*, que van allí, deben ayudarme a probar. Ésta es mi parte de las ganancias que mi país va a cosechar de tan magnífica posesión. La mera riqueza se la dejo a otros. Perdone mis preguntas, pero es usted el primer inglés que se somete a mi observación...”. Me apresuré a asegurarle que yo no era nada típico. “Si lo fuera —dije—, no estaría hablando así con usted”. “Lo que dice es bastante profundo y probablemente erróneo”, dijo, con una carcajada. “Evite la irritación más que la exposición al sol. *Adieu*. ¿Cómo dicen ustedes los ingleses, eh? *Good-bye*. ¡Ah! *Good-bye*. *Adieu*. En el trópico se debe guardar la calma antes que nada”. Levantó un dedo amonestador... “*Du calme, du calme. Adieu*”.

»Quedaba otra cosa por hacer: decir adiós a mi excelente tía. La encontré triunfante. Tomé una taza de té, la última decente en muchos días, y en una habitación que, tranquilizadamente, tenía el aspecto que era de esperar en la sala de estar de una dama, tuvimos una larga y tranquila charla junto a la chimenea. En el transcurso de estas confidencias se me hizo evidente que había sido descrito a la mujer del alto dignatario, y Dios sabe a cuánta gente más, como una criatura

excepcional y llena de talento, un hallazgo para la compañía, un hombre de los que no se encuentran todos los días. ¡Válgame Dios! ¡Y yo iba a encargarme de un vapor de río de poca monta, con silbato incluido! Resultó, sin embargo, que yo era también uno de los Obreros, con mayúscula, ya sabéis. Algo así como un emisario de la luz, como un apóstol de segunda clase. Se había gastado un montón de papel y palabras en toda esa basura, y la buena mujer, que vivía en el bullicio de aquella palabrería, se había dejado arrastrar por ella. Hablaba de “arrancar a esos millones de ignorantes de sus horrendas costumbres” hasta conseguir, os lo aseguro, que me sintiera incómodo. Me atreví a sugerir que el móvil de la compañía era el beneficio.

»“Olvidas, querido Charlie, que el obrero es merecedor de su salario”, dijo ella, con expresión radiante. Es curioso lo lejos de la realidad que están las mujeres. Viven en un mundo propio, nunca ha habido nada parecido y nunca lo podrá haber. Es demasiado bonito y, si lo fueran a construir, se vendría abajo antes de la primera puesta de sol. Algún hecho maldito con el que los hombres hemos vivido resignados desde el día de la creación se alzaría y lo echaría todo por tierra.

»Después me abrazó, me dijo que vistiera de franela, que le asegurara que le escribiría a menudo, etc., y me fui. En la calle, no sé por qué, me asaltó la extraña sensación de que era un impostor. Es extraño que yo, acostumbrado a partir para cualquier parte del mundo en un plazo de veinticuatro horas, pensándomelo menos que la mayoría de los hombres el cruzar una calle, tuviera un momento, no diré de duda, sino de perplejidad ante este banal asunto. La mejor forma en que puedo explicároslo es diciendo que, por uno o dos segundos, me sentí como si en vez de ir al centro de un continente estuviera a punto de partir para el centro de la tierra.

»Zarpé en un vapor francés que atracó en todos los malditos puertos que los franceses tienen allí, con la única finalidad, que yo sepa, de desembarcar soldados y empleados de aduanas. Observaba la costa. Observar una costa mientras se desliza ante el barco es como pensar en un enigma. Allí está ante ti, sonriente, ceñuda, insinuante, grandiosa, mezquina, insípida o salvaje, y siempre muda, con aire de estar susurrando: “Ven y descúbreme”. Ésta en particular era casi informe, como si aún estuviera en proceso de formación, con un aspecto de inexorable monotonía. El borde de una jungla colosal, de un verde tan oscuro que era casi negro, orlado de blanca espuma, era tan derecho como una línea trazada con regla, lejos, muy lejos, a lo largo de un mar azul cuyo brillo empañaba una neblina reptante. El sol era feroz, la tierra parecía refulgir y chorrear vapor. Aquí y allá manchas de un gris



blanquecino aparecían arracimadas dentro de la blanca espuma; a veces sobre ellas ondeaba una bandera. Asentamientos de hace varios siglos y aún no más grandes que cabezas de alfiler en la extensión intacta del trasfondo. Avanzábamos pesadamente, parábamos, desembarcábamos soldados; seguíamos, desembarcábamos empleados de aduana para recaudar impuestos en lo que parecía un lugar dejado de la mano de Dios, con un cobertizo de hojalata y un asta de bandera perdidos en él; desembarcábamos más soldados, para que se encargaran de los empleados de aduana, es de suponer. Oí decir que algunos se ahogaron con el oleaje, pero, se ahogaran o no, el hecho es que nadie pareció preocuparse por ello. Eran arrojados del vapor, y nosotros proseguíamos nuestra marcha. Cada día la costa parecía la misma, como si no nos hubiéramos movido; pero pasamos por diversos lugares (centros de comercio) con nombres como Gran'Bassam, Little Popo; nombres que parecían pertenecer a una sórdida farsa representada ante un siniestro telón. El ocio de un pasajero, mi aislamiento entre todos esos hombres con los que no tenía un solo punto de contacto, el mar lánguido y aceitoso, la sombría uniformidad de la costa, parecían mantenerme alejado de la realidad de las cosas, dentro de la fatiga de una decepción quejumbrosa y sin sentido. La voz de las olas de vez en cuando era un verdadero placer, como la conversación de un hermano. Era algo natural, que tenía su razón, que tenía un significado. De vez en cuando una embarcación de la costa nos proporcionaba un contacto momentáneo con la realidad. La remaban unos negros. Se podía ver brillar el blanco de sus ojos desde lejos. Gritaban, cantaban; sus cuerpos chorreaban sudor; las caras de aquellos hombres eran como máscaras grotescas; pero tenían hueso, músculo, una vitalidad salvaje, una intensa energía de movimientos que era tan natural y verdadera como el oleaje de sus costas. No necesitaban ninguna razón para estar allí. Era un gran consuelo mirarlos. Durante algún tiempo sentía que aún pertenecía a un mundo de hechos sencillos, pero la sensación no duraba mucho. Algo surgía que la ahuyentaba. Recuerdo que una vez nos encontramos con un barco de guerra anclado frente a la costa. No había ni un cobertizo allí, y estaban bombardeando la maleza. Al parecer los franceses estaban enzarzados en una de sus guerras por aquel lugar. El estandarte colgaba lánguido como un trapo; las bocas de los largos cañones de seis pulgadas asomaban por todo el bajo casco del barco; el oleaje grasiento y viscoso lo levantaba perezosamente y lo dejaba caer, meciendo sus delgados mástiles. Allí estaba, en la vacía inmensidad de tierra, cielo y agua: incomprensible, disparando contra un continente. ¡Pum! Disparaba uno de los cañones de seis pulgadas; una pequeña llama asomaba y se desvanecía, una pequeña nube blanca desaparecía, un



diminuto proyectil producía un débil chirrido y no ocurría nada. No podía ocurrir nada. Había algo de insensato en toda la maniobra; una sensación de lúgubre bufonada en el espectáculo, que no se disipó porque alguien a bordo me asegurara seriamente que había un campamento de indígenas (¡los llamaba enemigos!) oculto en alguna parte.

»Le dimos su correspondencia (oí que los hombres en ese solitario barco morían de fiebre a razón de tres por día) y continuamos. Atracamos en algunos lugares más con nombres ridículos, donde la alegre danza de la muerte y el comercio continúa en una atmósfera telúrica, inmóvil como la de una catacumba caldeada, a lo largo de la informe costa orlada de peligroso oleaje, como si la misma Naturaleza hubiera tratado de mantener alejados a los intrusos; entrando y saliendo de los ríos, corrientes de muerte en vida, cuyas orillas degeneraban en barro, cuyas aguas, espesas hasta convertirse en lodo, invadían los contorsionados manglares, que parecían retorcerse de dolor ante nosotros, en el extremo de una desesperación impotente. En ninguna parte nos detuvimos lo suficiente como para recibir una impresión detallada, pero la sensación general de prodigio vago y opresivo creció en mí. Era como un duro peregrinar en medio de indicios de pesadillas.

»Pasaron más de treinta días antes de que viera la desembocadura del gran río. Anclamos frente a la sede del Gobierno<sup>[10]</sup>. Pero mi trabajo no comenzaría sino unas doscientas millas más adelante. Así que, tan pronto como pude, partí hacia un lugar treinta millas más arriba.

»Hice el viaje en un pequeño vapor de altura. Su capitán era un sueco, y al saber que yo era marinero me invitó a subir al puente. Era un hombre joven, enjuto, rubio y hosco, con pelo lacio y andares renqueantes. Cuando abandonamos el pequeño y miserable muelle sacudió la cabeza indicando despectivamente la costa. “¿Ha estado ahí?”, preguntó. “Sí”, contesté. “Buena cuadrilla estos chicos del gobierno, ¿no? —continuó, hablando en inglés con gran precisión y considerable amargura—. Es curioso lo que algunas personas son capaces de hacer por unos cuantos francos al mes. Me pregunto qué les ocurre a este tipo de gente cuando se adentran en el país”. Le dije que esperaba verlo pronto. “¡Biee-e-n!”, exclamó. Cruzó de un lado al otro renqueante, mirando al frente con ojo vigilante. “No esté demasiado seguro —continuó—. El otro día recogí a un hombre que se ahorcó en la carretera. Era sueco también”. “¿Se ahorcó! ¿Por qué, en nombre de Dios?”, grité. Él siguió mirando atentamente. “¿Quién sabe? Demasiado sol para él, o el país, quizá”.

»Por fin se abrió ante nosotros una gran extensión de agua. Apareció un promontorio rocoso, montículos de tierra removida junto a la orilla, casas en una colina, otras con techo de hierro, entre un desierto de

excavaciones o colgando de un declive. Un ruido continuo de las cascadas de más arriba se cernía sobre esta escena de habitada devastación. Un montón de gente, la mayoría negra y desnuda, iba de un lado a otro como las hormigas. Un espigón se adentraba en el río. A veces una luz cegadora ahogaba todo esto en un repentino recrudecimiento de resplandor. “Ahí está la estación de su compañía —dijo el sueco, señalando tres construcciones de madera con aspecto de barracas sobre la ladera rocosa<sup>[11]</sup>—. Enviaré sus cosas allí arriba. ¿Dijo cuatro cajas? Bien. Adiós”.

»Me topé con un caldero caído entre la hierba; luego encontré un sendero que subía colina arriba y se desviaba para evitar las rocas y también un pequeño vagón de ferrocarril que yacía boca abajo con las ruedas al aire. Le faltaba una. El objeto parecía tan muerto como los restos de algún animal. Encontré más piezas de maquinaria deteriorada, un montón de rieles oxidados. A la izquierda un grupo de árboles formaba un lugar sombreado, donde parecían agitarse débilmente cosas oscuras. Parpadeé, el camino era empinado. Se oyó sonar un cuerno a mi derecha y vi correr a los negros. Una detonación sorda y pesada sacudió la tierra, una nubecilla de humo salió de la roca y eso fue todo. Ningún cambio se traslució en la superficie de la roca. Estaban construyendo un ferrocarril<sup>[12]</sup>. La roca no obstruía el camino ni nada parecido; pero estas voladuras sin objeto constituían todo el trabajo que se llevaba a cabo.

»Un leve tintineo a mi espalda me hizo volver la cabeza. Seis negros avanzaban en fila, subiendo fatigosamente por el sendero. Caminaban erguidos y despacio, manteniendo en equilibrio sobre sus cabezas pequeñas cestas llenas de tierra, y el tintineo seguía el ritmo de sus pasos. Sus ijares estaban envueltos en negros harapos, cuyos cortos extremos se movían a su espalda de un lado a otro, como si fueran rabos. Se les notaban todas las costillas; las articulaciones de sus miembros parecían nudos de una cuerda; todos llevaban un collar de hierro alrededor del cuello y estaban unidos por una cadena cuyas cuelgas oscilaban entre ellos, tintineando rítmicamente. Otro estampido desde el acantilado me hizo pensar repentinamente en aquel barco de guerra que había visto disparar al continente. Era el mismo tipo de voz ominosa; pero ni con el mayor esfuerzo de la imaginación se podía llamar enemigos a estos hombres. Se les llamaba criminales, y la ultrajada ley, al igual que los proyectiles que estaban estallando, les había llegado del mar, como un misterio insoluble. Todos sus enjutos pechos jadearon al unísono, sus narices violentamente dilatadas temblaron, sus ojos miraron fija y fríamente a lo alto de la colina. Pasaron a menos de seis pulgadas de mí, sin lanzar ni una mirada, con esa total y mortal indiferencia propia de salvajes infelices. Detrás de esta materia prima uno de los asimilados, el

producto de las nuevas fuerzas en acción, se paseaba abatido, sosteniendo un rifle por el medio. Vestía una chaqueta de uniforme a la que le faltaba un botón, y en cuanto vio a un hombre blanco en el camino, se llevó el arma al hombro con presteza. Era simple prudencia, puesto que como todos los hombres blancos se parecen tanto desde lejos, él no habría podido saber quién era yo. Se tranquilizó rápidamente, y con una amplia, blanca e indigna mueca y una ojeada a su cargamento pareció tomarme como socio en su exaltada confianza. Después de todo, también yo formaba parte de la grandiosa causa de estas altas y justas acciones.

»En lugar de seguir subiendo, di la vuelta y bajé por la izquierda. Mi intención era perder de vista a aquella cadena de presidiarios antes de escalar la colina. Ya sabéis que no soy particularmente tierno; he tenido que golpear y que esquivar golpes; he tenido que resistir y que atacar en ocasiones (que es sólo una forma de resistir) sin calcular el precio exacto, de acuerdo con las exigencias del tipo de vida en la que había caído. He visto el demonio de la violencia, el demonio de la avaricia, el demonio del deseo ardiente; pero ¡por todas las estrellas!, eran demonios fuertes, vigorosos, con los ojos inyectados, que dominaban y manejaban hombres; hombres, os digo. Pero cuando estaba de pie en aquella ladera presentí que, bajo la luz cegadora de aquella tierra, iba a conocer un demonio flácido, pretencioso y de ojos apagados, de una locura rapaz y despiadada. Cuán incordiante podía llegar a ser además, no lo iba yo a descubrir hasta varios meses más tarde, mil millas más adelante. Por un momento permanecí de pie horrorizado como por una advertencia. Al fin descendí la colina, oblicuamente, hacia los árboles que había visto.

»Evité un gran hoyo artificial que alguien había estado cavando en la pendiente, y cuya finalidad me fue imposible adivinar. De todas formas no era ni una cantera ni un arenal. Era un simple agujero. Podía guardar relación con el deseo filantrópico de proporcionar a los malhechores algo que hacer. No lo sé. Después estuve a punto de caer en un estrecho barranco, apenas una cicatriz en la colina. Descubrí que allí habían sido arrojados un montón de tubos de desagüe importados para el asentamiento. No había ni siquiera uno que no estuviera roto. Era un destrozo gratuito. Al fin llegué al pie de los árboles. Tenía la intención de pasear un rato por la sombra, pero tan pronto como estuve allí me pareció haber penetrado en el tenebroso círculo de algún Infierno. Las cascadas de agua estaban cerca, y un ruido ininterrumpido, uniforme, rápido e impetuoso llenaba con un misterioso sonido la lúgubre quietud de la arboleda en la que no se agitaba ni un hálito ni se movía una sola hoja, como si repentinamente el paso desgarrante de la tierra propulsada se hubiera hecho audible<sup>[13]</sup>.

»Se veían negras sombras acurrucadas, tumbadas, sentadas entre los árboles, apoyándose en los troncos, asiéndose a la tierra, apenas visible en la débil luz, en todas las posturas del dolor, el abandono y la desesperación. Otra mina hizo explosión en el acantilado, seguida de un ligero temblor de tierra bajo mis pies. El trabajo continuaba. ¡El trabajo! Y éste era el lugar donde algunos de los ayudantes se habían retirado a morir.

»Estaban muriendo lentamente, estaba muy claro. No eran enemigos, no eran malhechores, ahora no eran nada terrenal; nada más que sombras negras de enfermedad e inanición que yacían confusamente en la penumbra verdusca. Traídos desde todos los lugares recónditos de la costa con toda la legalidad de contratos temporales, perdidos en un medio inhóspito, sometidos a una alimentación a la que no estaban acostumbrados, se volvían ineficientes, enfermaban, y se les permitía entonces retirarse a rastras y descansar. Esas sombras moribundas eran libres como el aire y casi tan delgadas como él. Empecé a distinguir el brillo de sus ojos bajo los árboles. Entonces, mirando hacia abajo, vi un rostro junto a mi mano. Los negros huesos estaban recostados en toda su longitud con un hombro contra el árbol. Lentamente los párpados se levantaron y los hundidos ojos me miraron enormes y vacíos, una especie de ciego y blanco aleteo en las profundidades de las órbitas, que se desvaneció lentamente. El hombre parecía joven, casi un muchacho, pero ya sabéis que con esa gente es difícil de decir. No se me ocurrió otra cosa que ofrecerle una de las galletas del barco del sueco que tenía en el bolsillo. Sus dedos se cerraron lentamente sobre ella y la sostuvieron; no hubo ningún otro movimiento ni ninguna otra mirada. Había atado un trozo de estambre blanco alrededor de su cuello. ¿Por qué? ¿Dónde lo había conseguido? ¿Era un distintivo, un adorno, un amuleto, un acto propiciatorio? ¿Tenía ello conexión con alguna idea? Ese trozo de hilo blanco del otro lado de los mares tenía un aspecto sobrecogedor alrededor de su cuello negro.

»Cerca del mismo árbol había otros dos manojos de ángulos agudos sentados con las piernas encogidas. Uno, con la barbilla apoyada en las rodillas, tenía la mirada perdida de una forma intolerable y espantosa; su fantasma hermano apoyaba la frente, como vencido por una gran fatiga, y a su alrededor había otros desparramados en todas las posiciones imaginables de postración contorsionada, como en un cuadro de una matanza o de una epidemia. Mientras yo permanecía de pie, paralizado por el horror, una de estas criaturas se incorporó sobre sus manos y rodillas y se fue a gatas hacia el río a beber. Bebió de su mano a lametadas, después se sentó al sol, cruzando la parte inferior de sus

piernas, y al cabo de un rato dejó caer su lanosa cabeza sobre su esternón.

»No quería seguir holgazaneando en la sombra y me dirigí apresuradamente hacia la estación. Cuando estaba cerca de los edificios me encontré con un hombre blanco, en una elegancia de atuendo tan inesperada, que en el primer momento le tomé por una especie de visión. Vi un cuello almidonado, unos puños blancos, una chaqueta de alpaca, unos pantalones blancos como la nieve, una corbata clara y unas botas embetunadas. No llevaba sombrero. Pelo a raya, cepillado, con brillantina, bajo una sombrilla forrada de verde, sostenida por una gran mano blanca. Era algo asombroso y tenía un portaplumas detrás de la oreja.

»Estreché la mano de este milagro y supe que era el jefe de contabilidad de la compañía y que toda la teneduría de libros se hacía en esa estación. Había salido un momento “a tomar el fresco”. La expresión sonaba extraordinariamente rara, con una insinuación de sedentaria vida de oficina. No os habría mencionado a este sujeto en absoluto, de no ser porque de sus labios oí por primera vez el nombre de la persona que está tan indisolublemente ligada a los recuerdos de aquel tiempo. Por otra parte, sentía respeto por este hombre. Sí, sentía respeto por sus cuellos, sus anchos puños, su pelo cepillado. Su aspecto era sin duda el de un maniquí de peluquero, pero en la gran desmoralización de aquellas tierras mantenía su apariencia. Eso se llama firmeza. Sus cuellos almidonados y tíasas pecheras eran logros de carácter. Llevaba fuera cerca de tres años, y más tarde no pude evitar preguntarle cómo se las arreglaba para lucir semejante ropa. Se sonrojó ligerísimamente, y dijo con modestia: “He estado enseñando a una de las nativas de cerca de la estación. Fue difícil. Tenía aversión por el trabajo”. Así, pues, este hombre había realmente conseguido algo. Y estaba entregado a sus libros, que se hallaban en perfecto orden.

»Todo lo demás en la estación estaba en desorden: personas, cosas, edificios. Hileras de negros polvorientos con pies aplastados llegaban y se iban; un aluvión de artículos manufacturados, algodones de ínfima calidad, abalorios y alambres de latón, era enviado a las profundidades de la oscuridad, y de regreso venía un precioso chorrito de marfil.

»Tuve que esperar en la estación durante diez días; una eternidad. Vivía en una cabaña dentro del cercado, pero para escapar al caos me metía a veces en la oficina del contable. Estaba construida con tabloncillos horizontales, pero tan mal ensamblados que, cuando el hombre se inclinaba sobre su alto escritorio, todo su cuerpo, del cuello a los talones, aparecía cruzado por franjas de luz. No había ninguna necesidad de abrir los grandes postigos para ver. Además hacía calor allí. Enormes moscas zumbaban endiabladamente, y, más que picar, apuñalaban. Generalmente

me sentaba en el suelo, mientras él, con un aspecto impecable (e incluso ligeramente perfumado), escribía, sentado sobre un alto taburete. A veces se levantaba para hacer ejercicio. Cuando colocaron allí dentro una cama de ruedas con un enfermo (algún agente inválido llegado del interior), dio muestras de estar ligeramente contrariado. “Los gemidos de este enfermo —dijo— distraen mi atención. Y sin ella es extremadamente difícil estar alerta ante los errores administrativos en este clima”.

»Un día comentó, sin levantar la cabeza: “Seguro que en el interior conocerá usted al señor Kurtz”<sup>[14]</sup>. Al preguntarle quién era el señor Kurtz, respondió que se trataba de un agente de primera clase, y viendo mi contrariedad ante tal información, añadió, despacio, dejando la pluma: “Es una persona fuera de lo normal”. Ulteriores preguntas consiguieron arrancarle que el señor Kurtz estaba en la actualidad encargado de un puesto comercial de gran importancia en la verdadera región del marfil, en “el mismísimo corazón de ella. Nos manda tanto marfil como todos los demás juntos...”. Comenzó a escribir de nuevo. El enfermo estaba demasiado grave para gemir. Las moscas zumbaban en una gran calma.

»Repentinamente se produjo un murmullo creciente de voces y un gran ruido de pisadas. Había llegado una caravana. Un violento murmullo de extraños sonidos estalló al otro lado de los tablones. Todos los porteadores hablaban a la vez, y en medio del tumulto la voz quejumbrosa del agente principal se oyó, “dándose por vencido” lloronamente por vigésima vez en ese día... Se levantó despacio. “Qué alboroto más espantoso”, dijo. Cruzó la habitación despacio para mirar al enfermo, y al volver me dijo: “No oye”. “¡Qué! ¿Muerto?”, pregunté alarmado. “No, todavía no”, contestó con gran serenidad. Entonces, aludiendo con un movimiento de cabeza al tumulto del patio de la estación, dijo: “Cuando uno tiene que hacer asientos correctos llega a odiar a esos salvajes, a odiarles a muerte”. Se quedó pensativo por un momento. “Cuando vea usted al señor Kurtz —prosiguió—, dígame de mi parte que todo lo de aquí —y lanzó una mirada al escritorio— marcha de manera satisfactoria. No me gusta escribirle a esa Estación Central; con esos mensajeros que tenemos nunca se sabe a quién puede ir a parar la carta”. Me miró fijamente por un momento con sus ojos tiernos y saltones. “Oh, llegará lejos, muy lejos —comenzó de nuevo—. Llegará a ser alguien en la Administración dentro de no mucho. Esos de arriba (el Consejo de Europa, ya sabe) quieren que lo sea”.

»Volvió a su trabajo. El ruido del exterior había cesado, y poco después, al salir, me detuve en la puerta. En el continuo zumbido de las moscas, el agente, que debía regresar a su casa, yacía sofocado e insensible; el otro, inclinado sobre sus libros, estaba haciendo correctos asientos de transacciones perfectamente correctas, y cincuenta pies debajo del escalón



de la puerta podía ver las inmóviles copas de los árboles del bosquecillo de la muerte.

»Al día siguiente salí por fin de aquella estación con una caravana de sesenta hombres que debía recorrer a pie doscientas millas<sup>[15]</sup>.

De nada sirve que os diga lo que fue aquello. Senderos y más senderos por todas partes; una red de senderos hollados que se extendía por la despoblada tierra a través de hierba crecida, a través de hierba quemada, a través de la espesura, por encima y por debajo de frescos barrancos, por encima y por debajo de colinas pedregosas abrasadas de calor; y soledad, soledad, ni un alma, ni una cabaña. La población había desaparecido hacía mucho. Bueno, si un montón de misteriosos negros armados con toda clase de temibles armas se pusiera de repente en marcha por el camino de Deala Gravesend, capturando lugareños a derecha e izquierda para que transportaran sus pesadas cargas, imagino que todas las granjas y las casas de los alrededores se quedarían vacías muy pronto. Sólo que aquí las viviendas también habían desaparecido. No obstante, pasé por varios poblados abandonados. Hay algo patéticamente pueril en las ruinas de muros de hierba. Día tras día, con el pisar y el arrastrarse de sesenta pares de pies desnudos detrás de mí, cada par bajo una carga de sesenta libras. Acampar, cocinar, dormir, levantar el campo, emprender la marcha. De vez en cuando un porteador muerto en servicio, tirado en la alta hierba junto al sendero, con una cantimplora vacía y su largo cayado a su lado. Sobre él y a su alrededor un gran silencio. Tal vez en alguna noche tranquila el temblor de tambores lejanos, apagándose, subiendo, un temblor dilatado, desmayado; un sonido sobrenatural, atractivo, sugerente y salvaje; y tal vez con un significado tan profundo como el sonido de las campanas en un país cristiano. En una ocasión un hombre blanco con un uniforme desabrochado, acampado en el sendero con una escolta armada de desfallecidos zanzíbares, muy hospitalario y festivo —por no decir borracho—, dijo estar a cargo del mantenimiento de la carretera. No puedo decir que viera ninguna carretera ni ningún mantenimiento, a menos que el cuerpo de un negro de mediana edad, con un agujero de bala en la frente, con el que me tropecé tres millas más adelante, pudiera ser considerado como una mejora permanente<sup>[16]</sup>. Yo tenía también un compañero blanco, no era mal chico, pero era demasiado grueso y con el exasperante hábito de desmayarse en las calurosas pendientes, a millas de distancia del menor indicio de sombra y agua. Os aseguro que resulta enojoso sostener la propia chaqueta como parasol sobre la cabeza de un hombre que está volviendo en sí. No pude evitar preguntarle en una ocasión qué propósito le había impulsado a ir allí. “Hacer dinero, por supuesto. ¿Qué cree usted?”, respondió desdeñosamente. Después le dio la

fiebre y hubo de ser llevado en una hamaca colgada de un palo. Como pesaba dieciséis piedras<sup>[17]</sup>, tuve continuas peleas con los porteadores. Protestaban, se escapaban, se iban a escondidas con sus cargas por la noche: todo un motín. Así es que una tarde pronuncié un discurso en inglés acompañado de gestos que fueron seguidos con atención por los sesenta pares de ojos, y a la mañana siguiente conseguí que la caravana se pusiera en marcha con la hamaca al frente. Una hora más tarde me encontré con todo el tinglado naufragado en un matorral: hombre, hamaca, gemidos, mantas, horrores. El pesado palo había desollado su pobre nariz. Quería a toda costa que yo matara a alguien, pero no había ni rastro de los porteadores en las cercanías. Me acordé del viejo doctor: “Sería interesante para la ciencia observar los cambios mentales de los individuos *in situ*”. Sentí que me estaba convirtiendo en algo científicamente interesante. Sin embargo, todo eso no viene al caso. En el decimoquinto día volví a avistar de nuevo el gran río, y llegué cojeando a la Estación Central. Estaba en un remanso rodeado de maleza y bosque, con un bonito borde de maloliente barro a un lado y cercado en los otros tres por una absurda valla de juncos. Una abandonada abertura era todo lo que tenía por puerta, y una primera ojeada era suficiente para darse cuenta de que el demonio flácido dirigía aquel espectáculo. Hombres blancos con largos cayados en la mano aparecieron lánguidamente de entre los edificios, acercándose a mirarme, y después desaparecieron de mi vista. Uno de ellos, un hombre robusto, excitable y de negros bigotes, me informó con gran locuacidad y muchas digresiones, en cuanto le expliqué quién era, que mi vapor estaba en el fondo del río<sup>[18]</sup>. Me quedé estupefacto. ¿Qué?, ¿cómo?, ¿por qué? ¡Oh!, “no pasaba nada”. El “director en persona” estaba allí. Todo estaba “en orden”. “Todos se habían comportado espléndidamente. ¡Espléndidamente!”. “Tiene usted que ir a ver al director general inmediatamente —dijo agitado—. ¡Le está esperando!”.

»No vi el verdadero significado de aquel naufragio en seguida. Me imagino que lo veo ahora, pero no estoy seguro; no lo estoy en absoluto. Realmente el asunto era demasiado estúpido —cuando pienso en él— para ser natural. Sin embargo... Pero en aquel momento parecía simplemente una odiosa molestia. El vapor se había hundido. Se habían puesto en marcha hacia dos días con repentina urgencia río arriba, con el director a bordo, a cargo de algún capitán voluntario, y cuando aún no llevaban navegando tres horas le arrancaron el casco inferior contra unas piedras, y se hundió cerca de la orilla sur. Me pregunté qué iba a hacer yo allí, ahora que mi barco se había ido a pique. En realidad, tenía bastante con sacar mi barco del río. Me tuve que poner a ello al día siguiente. Esto y las



reparaciones cuando hube traído los trozos a la estación, llevaron meses.

»Mi primera entrevista con el director fue curiosa. No me invitó a sentarme después de mi caminata de veinte millas de aquella mañana. Su aspecto, sus rasgos, sus modales y su voz eran vulgares. Era de mediana estatura y de constitución corriente. Sus ojos, de un azul corriente, eran notablemente fríos, y sin duda podía hacer que su mirada cayera sobre uno tan incisiva y pesadamente como un hacha. Pero incluso en estas ocasiones el resto de su persona parecía desmentir tal intención. Por lo demás, únicamente en sus labios había una expresión relajada, difícil de definir, algo furtivo entre sonrisa y no sonrisa; lo recuerdo, pero no lo puedo explicar. Era inconsciente (me refiero a la sonrisa), aunque se intensificaba momentáneamente cada vez que había dicho algo. Aparecía al final de sus discursos, como un sello estampado sobre las palabras, que convertía el significado de la frase más usual en algo absolutamente inescrutable. Era un vulgar comerciante, empleado en esta región desde su juventud; nada más. Se le obedecía, aunque no inspiraba ni afecto, ni fervor, ni siquiera respeto. Inspiraba malestar. ¡Eso era! Malestar. No una clara desconfianza definida; siempre malestar, nada más. No tenéis idea de lo eficaz que puede ser semejante... facultad. No tenía talento para organizar, para la iniciativa, ni siquiera para el orden. Eso se evidenciaba en cosas tales como el lamentable estado de la estación. No tenía estudios ni inteligencia. Su puesto había venido a él, ¿por qué? Tal vez porque nunca estaba enfermo... Había servido tres períodos de tres años allí... Porque una salud triunfante sobre la derrota general de los organismos constituye por sí misma una especie de poder. Cuando iba a su casa con permiso cometía todo tipo de excesos de una manera ostentosa. Marinero en tierra, pero con la diferencia de que lo era sólo en lo externo. Esto se podía deducir de su conversación superficial. No creaba nada; podía mantener la rutina, pero nada más. Sin embargo, era extraordinario. Era extraordinario por el pequeño detalle de que era imposible imaginar qué podía controlar a semejante hombre. Nunca reveló ese secreto. Quizá no había nada dentro de él<sup>[19]</sup>. Tal sospecha le hacía a uno reflexionar, puesto que allí no había controles externos. Una vez, cuando varias enfermedades tropicales tenían postrados a casi todos los “agentes” de la estación, le oyeron decir: “Los hombres que vienen aquí no deberían tener entrañas”. Selló el comentario con aquella sonrisa tan suya, como si fuera una puerta que se abría a una oscuridad de la que él era custodio. Uno se imaginaba haber visto cosas, pero el sello se interponía. Cuando se hartó de las constantes peleas entre los blancos por cuestiones de precedencia en las comidas, ordenó fabricar una inmensa mesa redonda, para la cual hubo de ser construida una casa especial. Éste era el comedor de la

estación. El lugar donde él se sentaba era la presidencia; el resto no contaba. Era obvio que ésta era su convicción inalterable. No era ni cortés ni descortés. Era tranquilo. Consentía que su *boy*, un negro joven y sobrealimentado de la costa tratara en su presencia a los blancos con una insolencia provocativa.

»Empezó a hablar en cuanto me vio. Yo había estado mucho tiempo en camino. No pudo esperar. Tuvo que empezar sin mí. Había que relevar a las estaciones del interior. Se habían producido ya tantos retrasos que no sabía quién estaba vivo y quién muerto, y cómo se las arreglaban, etc. No prestó atención a mis explicaciones y, mientras jugueteaba con una barra de lacre, repitió varias veces que la situación era “muy grave, muy grave”. Corrían rumores de que una estación muy importante estaba en peligro, y su jefe, el señor Kurtz, estaba enfermo<sup>[20]</sup>. Esperaba que no fuera cierto. El señor Kurtz era... Me sentí abatido e irritable. Al cuerno con Kurtz, pensé. Le interrumpí diciendo que había oído hablar de Kurtz en la costa. “¡Ah!, de modo que hablan de él por ahí abajo”, murmuró para sus adentros. Entonces volvió a empezar, asegurándome que el señor Kurtz era el mejor agente que tenía, un hombre excepcional, de la mayor importancia para la compañía; por consiguiente, podía comprender su inquietud. Dijo que estaba “muy, muy intranquilo”. Desde luego, se agitaba incesantemente en la silla; exclamó: “¡Ah! ¡El señor Kurtz!”, rompió la barra de lacre y pareció quedarse atónito ante este accidente. Después quería saber “cuánto tiempo llevaría”... Le interrumpí de nuevo. Como estaba hambriento, y además seguía de pie, me estaba poniendo furioso. “¿Cómo lo podría saber? —le dije—. Ni siquiera había visto los destrozos; varios meses, sin duda”. Toda esta charla me parecía fútil. “Varios meses —dijo él—. Bueno, digamos que pasarán tres meses antes de que podamos empezar. Sí. Eso debería bastar para arreglar el asunto”. Salí precipitadamente de su cabaña (vivía solo en una cabaña de arcilla con una especie de terraza), murmurando entre dientes lo que pensaba de él. Era un charlatán idiota. Después me retracté, a medida que iba comprendiendo con asombro la excepcional precisión con que había calculado el tiempo requerido para el “asunto”.

»Fui a trabajar al día siguiente, volviendo la espalda —por así decirlo— a la estación. Me parecía que únicamente de esta forma podía seguir aferrado a los aspectos gratos de la vida. No obstante, uno tiene que mirar a su alrededor a veces; y entonces vi la estación, aquellos hombres vagando sin objeto en el cercado bajo los rayos del sol. A veces me preguntaba qué significaba todo aquello. Iban de un lado para otro con sus cayados absurdamente largos en la mano, como una multitud de peregrinos sin fe, hechizados dentro de una cerca podrida. La palabra

“marfil” resonaba en el aire, se susurraba, se suspiraba. Uno pensaría que la estaban invocando. Un tufo de estúpida rapacidad lo envolvía todo, como el aliento de un cadáver. ¡Por Júpiter! No he visto nada tan irreal en toda mi vida. Y fuera, en el exterior, la selva silenciosa que rodeaba este claro en la tierra se me presentó como algo grandioso e invencible, como el mal o la verdad, esperando pacientemente a que pasara esta fantástica invasión.

»¡Oh, qué meses aquellos! Bueno, qué más da. Sucedieron varias cosas. Una noche, un cobertizo de hierba, lleno de calicó, algodón, estampados, abalorios y no sé cuántas cosas más, estalló en llamas tan repentinamente que cualquiera hubiera pensado que la tierra se había abierto para dejar que un fuego vengador consumiera toda aquella basura. Yo estaba fumando mi pipa tranquilamente al lado de mi desmantelado vapor, y los vi a todos haciendo cabriolas en el resplandor, con los brazos en alto, en el momento en que el robusto hombre de bigotes corrió precipitadamente hacia el río, con un cubo de metal en la mano, y me aseguró que todos “se estaban portando espléndidamente, espléndidamente”; sacó aproximadamente un cuarto de galón de agua y se volvió a marchar con precipitación. Observé que en el fondo del cubo había un agujero.

»Yo me acerqué tranquilamente. No había prisa. Pensad que la cosa había estallado como una caja de cerillas. No había nada que hacer desde el primer momento. La llama había saltado con ímpetu, haciendo retroceder a todo el mundo, lo había iluminado todo y se había desplomado. El cobertizo era ya una pila de ascuas que ardían ferozmente. Estaban azotando a un negro cerca de allí. Decían que él había provocado el incendio de alguna manera; sea como fuere, estaba dando horribles alaridos. Le vi después sentado durante varios días en un poco de sombra con aspecto de estar muy enfermo y tratando de recuperarse; más tarde se levantó y se fue; y la selva, en silencio, le acogió de nuevo en su seno. Al acercarme al resplandor desde la oscuridad me encontré detrás de dos hombres que estaban hablando. Les oí pronunciar el nombre de Kurtz y después las palabras “aprovéchate de este desgraciado accidente”. Uno de los hombres era el director. Le di las buenas noches. “¿Ha visto usted en su vida nada parecido? ¿Eh? Es increíble”, dijo, y se marchó. El otro hombre se quedó. Era un agente de primera, joven, cortés, un poco reservado, con una corta barba hendida y nariz aguileña. Era distante con los otros agentes, y ellos por su parte le acusaban de ser un espía a las órdenes del director. Por lo que a mí respecta, yo prácticamente no había hablado nunca con él. Iniciamos una conversación y, lentamente, nos fuimos alejando de las silbantes ruinas. Después me invitó a su habitación, que se encontraba en el edificio principal de la estación.

Encendió una cerilla y noté que este joven aristócrata no sólo tenía un tocador montado en plata, sino también una vela entera para él solo. Precisamente en aquel entonces se suponía que solamente el director tenía derecho a tener velas. Esteras indígenas cubrían las paredes de arcilla, una colección de lanzas, azagayas, escudos y cuchillos colgaban en ellas como trofeos. El cometido que se le había encomendado era la fabricación de ladrillos; eso me habían dicho; pero no había ni rastro de ladrillos en ningún lugar de la estación, y llevaba allí más de un año esperando. Parece ser que no podía fabricar ladrillos sin algo, no sé qué: paja, quizá. En cualquier caso, no podía encontrarlo allí, y, como no era probable que lo mandaran desde Europa, yo no veía muy claro qué es lo que estaba esperando. Un acto de creación especial, quizá. No obstante, estaban todos esperando algo —los dieciséis o veinte peregrinos—, y creedme, no parecía una ocupación que les fuera mal a juzgar por la forma en que la aceptaban, aunque lo único que conseguían eran enfermedades, por lo que pude ver. Se entretenían murmurando e intrigando unos contra otros, de una forma estúpida<sup>[21]</sup>. Había un clima de conspiración en aquella estación, pero sin consecuencias, por supuesto. Era tan irreal como todo lo demás, como la presentación filantrópica de toda la empresa, como su conversación, su gobierno, su despliegue de actividad. El único sentimiento real era el deseo de ser nombrado para un puesto comercial donde pudiera conseguirse marfil y obtener así porcentajes. Intrigaban, se difamaban y se odiaban los unos a los otros sólo por ese motivo; pero cuando se trataba de mover un dedo eficazmente, ¡oh, no! ¡Santo cielo! Después de todo hay algo en el mundo que permite que un hombre robe un caballo mientras otro ni siquiera puede mirar un ronzal. Robar un caballo sin remilgos, muy bien. Hecho está. Quizá pueda montarlo. Pero hay una forma de mirar un ronzal que provocaría la indignación del más caritativo de los santos.

»No tenía la menor idea de por qué se mostraba amistoso, pero mientras estábamos charlando allí se me ocurrió de pronto que aquel tipo estaba intentando algo: en realidad, sonsacarme. Aludía constantemente a Europa, a la gente que se suponía que yo conocía allí, haciendo preguntas encaminadas a descubrir quiénes eran mis conocidos en la ciudad sepulcral y cosas por el estilo. Sus pequeños ojos brillaban de curiosidad como láminas de mica, aunque trataba de conservar una cierta altivez. Al principio me produjo asombro, pero muy pronto me entró una enorme curiosidad por averiguar qué conseguiría de mí. No podía en absoluto imaginar que hubiera algo en mí que mereciera su atención. Era muy divertido ver lo engañado que estaba, pues en realidad mi cuerpo estaba lleno sólo de escalofríos, y no había nada en mi cabeza excepto aquel

maldito asunto del vapor. Era evidente que me había tomado por un perfecto y desvergonzado embustero. Al fin se enfadó y, para ocultar un gesto de furiosa irritación, bostezó. Yo me levanté. Entonces descubrí un pequeño boceto al óleo en una tabla, que representaba a una mujer, en ropaje y con los ojos vendados, llevando una antorcha encendida. El fondo era oscuro, casi negro. El movimiento de la mujer era majestuoso, y el efecto de la luz de la antorcha sobre la cara era siniestro.

»El cuadro me llamó la atención, y él permaneció de pie cortésmente, sosteniendo una botella de champaña de media pinta (remedios medicinales) vacía, con una vela metida en ella. A mi pregunta contestó que el señor Kurtz lo había pintado —en esa misma estación hacía más de un año— mientras esperaba el medio para trasladarse a su puesto comercial. “Por favor, dígame —le pregunté—, ¿quién es ese señor Kurtz?”.

»“El jefe de la Estación Interior”, respondió con sequedad, mirando hacia otro lado. “Muy agradecido —dije riendo—. Y usted es el fabricante de ladrillos de la Estación Central. Eso lo sabe todo el mundo”; guardó silencio durante un rato. “Es un prodigio —dijo al fin—. Es un emisario de la compasión, de la ciencia, del progreso y el diablo sabe de cuántas cosas más. Queremos —empezó a declamar de repente— mayor inteligencia, mayor comprensión, dedicación exclusiva para dirigir la causa que nos ha sido confiada, por así decirlo, por Europa”. “¿Quién dice eso?”, pregunté. “Muchos de ellos —contestó—. Algunos incluso lo escriben; y así él, un ser especial, como debería usted saber, viene aquí”. “¿Por qué debería yo saberlo?”, le interrumpí, realmente sorprendido. No me hizo caso. “Sí. Hoy día es el jefe de la mejor estación, el próximo año será ayudante de dirección. Dos años más y... Pero apuesto a que usted ya sabe lo que será dentro de dos años. Usted es del nuevo grupo. Del grupo de la virtud. La misma gente que le envió a él le recomendó a usted expresamente. Oh, no diga que no. Me fío de lo que veo con mis propios ojos”. De repente lo vi todo claro. Los influyentes conocidos de mi querida tía estaban produciendo efectos inesperados en aquel joven. Estuve a punto de soltar la carcajada. “¿Lee usted la correspondencia confidencial de la compañía?”, pregunté. No pudo decir palabra. Fue muy divertido. “Cuando el señor Kurtz —continué con seriedad— sea director general, no tendrá usted oportunidad de hacerlo”.

»De repente apagó la vela y salimos. Había salido la luna. Negras figuras deambulaban indiferentes, echando agua sobre el fuego, de donde salía un sonido sibilante; el humo ascendía bajo la luz de la luna; el negro apaleado gemía en alguna parte. “¡Qué escándalo arma ese animal! —dijo el infatigable hombre de los bigotes, apareciendo junto a nosotros—. Le

está bien empleado. Falta, castigo, ¡bang! Sin piedad, sin piedad. Es la única forma. Esto evitará futuros incendios. Le estaba diciendo al director...”. Notó la presencia de mi acompañante y se quedó cabizbajo de inmediato. “Todavía levantado —dijo, con una especie de jovialidad servil—; es tan natural. ¡Oh! El peligro, la agitación”. Se esfumó. Me acerqué a la orilla, y el otro me siguió. Llegó a mi oído un murmullo hiriente. “Montón de inútiles, ¡venga!”. Se podía ver a los peregrinos gesticulando y discutiendo en grupo. Varios de ellos llevaban todavía sus cayados en la mano. Creo realmente que se acostaban con ellos. Al otro lado de la valla se levantaba espectral el bosque a la luz de la luna, y a través de la ligera agitación, a través de los confusos sonidos de aquel patio melancólico, el silencio de la tierra se le adentraba a uno en el mismísimo corazón: su misterio, su grandeza, la asombrosa realidad de su vida oculta. El negro herido se lamentaba débilmente en algún lugar cercano, y luego lanzó un profundo suspiro que hizo que mis pasos tomaran otra dirección. Sentí que una mano se introducía bajo mi brazo. “Mi querido señor —dijo el hombre—, no quiero ser malentendido, y especialmente por usted, que va a ver al señor Kurtz mucho antes de que yo pueda tener ese placer. No me gustaría que él se hiciera una idea falsa de mi disposición...”.

»Dejé continuar a aquel Mefistófeles de cartón piedra y me pareció que, si lo intentaba, podría atravesarle con mi dedo índice y no encontraría nada en su interior más que un poco de suciedad suelta, tal vez. Él, como podéis ver, había estado planeando convertirse pronto en ayudante de dirección bajo el hombre actual, y pude ver que la llegada del tal Kurtz les había trastornado un poco a los dos. Hablaba precipitadamente y no traté de detenerle. Yo tenía la espalda apoyada contra los restos de mi vapor, remolcado pendiente arriba como el cadáver de un gran animal de río. El olor del fango, del fango primitivo, ¡por Júpiter!, estaba en mis narices; y ante mis ojos, la profunda quietud del bosque primitivo; había manchas brillantes en la negra ensenada. La luna había tendido una fina capa de plata sobre todas las cosas —sobre la exuberante hierba, sobre el fango, por encima del muro de espesa vegetación que se levantaba a una altura mayor que el muro de un templo, por encima del gran río que yo veía brillar a través de una brecha oscura, brillar a medida que fluía en toda su anchura, sin un murmullo—. Todo esto era grandioso, expectante, mudo, mientras aquel hombre farfullaba acerca de sí mismo. Yo me preguntaba si la quietud en la faz de la inmensidad que nos miraba a los dos significaba una llamada o una amenaza. ¿Qué éramos nosotros que nos habíamos extraviado allí?, ¿podríamos dominar aquella “cosa” muda o nos dominaría ella a nosotros? Sentí lo grande, lo malditamente grande que era aquella “cosa” que no podía hablar y que tal vez era también

sorda. ¿Qué había allí dentro? Podía ver salir de ella un poco de marfil y había oído decir que el señor Kurtz estaba allí. Había oído ya bastante sobre todo ello, ¡Dios es testigo! Sin embargo, por alguna razón no me sugería imagen alguna, igual que si me hubieran dicho que allí había un ángel o un demonio. Lo creí de la misma forma que alguno de vosotros podría creer que hay habitantes en el planeta Marte. En una ocasión conocí a un fabricante de velas de barco escocés que estaba seguro, absolutamente seguro, de que había habitantes en Marte. Cuando se le preguntaba acerca del aspecto que tenían y de cómo se comportaban, musitaba tímidamente algo sobre “caminar a cuatro patas”. Si se te ocurría siquiera sonreír, él, un hombre de sesenta años, se mostraba dispuesto a desafiarte. Yo no hubiera llegado a luchar por Kurtz, pero por él estuve a punto de mentir. Ya sabéis que odio, detesto y no puedo soportar la mentira, no porque sea más recto que los demás, sino simplemente porque me horroriza. Hay un toque de muerte, un sabor a mortalidad en las mentiras, que es exactamente lo que más odio y detesto en el mundo, lo que deseo olvidar. Me hace sentirme desdichado y enfermo, como si hubiera mordido algo podrido. Cuestión de temperamento, supongo. Bueno, estuve a punto de mentir porque dejé que aquel joven estúpido creyera todo lo que quiso imaginar acerca de mis influencias en Europa. En un instante me convertí en un ser tan falso como el resto de los hechizados peregrinos. Y ello simplemente porque tenía la idea de que de alguna forma esto serviría de ayuda a aquel tal Kurtz, al que no vi entonces..., no sé si me entendéis. Para mí él era sólo una palabra. Yo no veía a la persona en el nombre, no más de lo que vosotros podáis verlo. ¿Lo veis? ¿Veis el relato? ¿Veis algo? Tengo la sensación de estaros contando un sueño, pero inútilmente, porque ningún relato de un sueño puede transmitir la sensación del sueño, esa mezcla de absurdo, sorpresa y aturdimiento en un temblor de rebelión agónica, esa sensación de ser capturado por lo increíble, que constituye la esencia de los sueños...

Permaneció un rato en silencio.

—... No, es imposible; es imposible transmitir la sensación de vida de una época cualquiera de la propia existencia; lo que le confiere veracidad y significado, su esencia sutil y penetrante. Es imposible. Vivimos igual que soñamos: solos.

Hizo una nueva pausa, como si estuviera reflexionando; después continuó.

—Por supuesto, vosotros, amigos, veis más ahora de lo que yo podía ver entonces. Vosotros me veis a mí, y ya me conocéis...

La oscuridad se había hecho tan profunda que nosotros, los que



escuchábamos, podíamos apenas vernos unos a otros. Desde hacía ya bastante tiempo, él, sentado aparte, no era para nosotros más que una voz. Nadie pronunció una sola palabra. Los otros tal vez estuvieran dormidos, pero yo estaba despierto. Escuchaba, escuchaba atentamente a la espera de la frase, de la palabra que me ayudara a comprender la lánguida inquietud que inspiraba esta narración, que parecía tomar forma, sin la ayuda de labios humanos, en el aire denso de la noche sobre el río...

—Sí; dejé que continuara —Marlow comenzó de nuevo— y que pensara lo que le viniera en gana sobre los poderes que estaban detrás de dormí. ¡Lo hice! ¡Y no había nada detrás de mí! No había nada aparte de aquel vapor viejo destrozado y miserable en el que estaba recostado, mientras él hablaba ininterrumpidamente acerca de «la necesidad de que cada uno siga adelante...». «Y cuando uno viene aquí, usted comprenderá no es para contemplar la luna». El señor Kurtz era un «genio universal», pero incluso para un genio sería más fácil trabajar con «instrumentos adecuados: con hombres inteligentes». Él no fabricaba ladrillos. ¿Por qué? Existían impedimentos físicos, como había podido constatar; y si trabajaba como secretario para el director era porque «ningún hombre sensato rechaza alegremente la confianza de sus superiores». ¿Lo comprendía yo? Lo comprendía. ¿Qué más quería? Lo que realmente quería yo eran remaches. ¡Santo cielo!, remaches para proseguir con mi trabajo, para tapar el agujero. Quería remaches. ¡Había cajas llenas de ellos en la costa, cajas amontonadas, reventadas, rotas! Tropezabas con remaches sueltos a cada paso que dabas en el recinto de aquella estación de la colina. Los remaches habían rodado hasta la arboleda de la muerte. Hubieras podido llenarte los bolsillos de remaches sin más molestia que la de agacharte, y en cambio no se encontraba ni uno donde había necesidad de ellos. Teníamos planchas que podían servir, pero nada con qué fijarlas. Y cada semana el mensajero, un negro solitario, partía de nuestra estación hacia la costa con la cartera al hombro y el cayado en la mano. Y varias veces por semana llegaba una caravana procedente de la costa con productos comerciales: un calicó horriblemente lustroso que con sólo mirarlo daba escalofríos, abalorios de cristal de a penique el cuarto, horribles pañuelos de algodón estampado. Y ningún remache. Tres porteadores podrían haber traído todo lo que necesitábamos para poner a flote aquel vapor.

»Empezaba a hacerme confidencias, pero me imagino que mi actitud poco receptiva le debió exasperar al fin, ya que juzgó necesario informarme de que él no temía ni a Dios ni al diablo y mucho menos a un simple hombre. Le dije que ya me había dado cuenta de eso, pero que lo que yo quería era una determinada cantidad de remaches; y que lo que el



señor Kurtz realmente quería eran remaches, aun sin saberlo. Todas las semanas se mandaban cartas a la costa... “Mi querido señor —gritó—, escribo al dictado”. Yo pedía remaches. Existía una forma... para un hombre inteligente. Él cambió su actitud; se mostró muy reservado y, de repente, empezó a hablar acerca de un hipopótamo; se preguntaba si no me había molestado nada mientras dormía a bordo del vapor (yo me obstinaba noche y día en mi salvamento). Había un viejo hipopótamo que tenía la mala costumbre de salir a la orilla y vagar de noche por los terrenos de la estación. Los peregrinos solían salir todos en masa y descargar sobre él cuantos rifles estuvieran a su alcance. Algunos habían incluso pasado noches en vela por él. No obstante, toda esa energía había sido desperdiciada. “Ese animal está encantado —dijo—, pero en este país sólo se puede decir eso de las bestias. Ningún hombre, ¿me entiende?, ninguno de estos hombres está encantado”. Permaneció un momento allí de pie, a la luz de la luna, con su delicada nariz aguileña un poco torcida y sus ojos de mica brillando sin pestañear; después, con un brusco “Buenas noches”, se alejó a grandes zancadas. Pude observar que estaba molesto y considerablemente intrigado, lo cual me hizo sentirme más esperanzado de lo que había estado en muchos días. Sentí gran alivio al dejar a aquel hombre para volver a mi influyente amigo, el apaleado, torcido y arruinado vapor de hoja de lata. Subí a bordo. El barco crujía bajo mis pies como una caja vacía de galletas Huntley & Palmers a la que se hiciera rodar a puntapiés por un canalón; su estructura no era tan sólida y su forma era bastante más fea, pero le había dedicado tanto trabajo como para amarle. Ningún amigo influyente me habría sido de mayor utilidad. Me había deparado la oportunidad de revelarme un poco, de descubrir lo que era capaz de hacer. No, no me gusta el trabajo. Prefiero holgazanear mientras pienso en todas las cosas buenas que podrían hacerse. No me gusta el trabajo, a nadie le gusta, pero me gusta lo que hay en el trabajo; la oportunidad de encontrarse a uno mismo. Tu propia realidad (para ti mismo, no para los demás), lo que ningún otro hombre puede llegar a saber jamás. Ellos sólo pueden ver la representación, pero no pueden nunca saber lo que significa en realidad.

»No me sorprendió ver que había alguien sentado a popa en la cubierta, con las piernas colgando sobre el fango. Yo prefería mantener una relación estrecha con los pocos mecánicos que había en aquella estación, a los que los otros peregrinos, naturalmente, despreciaban, supongo que a causa de la rudeza de sus modales. Éste era el capataz, calderero de profesión, un buen trabajador. Era un hombre flaco, huesudo, de tez amarillenta y ojos grandes e intensos. Tenía aspecto de estar preocupado, y la cabeza tan calva como la palma de mi mano; pero sus

cabellos, al caer, parecían haberse adherido a la barbilla y haber medrado en su nuevo emplazamiento, pues la barba le llegaba a la cintura. Era viudo y tenía seis hijos pequeños (los había dejado al cuidado de una hermana suya para venir aquí); la pasión de su vida eran las palomas mensajeras. Era un entusiasta y un experto. Desvariaba cuando hablaba de las palomas. Después de su jornada de trabajo solía venir, a veces, desde su cabaña para hablar de sus hijos y de sus palomas; cuando tenía que trabajar arrastrándose en el fango bajo el casco del vapor, ataba su barba en una especie de toalla blanca que traía con esa finalidad, y que tenía unas lazadas con las cuales se la sujetaba detrás de las orejas. Al atardecer se le podía ver agachado en la orilla, aclarando con sumo cuidado aquel envoltorio en la corriente y extendiéndolo después solemnemente sobre los arbustos para que se secara.

»Le di una palmada en la espalda y grité: “¡Vamos a tener remaches!”. Se puso en pie con dificultad y exclamó: “¡No! ¡Remaches!”, como si no pudiera dar crédito a sus oídos. Después dijo en voz baja: “¿Usted..., eh?”. No sé por qué nos comportábamos como locos. Coloqué un dedo sobre una de las paredes de mi nariz y moví la cabeza enigmáticamente. “¡Bravo!”, gritó, y chasqueó los dedos sobre su cabeza, levantando un pie. Probé a bailar. Hicimos cabriolas en la cubierta de hierro. Un estruendo horroroso salió de aquel casco, y la selva virgen, al otro lado de la corriente, lo devolvió en un redoble atronador sobre la estación soñolienta. Aquello debió hacer incorporarse a algunos de los peregrinos en sus cobertizos. Una figura oscura ensombreció el hueco iluminado de la puerta de la cabaña del director y desapareció; luego, como un segundo más tarde, el propio hueco de la puerta desapareció también. Nos detuvimos, y el silencio que nuestras pisadas habían ahuyentado fluyó de nuevo desde los lugares recónditos de la tierra. La gran muralla de vegetación, una exuberante y enmarañada masa de troncos, ramas, hojas, brazos de árbol, festones, inmóviles a la luz de la luna, era como una desenfrenada invasión de vida muda, una ola arrolladora de plantas, amontonadas, crestadas, a punto de venirse abajo sobre el río y arrancarnos a todos nosotros, ínfimos seres, de nuestra ínfima existencia. Y no se movía. Una amortiguada explosión de potentes chapoteos y resoplidos nos llegó desde lejos, como si un ictiosauro hubiera estado tomando un baño de resplandor en el gran río. “Después de todo —dijo el calderero en un tono razonable—, ¿por qué no íbamos a conseguir remaches?”. Verdaderamente, ¿por qué no? Yo no conocía ninguna razón por la que no debiéramos conseguirlos. “Llegarán en tres semanas”, dije confiado.

»Pero no llegaron. En lugar de remaches tuvimos una invasión, un castigo, una visita. Llegó en secciones durante las tres semanas

siguientes, cada sección encabezada por un asno sobre el que iba montado un hombre blanco vestido con ropa nueva y zapatos curtidors, que impartía reverencias a derecha e izquierda desde las alturas a los impresionados peregrinos. Una cuadrilla con aire belicoso, compuesta de ceñudos negros con los pies maltrechos, marchaba tras el asno; descargaban en el patio un montón de tiendas, taburetes de campaña, cajas de metal, cajones blancos y fardos marrones, y con ellos el aire de misterio se hacía aún más profundo sobre la confusión de la estación. Llegaron cinco de estas comitivas, con ese aire absurdo de huida desordenada, con el botín de innumerables talleres de pertrechos y almacenes de provisiones, que uno pensaría arrastraban hacia la selva, después de un ataque, para repartirlo equitativamente. Era una mezcla inextricable de cosas, decentes por sí mismas, pero que la locura humana hacía que parecieran el botín de un robo.

»Esta cuadrilla de adeptos se denominaba a sí misma Expedición de Exploración Eldorado, y creo que habían jurado guardar secreto. No obstante, su conversación era la de ávidos filibusteros: era temeraria sin osadía, avariciosa sin audacia y cruel sin valor; no había en todo el grupo ni un átomo de previsión o de seria deliberación, y no parecían darse cuenta de que esas cosas son necesarias para andar por el mundo. Su deseo era arrancar tesoros de las entrañas de la tierra, sin más propósito moral que el que puedan tener unos ladrones al forzar una caja fuerte. Ignoro quién pagaba los gastos de la noble empresa, pero el tío de nuestro director era el jefe del grupo.

»Su aspecto exterior era el de un carnicero de barrio bajo, y sus ojos tenían un aire de astucia soñolienta. Llevaba ostentosamente su obesa panza sobre sus cortas piernas, y durante el período en que su banda infestó la estación no habló con nadie aparte de su sobrino. Se les podía ver a los dos merodeando por allí todo el día con sus cabezas unidas en una interminable confabulación.

»Yo había dejado de preocuparme por los remaches. La capacidad de uno para esa clase de locuras es más limitada de lo que cabría suponer. Pensé: ¡al diablo!, y dejé correr las cosas. Tenía tiempo de sobra para meditar, y de vez en cuando me dedicaba a pensar en Kurtz. No estaba demasiado interesado en él. No. Sin embargo, sentía curiosidad por ver si este hombre, que había venido aquí equipado con ideas morales de alguna clase, llegaría a la cúspide después de todo, y qué haría una vez allí.

## Capítulo 2

»Una tarde, estando yo tumbado en la cubierta de mi vapor, oí unas voces que se aproximaban, y allí estaban el sobrino y el tío deambulando por la orilla. Recliné de nuevo la cabeza sobre el brazo, y ya me había quedado medio dormido cuando alguien dijo, casi en mi oído: “Soy tan inofensivo como un niño pequeño, pero no me gusta estar a las órdenes de nadie. Soy el director, ¿no es así? Se me ha ordenado enviarle allí. Es increíble...”. Me di cuenta de que los dos estaban de pie en la orilla al lado de la proa del vapor, justamente debajo de mi cabeza. No me moví; no se me ocurrió moverme: estaba medio dormido. “Es muy desagradable”, gruñó el tío. “Ha pedido a la Administración que le envíen aquí —dijo el otro— con la intención de demostrar de lo que era capaz; y a mí se me han dado instrucciones en ese sentido. Date cuenta de la influencia que debe tener ese hombre, ¿no es terrible?”. Los dos convinieron en que era terrible, después hicieron varias observaciones extrañas: “Hacer lluvia y buen tiempo..., un hombre..., el Consejo..., a su antojo...”, fragmentos de frases absurdas que vencieron mi somnolencia, de manera que ya había recuperado casi por completo la lucidez cuando el tío dijo: “El clima puede resolverte esa dificultad. ¿Está él solo allí?”. “Sí —respondió el director—; envió a su ayudante río abajo con una nota para mí en estos términos: ‘Eche a este pobre diablo del país y no se moleste en enviarme más de esta clase. Prefiero estar solo a tener junto a mí al tipo de hombres de que usted puede disponer’. Esto fue hace más de un año. ¿Puedes imaginarte semejante insolencia?”. “¿Algo más desde entonces?”, preguntó el otro, con voz ronca. “Marfil —respondió bruscamente el tío— a montones, y de primera clase, a montones. Sumamente fastidioso de su parte”. “¿Y con ello?”, preguntó la voz grave y sorda. “Factura”, fue la respuesta disparada, por así decirlo. Después un silencio. Habían estado hablando de Kurtz.

»Yo ya estaba bien despierto para entonces, pero como me hallaba comodísimamente tumbado, permanecí así, puesto que nada me inducía a

cambiar de postura. “¿Cómo llegó ese marfil hasta aquí?”, refunfuñó el de más edad, que parecía muy enojado. El otro explicó que había venido con una flota de canoas a cargo de un oficinista inglés mestizo que Kurtz tenía con él; que Kurtz al parecer había tenido la intención de venir él mismo, ya que la estación estaba por aquella época escasa de mercancías y reservas, pero que, después de recorrer trescientas millas había decidido repentinamente volver atrás, lo que empezó a hacer él solo en una pequeña piragua con cuatro remeros, dejando que el mestizo continuara río abajo con el marfil. Los dos individuos parecían maravillados de que alguien intentara tal cosa. No lograban dar con un motivo que la justificara. En cuanto a mí, me pareció ver a Kurtz por primera vez. Lo vislumbré un instante: la piragua, cuatro salvajes remando y el blanco solitario volviendo de repente la espalda a la oficina central, al descanso, a la idea del hogar tal vez; dirigiendo su mirada hacia las profundidades de la selva, hacia su vacía y desolada estación. Yo no conocía el motivo. Tal vez era simplemente un tipo estupendo que se aferraba a su trabajo por amor a él. Su nombre, os dais cuenta, no había sido pronunciado ni una sola vez. Era “ese hombre”. Al mestizo, que por lo que pude ver había dirigido un difícil viaje con gran prudencia y valor, se hacía invariablemente alusión como a “ese canalla”. El “canalla” había informado de que el “hombre” había estado muy enfermo y no se había recuperado del todo..., los dos que estaban debajo de mí se alejaron unos pasos y pasearon de acá para allá a corta distancia. Oí: “Puesto militar... doctor... doscientas millas... completamente solo ahora... retrasos inevitables... nueve meses... sin noticias... extraños rumores”. Se acercaron otra vez, en el preciso momento en que el director estaba diciendo: “Nadie que yo sepa, salvo una especie de comerciante errante, un tipo pestífero, que arrebatava el marfil a los indígenas”. ¿Quién era ese del que hablaban ahora? Deduje de los fragmentos que se trataba de un hombre que debía estar en el distrito de Kurtz y que no agradaba al director. “No nos libraremos de la competencia desleal mientras no colguemos a uno de estos tipos para que sirva de ejemplo”, dijo. “Ciertamente —gruñó el otro—, ¡qué lo cuelguen! ¿Por qué no? En este país se puede hacer cualquier cosa, cualquier cosa. Eso es lo que yo digo; nadie puede aquí, entiendes, *aquí*, poner en peligro tu posición. ¿Y por qué? Tú soportas el clima; aguantas más que todos ellos. El peligro está en Europa; pero allí, antes de salir, me ocupé de que...”. Se apartaron y susurraron, pero después sus voces volvieron a elevarse. “La enorme serie de retrasos no es culpa mía. Hice lo que pude”. El hombre grueso suspiró. “Muy triste”. “Y el pestilente desatino de su conversación —continuó el otro—. Me molestaba muchísimo cuando estaba aquí. Cada estación

debería ser como un faro en el camino hacia cosas mejores, un centro para el comercio, desde luego, pero también para la humanización, la mejora, la enseñanza”<sup>[22]</sup>. “Imagínate, ¡ese asno! ¡Y quiere ser director! No, es...”. En ese momento le ahogó la excesiva indignación y yo levanté ligerísimamente la cabeza. Me sorprendió ver lo cerca que estaban: justo debajo de mí. Podría haber escupido sobre sus sombreros. Miraban al suelo, absortos en sus pensamientos. El director se golpeaba suavemente la pierna con una delgada rama: su sagaz pariente levantó la cabeza. “¿Has estado bien desde que saliste esta vez?”, preguntó. El otro se sobresaltó: “¿Quién, yo? Oh, estupendamente, estupendamente. Pero los demás, ¡oh, Dios mío! Todos enfermos. Además, se mueren tan deprisa, que no me da tiempo a enviarlos fuera del país, ¡es increíble!”<sup>[23]</sup>. “Hum. Así es —gruñó el tío—. ¡Ah!, hijo mío, confía en esto; te lo digo, confía en esto”. Le vi extender esa corta aleta que tenía por brazo en un gesto que abarcó el bosque, la ensenada, el fango, el río; pareció hacer señal, en un deshonesto ademán ante el rostro de la tierra iluminado por el sol, de llamar engañosamente a la muerte acechante, al mal oculto, a la profunda oscuridad de su corazón. Era tan sobrecogedor que me puse en pie de un salto y volví a mirar al borde del bosque, como si esperara una respuesta de algún tipo a aquella negra muestra de confianza. Ya sabéis las ideas tan absurdas que se le ocurren a uno a veces. La profunda tranquilidad hacía frente a estas dos figuras con su ominosa paciencia, esperando a que pasara una invasión fantástica.

»Blasfemaron juntos en voz alta, de puro miedo, creo yo, y después, fingiendo no saber nada de mi existencia, se dieron la vuelta camino de la estación. El sol estaba bajo; al inclinarse hacia adelante el uno junto al otro, parecían estar tirando fatigosamente colina arriba de sus dos ridículas sombras de diferente longitud, que se arrastraban detrás de ellos lentamente por encima de la alta hierba sin doblar ni una sola hoja.

»En pocos días la Expedición de Eldorado se adentró en la paciente selva, que se cerró sobre ella como el mar se cierra sobre un buzo. Mucho después llegó la noticia de que todos los burros habían muerto. No sé nada acerca de la suerte que corrieron los animales menos valiosos. Sin duda, ellos, como el resto de nosotros, encontraron lo que se merecían. No investigué. Estaba en aquel momento bastante excitado con la perspectiva de conocer a Kurtz muy pronto. Cuando digo “muy pronto”, lo digo en sentido relativo: cuando llegamos a la orilla bajo la estación de Kurtz habían transcurrido exactamente dos meses desde el día en que dejamos la ensenada.

»Remontar aquel río era regresar a los más tempranos orígenes del mundo, cuando la vegetación se agolpaba sobre la tierra y los grandes

árboles eran los reyes. Un arroyo seco, un gran silencio, un bosque impenetrable. El aire era cálido, espeso, pesado, perezoso. No había júbilo alguno en la brillantez de la luz del sol. Los largos tramos del canal fluían desiertos hacia las distancias en penumbra. En los plateados bancos de arena, los hipopótamos y los caimanes tomaban juntos el sol. Las aguas al ensancharse fluían entre una multitud de islas arboladas; se podía uno perder en aquel río tan fácilmente como en un desierto y tropezarse durante todo el día con bancos de arena, tratando de dar con el canal, hasta que se creía uno hechizado y aislado para siempre de todo lo que se había conocido antes, en algún lugar, muy lejos, en otra existencia tal vez. Había momentos en que tu pasado volvía a ti, como ocurre a veces, cuando no tienes ni un momento de más para ti mismo; pero se presentaba en la forma de un sueño intranquilo y ruidoso, recordado con asombro entre las sobrecogedoras realidades de ese extraño mundo de plantas, agua y silencio. Y esta quietud de vida no se parecía en lo más mínimo a la paz. Era la quietud de una fuerza implacable que medita melancólicamente sobre una intención inescrutable. Miraba con aspecto vengativo. Más tarde me acostumbré a ella; ya no la veía, no tenía tiempo. Tenía que seguir adivinando el canal; tenía que distinguir, más que nada por inspiración, los indicios de bancos ocultos; me mantenía alerta por las posibles piedras hundidas; estaba aprendiendo a apretar de golpe los dientes antes de que mi corazón se escapara, cuando por chiripa pasaba rozando algún infernal y viejo obstáculo disimulado que habría arrancado la vida al vapor de hojalata y ahogado a todos los peregrinos; yo tenía que estar alerta a los indicios de madera seca que podíamos cortar durante la noche para alimentar las calderas al día siguiente. Cuando hay que prestar atención a cosas de ese tipo, a los meros incidentes de la superficie, la realidad —la realidad, os digo— se desvanece. La verdad interior está escondida; afortunadamente, afortunadamente. Pero yo la sentía a pesar de todo; sentía a menudo su misteriosa quietud observándome en mis travesuras, igual que os mira a vosotros, compañeros, actuando sobre vuestras respectivas cuerdas flojas por, ¿cuánto es?, media corona la voltereta.

—Trata de ser educado, Marlow —refunfuñó una voz, y supe que al menos había un oyente despierto junto a mí.

—Le ruego me perdone, olvidé la angustia que va incluida en el precio, y, en realidad, ¿qué importa el precio si la actuación es buena? Vosotros hacéis vuestros números muy bien. Y yo tampoco los hacía mal, puesto que me las arreglé para no hundir ese vapor en mi primer viaje. Todavía me asombra. Imaginaos a un hombre con los ojos vendados que se pone a conducir una furgoneta por una mala carretera. Aquel asunto me hizo

sudar y temblar considerablemente, os lo puedo asegurar. Después de todo, para un hombre de mar arañar el fondo del objeto que debe flotar todo el tiempo que está bajo su cuidado es el pecado imperdonable. Puede que nadie lo sepa, pero el golpe nunca se olvida, ¿eh? Es un golpe en el mismísimo corazón. Lo recuerdas, sueñas con él, te despiertas a media noche y piensas en él, años más tarde, y sientes sudores y escalofríos por todo el cuerpo. No pretendo decir que aquel vapor flotara todo el tiempo. Más de una vez tuvo que vadear durante un rato, con veinte caníbales chapoteando alrededor y empujando. Habíamos enrolado varios de esos hombres a modo de tripulación. Buenos hombres, caníbales, en su lugar. Eran hombres con los que se podía trabajar y les estoy agradecido; y después de todo no se devoraban unos a otros en mi presencia: habían traído consigo una provisión de carne de hipopótamo que se pudrió e hizo que el misterio de la selva hediera en mis narices. ¡Puf! Todavía puedo olerlo. Llevaba a bordo al director y a tres o cuatro peregrinos con sus cayados, todo completo. A veces nos tropezábamos con una estación cercana a la orilla, pegada a las faldas de lo desconocido, y los hombres blancos, que salían a toda prisa de una cabaña destartalada, con grandes gestos de alegría, sorpresa y bienvenida, parecían muy extraños: daba la impresión de que un hechizo los tenía cautivos allí. La palabra marfil resonaba durante un rato en el aire y luego volvíamos al silencio, a lo largo de extensiones vacías, doblando los mansos recodos, entre los altos muros de nuestra sinuosa ruta, mientras el pesado golpe del timón reverberaba en huecos palmoteos. Árboles, árboles, millones de árboles, masivos, inmensos, que trepaban hacia lo alto; y a sus pies, apretujando la orilla contra la corriente, se arrastraba el pequeño vapor tiznado, como lo hace un perezoso escarabajo por el suelo de un grandioso pórtico. Le hacía sentir a uno muy pequeño, muy perdido. Y, sin embargo, ese sentimiento no era del todo deprimente. Después de todo, aunque fueras pequeño, el mugriento escarabajo seguía arrastrándose, que era exactamente lo que se pretendía que hiciera. Hacia dónde se imaginaban los peregrinos que se deslizaba, eso ya no lo sé. Apuesto a que hacia algún lugar donde esperaban obtener algo... Para mí, reptaba hacia Kurtz, exclusivamente; pero cuando las tuberías del vapor comenzaron a tener fugas, nos deslizamos muy lentamente. Las extensiones de agua se abrían ante nosotros y se cerraban a nuestra espalda como si el bosque se hubiera adentrado tranquilamente en el agua para obstruir nuestro camino de regreso. Penetramos más y más en el corazón de la oscuridad. Reinaba un gran silencio allí. A veces, por la noche, el redoble de los tambores, detrás de la cortina de árboles, remontaba el río y permanecía ininterrumpido, pero débil, como flotando en el aire, en lo alto, por encima de nuestras



cabezas, hasta el alba. Si aquello significaba guerra, paz u oración, es algo que no hubiéramos podido decir. Las auroras eran anunciadas por el descanso de una fría quietud; los leñadores dormían, sus fuegos ardían débilmente; el chasquido de una ramita le habría sobresaltado a uno. Éramos vagabundos en tierra prehistórica, en una tierra que tenía el aspecto de un planeta desconocido. Podíamos haber soñado que éramos los primeros hombres que tomaban posesión de una herencia maldita que debía ser sometida al precio de una profunda angustia y de enorme esfuerzo. Pero de pronto, cuando luchábamos por doblar un recodo, vislumbrábamos momentáneamente unas paredes de juncos, unos techos de hierba puntiagudos, un estallido de alaridos, un revuelo de extremidades negras, una masa de manos dando palmadas, de pies pateando, de cuerpos tambaleándose, de ojos girando bajo la inclinación del pesado e inmóvil follaje. El vapor avanzaba penosa y lentamente al borde de un negro e incomprensible frenesí. El hombre prehistórico nos estaba maldiciendo, suplicando, dándonos la bienvenida, ¿cómo saberlo? Estábamos aislados de la comprensión de todo aquello que nos rodeaba, pasábamos deslizándonos como fantasmas, asombrados y secretamente aterrados, como lo estarían hombres cuerdos ante un brote de entusiasmo en un manicomio. No podíamos comprender porque estábamos demasiado lejos, y no podíamos recordar porque estábamos viajando en la noche de los primeros tiempos, de aquellos tiempos que se han ido, dejando apenas una señal y ningún recuerdo.

»La tierra parecía algo no terrenal. Estamos acostumbrados a verla bajo la forma encadenada de un monstruo dominado, pero allí, allí podías ver algo monstruoso y libre. No era terrenal, y los hombres eran... No, no eran inhumanos. Bueno, sabéis, eso era lo peor de todo: esa sospecha de que no fueran inhumanos. Brotaba en uno lentamente. Aullaban y brincaban y daban vueltas y hacían muecas horribles; pero lo que estremecía era pensar en su humanidad (como la de uno mismo), pensar en el remoto parentesco de uno con ese salvaje y apasionado alboroto. Desagradable. Sí, era francamente desagradable; pero si uno fuera lo bastante hombre, reconocería que había en su interior una ligerísima señal de respuesta a la terrible franqueza de aquel ruido, una oscura sospecha de que había en ello un significado que uno, tan alejado de la noche de los primeros tiempos, podía comprender. ¿Y por qué no? La mente del hombre es capaz de cualquier cosa, porque está todo en ella, tanto el pasado como el futuro. ¿Qué había allí, después de todo? Júbilo, temor, pesar, devoción, valor, ira, ¿cómo saberlo?, pero había una verdad, la verdad despojada de su manto del tiempo. Que el necio se asombre y se estremezca; el hombre sabe y puede mirar sin parpadear. Pero por lo

menos debe ser tan hombre como esos de la costa. Debe hacer frente a esa verdad con su propia verdad, con su propia fuerza innata; los principios no sirven. Adquisiciones, ropas, bonitos harapos (que se irían volando a la primera sacudida). No; se necesita una creencia deliberada. ¿Qué hay en ese diabólico alboroto algo que me llama? Pues muy bien; lo oigo, lo reconozco; pero yo también tengo una voz, y, para bien o para mal, la mía es un habla que no se puede acallar. Desde luego, un necio, aunque esté muy asustado y lleno de buenos sentimientos, está siempre a salvo. ¿Quién es el que gruñe? ¿Os asombráis de que no desembarcara para aullar y danzar? Bueno, pues no, no desembarqué. ¿Nobles sentimientos decís? ¡Al diablo los nobles sentimientos! No tuve tiempo. Tuve que perderlo con el albayalde y las tiras de manta de lana, ayudando a vendar los escapes de esas tuberías, os digo. Tenía que estar atento al timón, esquivar aquellos troncos y conseguir que ese bote de hojalata marchara por las buenas o por las malas. Había en la superficie de aquellas cosas suficiente verdad como para salvar a un hombre más sabio que yo. Y de cuando en cuando tenía que ocuparme del salvaje que trabajaba de fogonero. Era un ejemplar perfeccionado; podía encender una caldera vertical. Estaba allí, debajo de mí, y, palabra de honor, mirarle resultaba tan edificante como ver a un perro haciendo una parodia con calzones y sombrero de plumas caminando sobre sus patas traseras. Unos cuantos meses de preparación habían sido suficientes para aquel muchacho realmente estupendo. Escudriñaba el manómetro de vapor y el indicador del nivel de agua con un evidente esfuerzo de intrepidez; además tenía dientes limados, el pobre diablo; la lana de su cabeza, afeitada en una forma muy extraña y tres cicatrices ornamentales en cada una de sus mejillas. Hubiera debido estar dando palmas y brincos en la orilla, en lugar de lo cual se esforzaba en su trabajo, presa de un extraño maleficio, lleno de un conocimiento provechoso. Era útil porque había sido instruido y lo que sabía era esto: que cuando el agua desapareciera de aquella cosa transparente, el espíritu maligno que se hallaba dentro de la caldera se pondría furioso por causa de la enormidad de su sed, y se tomaría una terrible venganza. Y así, sudaba, encendía y miraba el cristal temerosamente (con un amuleto improvisado, hecho con trapos, atado a su brazo, y un trozo de hueso pulimentado del tamaño de un reloj, que le atravesaba horizontalmente el labio inferior), mientras las orillas cubiertas de árboles pasaban deslizándose lentamente ante nosotros, el ruidito quedaba atrás, interminables millas de silencio se sucedían, y nosotros seguíamos arrastrándonos hacia Kurtz. Pero los troncos eran gruesos, el agua traicionera y poco profunda, la caldera parecía realmente albergar un demonio hostil en su seno, y por eso ni el fogonero ni yo

teníamos un solo momento para asomarnos a nuestros horripilantes pensamientos.

»Unas cincuenta millas más abajo de la Estación Interior nos topamos con una cabaña hecha de caña, un mástil torcido y melancólico con los irreconocibles jirones de lo que había sido una bandera de alguna clase que había ondeado desde él, y una pila de leña hacinada. Aquello era algo inesperado. Llegamos a la orilla, y sobre el montón de leña encontramos una tablilla con algo borroso escrito a lápiz. Cuando quedó descifrado, vimos que decía: “Leña para ustedes. Apresúrense. Acérquense con precaución”. Había una firma, pero era ilegible. No ponía Kurtz, sino una palabra mucho más larga. Apresúrense. ¿Hacia dónde? ¿Río arriba? “Acérquense con precaución”. No lo habíamos hecho así. Pero la advertencia no podía estar pensada para un lugar al que había que acercarse para encontrarlo. Algo iba mal más arriba. Pero ¿qué, y en qué grado?, ésa era la cuestión. Hicimos algunos comentarios adversos a la imbecilidad de aquel estilo telegráfico. La maleza de alrededor no decía nada, y tampoco nos permitía mirar muy a lo lejos. Una desgarrada cortina de sarga roja colgaba a la entrada de la cabaña y aleteaba angustiosamente en nuestros rostros. La vivienda estaba desmantelada, pero se podía ver que no hacía mucho había vivido allí un hombre blanco. Quedaba una tosca mesa: un tablón sobre dos postes; en un rincón oscuro reposaba un montón de basura, y junto a la puerta yo cogí un libro. Había perdido las tapas y las páginas habían sido manoseadas hasta quedar extremadamente blandas y sucias; pero el lomo había sido amorosamente cosido de nuevo, con hilo de algodón blanco que todavía conservaba un aspecto limpio. Era un hallazgo extraordinario. Se titulaba *Investigación acerca de algunos aspectos de la náutica*, y su autor era un tal Tower, Towson, o un nombre por el estilo, capitán mercante de la marina de Su Majestad. La materia parecía bastante aburrida, con sus diagramas ilustrativos y sus repulsivos cuadros de cifras. El ejemplar tenía sesenta años. Tomé en mis manos esa impresionante antigualla con la mayor ternura posible, no fuera a ser que se desintegrara entre mis dedos. En su interior, Towson o Tower investigaba seriamente la resistencia de tensión de la cadena y de los aparejos de los barcos y cuestiones similares. No era un libro muy apasionante, pero a primera vista se podía ver una dedicación, una honrada preocupación por la manera correcta de ponerse a trabajar, lo que daba a estas humildes páginas, pensadas años atrás, una luminosidad superior a la meramente profesional. El sencillo y viejo marino, con su charla de cadenas y asideros, me hizo olvidar la jungla y los peregrinos con una deliciosa sensación de haber ido a dar con algo inequívocamente real. Que existiera un libro semejante era de por sí

bastante asombroso; pero aún más sorprendente eran las notas a lápiz en el margen y que claramente se referían al texto. ¡No podía dar crédito a mis ojos! ¡Estaban en lenguaje cifrado! Sí, parecían estar en clave. Imaginaos a un hombre arrastrando consigo un libro como el descrito hacia este lugar perdido, estudiándolo y haciendo anotaciones ¡y en lenguaje cifrado! Era un misterio extravagante.

»Durante un rato había sido vagamente consciente de un ruido fastidioso, y cuando levanté la mirada vi que la pila de leña había desaparecido y que el director, ayudado por todos los peregrinos, me estaba gritando desde la orilla del río. Me metí el libro en el bolsillo. Os aseguro que abandonar su lectura fue como arrancarme del cobijo de una vieja y sólida amistad.

»Puse el renqueante motor en marcha. “Debe de ser ese miserable comerciante, ese intruso”, exclamó el director, mirando malévolamente hacia el lugar que habíamos dejado atrás. “Debe de ser inglés”, dije yo. “Eso no le evitará meterse en líos si no tiene cuidado”, musitó el director sombríamente. Comenté con fingida inocencia que en este mundo ningún hombre era inmune a las dificultades.

»La corriente era ahora más rápida. El vapor parecía estar a punto de exhalar el último suspiro; la rueda de popa golpeaba lánguidamente, y yo me sorprendí a mí mismo escuchando con suma expectación cada nuevo latido del barco, porque, a decir verdad, esperaba que aquel calamitoso trasto se diera por vencido en cualquier momento. Era como observar los últimos coletazos de una vida. Pero seguíamos arrastrándonos. De vez en cuando elegía un árbol situado un poco más adelante por el que medir nuestro avance hacia Kurtz, pero invariablemente lo perdía antes de pasar por su lado. Mantener la vista fija durante tanto tiempo sobre una misma cosa era demasiado para la paciencia humana. El director mostraba una magnífica resignación. Yo me impacientaba y me encolerizaba, y empecé a discutir conmigo mismo si iba o no a hablar abiertamente con Kurtz; pero antes de que pudiera llegar a ninguna conclusión me vino a la mente que el que hablara o me callara, en realidad cualquiera de mis acciones, sería absolutamente fútil. ¿Qué importaba lo que uno supiera o ignorara? ¿Qué importaba quién fuera director? A veces tiene uno esos atisbos de penetración. La esencia de este mundo yacía bastante por debajo de su superficie, más allá de mi alcance, y más allá de mi poder de intromisión.

»Al atardecer del segundo día juzgamos que estábamos a unas ocho millas de la estación de Kurtz. Yo quería seguir adelante, pero el director adoptó una expresión grave y me dijo que la navegación a partir de aquel punto era tan peligrosa que sería aconsejable, puesto que el sol estaba ya

muy bajo, esperar donde estábamos hasta la mañana siguiente. Por otra parte, subrayó que, si había que seguir la advertencia de acercarse con precaución, deberíamos hacerlo a la luz del día, no cuando oscurece, ni en plena oscuridad. Aquello era bastante sensato. Ocho millas significaban cerca de tres horas de navegación para nosotros y además yo podía ver pequeñas ondas sospechosas en el extremo superior del tramo. A pesar de todo, estaba contrariado hasta lo indecible por el retraso, y de la manera más irracional, puesto que después de tantos meses una noche más poco podía importar. Como teníamos leña en abundancia y el lema era precaución, eché el ancla en medio del río. El tramo era angosto, recto, con altos bordes, como terraplenes de ferrocarril. El crepúsculo fue deslizándose sobre él antes de que el sol se hubiera puesto. La corriente fluía mansa y rápidamente, pero una muda inmovilidad cubría las márgenes. Los árboles vivientes, aprisionados por las enredaderas y por cada uno de los arbustos vivientes de la maleza, podrían haber sido convertidos en piedras, hasta la rama más delgada, hasta la hoja más liviana. No era sueño; aquello parecía innatural, como un estado de trance. No podía oírse ninguna clase de ruido, ni aun el más débil. Uno miraba pasmado y empezaba a sospechar si no estaría sordo. En esto se hizo la noche repentinamente, y nos dejó también ciegos. Hacia las tres de la madrugada saltó un gran pez, y el fuerte choque del agua me hizo brincar como si un arma hubiera sido disparada. Cuando salió el sol había una niebla blanca, muy cálida y pegajosa, y más cegadora que la noche. Ni se movía ni avanzaba, simplemente estaba allí, rodeándole a uno como algo sólido. A las ocho o a las nueve, tal vez, se levantó como se levanta una persiana. Pudimos echar una ojeada a la multitud de altísimos árboles, a la inmensa y enmarañada selva sobre la que estaba suspendida la resplandeciente bola del sol, todo en perfecta quietud; y entonces la blanca persiana cayó de nuevo, suavemente, como escurriéndose por rieles engrasados. Ordené que la cadena, que habíamos comenzado a halar, fuera arrojada de nuevo. Antes de que terminara de correr, con su sordo rechinar, un grito, un grito muy fuerte, como de desolación infinita, se fue elevando lentamente en el aire opaco. Cesó. Un clamor quejumbroso, modulado en salvajes disonancias, llenó nuestros oídos. Lo inesperado de aquel grito hizo que el cabello se me erizara bajo la gorra. No sé qué impresión les causó a los demás; a mí me pareció como si la propia bruma hubiera gritado, tan repentinamente había surgido aquel ruido tumultuario y luctuoso, procedente, al parecer, de todas partes a la vez. Culminó en un estallido precipitado de chillidos excesivos y casi insoportables que al poco tiempo cesaron, dejándonos paralizados en una variedad de estúpidas posturas, y escuchando obstinadamente el silencio,

casi igual de excesivo y espantoso. “¡Dios mío! ¿Qué significa...?”, balbució a mi lado uno de los peregrinos, un hombrecillo grueso, de pelo rubio y patillas pelirrojas, que llevaba botas con suela de goma y un pijama de color rosa remetido en los calcetines. Otros dos permanecieron boquiabiertos durante todo un minuto, y después se abalanzaron hacia la pequeña cabina, para volver a salir precipitadamente y sin control al instante y quedarse de pie lanzando miradas asustadas, apuntando con los Winchesters. Lo único que lográbamos ver era el vapor sobre el que nos hallábamos, su contorno borroso, como si estuviera a punto de disolverse, y una franja brumosa de agua, de quizá dos pies de anchura, a su alrededor; y eso era todo. El resto del mundo no estaba en parte alguna por lo que a nuestros ojos y oídos se refería. En parte alguna. Se había esfumado, desaparecido; había sido barrido sin dejar detrás ni un susurro ni una sombra.

»Me adelanté y ordené que acortaran la cadena, de forma que estuviéramos preparados a levar el ancla y poner el vapor en movimiento de inmediato, en caso de que fuera necesario. “¿Atacarán?”, susurró una voz atemorizada. “Harán una carnicería en nosotros con esta niebla”, murmuró otra voz. Los rostros se crispaban por la tensión, las manos temblaban ligeramente, los ojos ni siquiera pestañeaban. Tenía gran curiosidad por ver el contraste entre las expresiones de los hombres blancos y las de los muchachos negros de nuestra tripulación, que desconocían aquella parte del río tanto como nosotros, si bien su hogar se hallaba sólo a ochocientas millas de distancia. Los blancos, naturalmente muy desconcertados, tenían además el curioso aspecto de estar angustiosamente sobresaltados ante tan escandaloso tumulto. Los otros tenían una expresión expectante, de natural interés; pero sus rostros estaban esencialmente tranquilos, incluso el de aquellos —uno o dos— que sonreían mientras halaban la cadena. Algunos intercambiaban frases cortas refunfuñando, lo que parecía resolver el asunto a su gusto. Su jefe, un joven y fornido negro, austeramente ataviado con telas ribeteadas de color azul oscuro, con feroces aberturas nasales y el pelo hábilmente arreglado en grasientos bucles, estaba de pie junto a mí. “Ajá”, dije yo, como mera muestra de camaradería. “Cójales —contestó bruscamente, al tiempo que sus ojos se dilataban como inyectados en sangre y relampagueaba su afilada dentadura—, cójales. Dénoslos”. “A vosotros, ¿eh? —pregunté—; ¿y qué haríais con ellos?”. “Comérmolos”, dijo secamente, y apoyando el codo sobre la barandilla dirigió su mirada hacia la niebla en una actitud solemne y profundamente pensativa. Yo, indudablemente, me habría quedado totalmente horrorizado de no haber pensado que tanto él como sus muchachos debían estar muy hambrientos,

que su hambre debía de haber ido en aumento durante todo el último mes, por lo menos. Se les había contratado por seis meses (no creo que ninguno de ellos tuviera una idea clara del tiempo, como la tenemos nosotros, después de innumerables siglos. Ellos pertenecían todavía a los comienzos del tiempo; no habían heredado una experiencia que les enseñara, por decirlo de alguna forma). Y, por supuesto, mientras hubiera un trozo de papel escrito río abajo de acuerdo con una u otra clase de ley absurda, a nadie se le pasaba por la imaginación preocuparse de cómo vivían. Bien es verdad que ellos habían traído consigo un poco de carne de hipopótamo podrida, que de todas formas no podría haberles durado mucho, aunque los peregrinos no hubieran tirado por la borda buena parte de ella en medio de una lamentable algarabía. Parecía una forma de proceder despótica, pero en realidad se trataba de un caso de legítima defensa. No se puede estar oliendo a hipopótamo muerto al despertar, mientras se duerme, mientras se come, sin perder el precario apego a la existencia. Además de eso, ellos les habían venido dando cada semana tres trozos de alambre de latón, de unas nueve pulgadas de longitud cada uno, y se suponía que tenían que comprar sus provisiones con esa moneda en los poblados de la ribera. Os podéis imaginar cómo funcionaba aquello. O bien no había tales poblados, o la gente les era hostil, o el director, que como el resto de nosotros se alimentaba de conservas y, ocasionalmente, de algún cabrito de propina, no quería detener el vapor por una razón más o menos recóndita. De modo que, a menos que ellos se tragaran el alambre mismo o fabricaran lazos con ellos para atrapar a los peces, no veo de qué les podía servir ese extravagante salario. Debo decir que se les pagaba con una regularidad digna de una compañía mercantil grande y honorable. Por lo demás, la única cosa de comer (aunque no tenía el menor aspecto de ser comestible) que vi en su poder eran unos cuantos trozos de una sustancia parecida a una pasta medio cocida, de un color de lavanda sucia, que conservaban envueltos en hojas, y de los que de vez en cuando engullían un trozo, tan pequeño que parecía haber sido hecho más por la apariencia del objeto que con intención seria de sustento. Cuando ahora pienso en ello, me asombra por qué, en nombre de todos los atormentantes demonios del hambre, no nos atacaron (eran treinta contra cinco) y se dieron un buen atracón, aunque sólo fuera por una vez. Eran hombres corpulentos y vigorosos, sin demasiada capacidad de sopesar las consecuencias, con valor, con fuerza, incluso entonces, aunque su piel había dejado de ser lustrosa y sus músculos habían perdido su dureza. Y yo vi que alguna inhibición, alguno de esos secretos humanos que desafían la probabilidad, había entrado en juego allí. Yo les miré con un repentino aumento de interés, no porque pensara que podía ser devorado por ellos

sin que pasara mucho tiempo, aunque confieso que sólo entonces me di cuenta (bajo una nueva luz, por así decirlo) del aspecto tan poco saludable que tenían los peregrinos, y tuve la esperanza, sí, la tuve realmente, de que mi aspecto no fuera tan, ¿cómo decirlo?, tan poco apetitoso: un toque de fantástica vanidad que encajaba muy bien con el estado onírico que impregnaba todos mis días en aquella época. Quizá tuviera además algo de fiebre. Uno no puede vivir con el dedo eternamente sobre el pulso de la muñeca. Yo tenía a menudo “algo de fiebre” o alguna que otra ligera afección: los juguetones zarpazos de la selva, la insignificancia que precede al ataque más serio que sobrevino a su debido tiempo<sup>[24]</sup>. Sí; yo les miraba como vosotros miraríais a cualquier ser humano, con curiosidad por sus impulsos, motivos, habilidades y debilidades, cuando se les somete a la prueba de una inexorable necesidad física. ¡Contención! ¿Qué clase de contención? ¿Se trataba de superstición, repugnancia, paciencia, miedo o alguna clase de primitivo honor? No hay miedo que pueda hacer frente al hambre, no hay paciencia que pueda hacerlo desaparecer, la repugnancia simplemente no existe donde existe el hambre; y en cuanto a la superstición, y lo que podríamos llamar principios, tienen menos peso que la hojarasca en el viento. ¿No conocéis lo diabólico de una persistente inanición; su exasperante tormento, sus negros pensamientos, su sombría y obsesiva ferocidad? Bien, yo sí la conozco. Un hombre necesita toda su fuerza innata para combatir el hambre debidamente. Es más fácil en realidad arrastrar la aflicción, el deshonor y la perdición de la propia alma, que esa clase de hambre prolongada. Triste, pero cierto. Y además esos muchachos no tenían ninguna razón terrenal para tener escrúpulos. ¡Contención! Cabría esperar la misma contención de una hiena al acecho entre los cadáveres de un campo de batalla. Pero allí estaba el hecho, frente a mí; el hecho deslumbrante, evidente como la espuma sobre las profundidades del mar, como la onda sobre un insondable enigma, un misterio mayor, cuando pensaba en él, que la nota curiosa e inexplicable de desesperado dolor en medio de ese clamor salvaje que había pasado raudo a nuestro lado en la orilla del río, detrás de la blancura cegadora de la niebla.

»Dos peregrinos estaban discutiendo en apresurados susurros acerca de cuál de las dos orillas... “La izquierda”. “No, no; ¿cómo puede usted decir eso? La derecha, la derecha, por supuesto”. “Es muy serio —dijo la voz del director detrás de mí—. Me sentiría desolado si algo le sucediese al señor Kurtz antes de que llegáramos”. Le miré y no tuve la menor duda de que era sincero. Era justo el tipo de hombre que desearía siempre mantener las apariencias. Ése era su freno. Pero cuando murmuró algo acerca de continuar inmediatamente, no me tomé siquiera la molestia de



contestarle. Yo sabía, y lo sabía él, que era imposible. En cuanto dejáramos de asirnos al fondo nos encontraríamos completamente en el aire, en el espacio. No hubiéramos podido decir a dónde nos dirigíamos, si estábamos remontando el río o navegando río abajo, o atravesándolo incluso, hasta que hubiéramos alcanzado una de las orillas. Y aun en ese caso no hubiéramos sabido en un primer momento de cuál se trataba. Naturalmente, no me moví. No tenía ganas de naufragar. No os podríais imaginar un lugar más siniestro para un naufragio. Tanto si nos ahogábamos en el acto como si no, era seguro que habríamos perecido todos rápidamente de una u otra forma. “Le autorizo a que se arriesgue cuanto sea necesario”, dijo él, después de un corto silencio. “Me niego a correr ningún riesgo”, dije yo con sequedad, que era exactamente el tipo de respuesta que él esperaba, aunque le pudo sorprender el tono. “Está bien, tengo que respetar su opinión. Usted es el capitán”, dijo él con notoria cortesía. Le volví la espalda para mostrar mi aprecio y miré hacia la niebla. ¿Cuánto iría a durar? La perspectiva era de lo más desesperada. El acceso hasta el tal Kurtz buscando afanosamente marfil en la maldita maleza estaba rodeado de tantos peligros como si se tratara de una princesa encantada durmiendo en un castillo fantástico. “¿Cree usted que atacarán?”, preguntó el director en tono confidencial.

»No pensaba que fueran a atacar por varias razones obvias. La espesa niebla era una. Si se alejaban de la orilla en sus canoas se perderían en ella, como nos ocurriría a nosotros si intentáramos movernos. Por otra parte, yo había juzgado que la jungla de ambas márgenes era absolutamente impenetrable (y, a pesar de ello, había allí ojos, ojos que nos habían visto). Los matorrales de la orilla eran realmente muy espesos; pero detrás, la maleza era evidentemente penetrable. No obstante, durante el corto ascenso yo no había visto canoas en ninguna parte del último tramo, y, desde luego, no a los costados del vapor. Pero lo que hacía inconcebible la idea de un ataque para mí era la naturaleza del ruido, de los gritos que habíamos oído. No tenían el carácter feroz que presagia una intención hostil inmediata. Inesperados, salvajes y violentos como habían sido, me habían producido una irresistible sensación de pesar. La visión momentánea del vapor había, por alguna razón, llenado a aquellos salvajes de una aflicción incontrolada. El peligro, si existía, expliqué, se derivaba de nuestra proximidad a una gran pasión humana desatada. Incluso el dolor más extremo puede desfogarse en última instancia en la violencia, pero más a menudo toma la forma de la apatía.

»¡Deberíais haber visto la mirada fija de los peregrinos! No tenían ánimos para sonreír, ni tampoco para insultarme, pero yo creo que pensaron que me había vuelto loco de miedo, tal vez. Les di una auténtica

conferencia. Queridos amigos, de nada valía enojarse. ¿Mantenerse alerta? Bueno, os podéis imaginar que observaba la niebla en espera de síntomas de que fuera a levantar, como un gato observa a un ratón. Pero, para cualquier otra cosa, nuestros ojos eran tan poco útiles como si hubiéramos estado enterrados a millas de profundidad en un montón de algodón. Producía la misma sensación: opresiva, cálida, sofocante. Además, todo lo que dije, aunque sonara extravagante, era absolutamente cierto. Aquello a lo que después aludimos como si se hubiera tratado de un ataque fue en realidad un intento de rechazo. La acción distaba mucho de ser agresiva, no era siquiera defensiva, en el sentido usual: había sido emprendida bajo la tensión de la desesperación, y en esencia era puramente protectora.

»Se desarrolló, diría, dos horas después de que levantara la niebla, y su inicio tuvo lugar en un sitio aproximadamente a milla y media de la estación de Kurtz. Acabábamos de volver un recodo debatiéndonos en medio de sacudidas, cuando vi un islote, una pequeña colina cubierta de hierba de un verde brillante, en medio de la corriente. Era lo único que se veía, pero cuando nuestro horizonte se ensanchó, me di cuenta de que era la cabeza de un largo banco de arena, o más bien de una cadena de bancos poco profundos que se extendían a lo largo del centro del río. Estaban descoloridos, a flor de agua, y se veía todo el conjunto justo debajo de ella, exactamente igual que se ve la columna vertebral de un hombre a lo largo de su espalda, bajo la piel. Ahora, hasta donde a mí se me alcanzaba, me podía dirigir a la derecha o a la izquierda de aquello. No conocía ninguno de los canales, por supuesto. Las orillas tenían un aspecto bastante parecido, la profundidad parecía la misma; pero como me habían informado de que la estación estaba en el lado Oeste, naturalmente me dirigí al paso occidental.

»No habíamos acabado de entrar en él cuando advertí que era mucho más estrecho de lo que yo había supuesto. A nuestra izquierda estaba el largo e ininterrumpido bajío y a la derecha una alta y escarpada orilla, densamente poblada de matorrales. Por encima de la maleza los árboles se agolpaban en apretadas filas. Las ramas colgaban espesas por encima de la corriente, y de cuando en cuando el brazo de algún árbol se proyectaba inflexible sobre ella. Era ya bien entrada la tarde; el rostro de la selva era tenebroso y ya había caído sobre el agua una amplia franja de sombra. Dentro de ella navegábamos río arriba, muy lentamente, como podéis imaginar. Le hice virar todo lo que pude hacia la orilla, donde el agua era más profunda, según indicaba el palo de sonda.

»Uno de mis hambrientos y contenidos amigos estaba sondando desde la proa, justo debajo de mí. Este barco de vapor era exactamente como una

gabarra cubierta. En la cubierta había dos casetas de madera de teca con puertas y ventanas. La caldera estaba en el extremo anterior y las máquinas en la popa. Por encima de todo ello había un techo ligero sostenido por puntales. La chimenea emergía de aquel techo, y delante de ella una pequeña cabina construida con tablas delgadas servía de garita del timonel. En su interior había un lecho, dos taburetes plegables, un Martini-Henry cargado apoyado en un rincón, una pequeña mesa y el timón. Tenía una amplia puerta delante con anchos postigos a cada lado. Normalmente todo ello estaba siempre abierto. Yo pasaba los días apoyado sobre la parte delantera de aquel tejado, delante de la ventana. Por la noche dormía, o lo intentaba, en el lecho. El timonel era un negro atlético procedente de una tribu costera y educado por mi desdichado predecesor. Lucía un par de pendientes de latón, vestía una tela azul que lo envolvía de la cintura a los tobillos y tenía una altísima opinión de sí mismo. Era el imbécil más inestable que jamás he visto. Gobernaba el barco con infinita jactancia mientras uno estaba delante; pero en cuanto te perdía de vista, caía inmediatamente presa de un abyecto pavor y permitía que aquel tullido vapor se le desmandara en cuestión de minutos.

»Estaba mirando hacia el palo de sonda y me sentía muy contrariado de comprobar que a cada nueva prueba sobresalía un poco más de aquel río, cuando vi que el encargado abandonaba su ocupación súbitamente y se tumbaba en la cubierta, sin siquiera tomarse la molestia de izar a bordo el palo. Pero seguía sujetándolo, y el palo se arrastraba en el agua. Al mismo tiempo, el fogonero, a quien también pude ver debajo de mí, se sentó bruscamente delante del horno y dejó caer la cabeza hacia delante. Yo estaba asombrado. En aquel instante tuve que mirar rapidísimamente al río, porque había un obstáculo en el canalizo. Palos, unos palos pequeños, volaban alrededor a montones: pasaban zumbando por delante de mis narices, caían a mis pies, iban a estrellarse detrás de mí contra mi garita de timonel. Durante este tiempo, el río, la orilla, el bosque, estaban en silencio, en perfecto silencio. Sólo oía el chapote ante batir de las aspas del timón y el zumbido de aquellas cosas. Esquivamos el obstáculo a duras penas. ¡Flechas, por Júpiter! ¡Nos estaban disparando! Entré rápidamente para cerrar el postigo que daba a tierra. Aquel estúpido timonel, con las manos en las cabinas del timón, levantaba las rodillas, pateaba el suelo con los pies, se mordía los labios, como un caballo sujeto por las riendas. ¡Maldito sea! Y estábamos haciendo eses a una distancia de diez pies de la orilla. Me tuve que asomar hacia fuera para engoznar el postigo, y vi un rostro entre las hojas a mi misma altura que me miraba feroz y fijamente; y de repente, como si me hubieran retirado un velo de los ojos, descubrí,

en lo profundo de la enmarañada tenebrosidad, pechos desnudos, brazos, piernas, ojos brillantes: la maleza bullía de miembros humanos en movimiento, resplandecientes, del color del bronce. Las pequeñas ramas se agitaban, se mecían, crujían, las flechas salían volando de entre ellas y entonces conseguí cerrar el postigo. “Manténlo en posición recta”, le dije al timonel, que mantuvo su cabeza rígida, con la vista al frente; pero sus ojos giraban y continuó subiendo y bajando los pies suavemente. Tenía un poco de espuma en la boca. “¡Estáte quieto!” le ordené, furioso. Lo mismo podía haber ordenado a un árbol que no se meciera en el viento. Salí fuera precipitadamente. Debajo de mí se oía un gran alboroto de pies sobre la cubierta de hierro y confusas exclamaciones. Una voz gritó: “¿Puede dar la vuelta?”. Pude ver en el agua una ola en forma de embudo más adelante. ¿Qué? ¡Otro tronco! Estalló un tiroteo bajo mis pies. Los peregrinos habían hecho fuego con sus Winchesters y sencillamente estaban arrojando plomo a chorros sobre aquel matorral. Se elevó una impresionante humareda que fue avanzando lentamente hacia adelante. Blasfemé. Ahora ya no podía ver el tronco ni la ola. Me quedé de pie en la puerta, escudriñando, mientras una lluvia de flechas caía sobre nosotros. Tal vez estuvieran envenenadas, pero parecían incapaces de matar una mosca. La maleza comenzó a ulular. Nuestros leñadores lanzaron un grito de guerra. La detonación de un rifle a mis espaldas me dejó sordo. Miré por encima de mi hombro, y la garita del timonel estaba todavía llena de ruido y humo cuando me abalancé sobre el timón. El estúpido negro había dejado caer todo para abrir el postigo y disparar ese Martini-Henry. Estaba de pie ante el amplio hueco mirando fieramente; le grité que volviera, mientras rectificaba la repentina desviación del vapor. No había espacio para dar la vuelta, suponiendo que hubiera querido hacerlo; el tronco estaba muy cerca en algún lugar, delante de nosotros, en aquel maldito humo, y no había tiempo que perder; de modo que lo arrimé a la orilla, a la mismísima orilla, donde yo sabía que el agua era profunda.

»Nos abrimos camino lentamente a lo largo de la maleza que colgaba sobre nosotros en un torbellino de ramas rotas y hojas que revoloteaban. Abajo cesó pronto el tiroteo, como yo había previsto que sucedería cuando se vaciaran los cargadores. Eché hacia atrás la cabeza ante un zumbido centelleante que atravesó la garita, entrando por una abertura del postigo y saliendo por otra. Al mirar más allá de aquel timonel loco, que sacudía el rifle descargado y chillaba en dirección a la orilla, vi formas vagas de hombres corriendo doblados por la cintura, saltando, deslizándose, inconfundibles, incompletas, evanescentes. Delante del postigo apareció algo grande en el aire, el rifle cayó por la borda y el hombre retrocedió con rapidez, me miró por encima de su hombro de una manera extraordinaria,

profunda, familiar, y cayó sobre mis pies. Un lado de su cabeza golpeó dos veces el timón, y el extremo de lo que parecía un largo bastón repiqueteó a su alrededor y fue a derribar una banqueta plegable. Parecía como si, después de arrebatarse aquel objeto a alguien de la orilla, el esfuerzo le hubiera hecho perder el equilibrio. El tenue humo se había disipado, habíamos sorteado el tronco, y mirando al frente yo veía que unas cien yardas más adelante podría alejar el barco de la orilla, pero sentía mis pies tan calientes y mojados que tuve que mirar hacia abajo. El hombre había rodado sobre su espalda y me miraba fijamente; apretaba el palo con las dos manos. Era el mango de una lanza que, arrojada o empujada a través de la abertura, le había alcanzado en un costado, justo debajo de las costillas; la hoja se había hundido completamente, después de causar una terrible hendidura; mis zapatos estaban empapados; había un manso charco de sangre, de un rojo oscuro brillante, debajo del timón. Sus ojos tenían un resplandor extraño. Estalló de nuevo el tiroteo. Me miró angustiosamente, asiendo la lanza como algo precioso, con aire de temer que yo intentara arrebatársela. Tuve que hacer un esfuerzo para apartar mis ojos de su mirada y atender al timón. Levantando una mano por encima de mi cabeza, busqué a tientas el cordón del silbato del vapor y tiré de él precipitadamente, produciendo pitido tras pitido. El tumulto de los enfurecidos gritos de guerra cesó al instante, y de las profundidades del bosque surgió un trémulo y prolongado gemido de lastimero temor y absoluta desesperación, como podemos imaginar que sería el que siguiera a la huida de la última esperanza sobre la tierra. Hubo una gran conmoción entre la maleza; la lluvia de flechas cesó; algunos disparos sueltos resonaron agudamente; y siguió el silencio, en el que el lánguido golpear de la rueda del timón llegaba con nitidez a mis oídos. Puse el timón todo a estribor en el preciso momento en que el peregrino del pijama rosa, muy acalorado y agitado, hizo su aparición en la puerta: “Me envía el director... —comenzó en tono oficial, y se detuvo—. ¡Dios mío!”, dijo, mirando al herido.

»Los dos blancos estábamos de pie sobre él, y su mirada nos envolvió, brillante e inquisitiva. Os aseguro que parecía como si fuera a hacernos en cualquier momento una pregunta en un lenguaje inteligible, pero murió sin emitir el menor sonido, sin mover un solo miembro, sin encoger un músculo. Sólo en el último momento, como en respuesta a alguna señal que no podíamos ver, a algún susurro que no lográbamos oír, frunció pesadamente el entrecejo, y ese entrecejo dio a su negra máscara mortuoria una expresión inconcebiblemente sombría, meditabunda y amenazadora. El brillo de su mirada inquisitiva se desvaneció de prisa en una vacía vidriosidad. “¿Sabe usted llevar el timón?”, pregunté al agente

con ansiedad. Hizo un gesto dubitativo, pero lo así del brazo y comprendió en seguida que quería que llevara el timón tanto si sabía como si no. A decir verdad, yo estaba morbosamente ansioso por cambiarme de zapatos y calcetines. “Está muerto”, murmuró aquel sujeto, enormemente impresionado. “No hay duda de ello —dije, tirando como loco de los cordones de los zapatos—. Y, a propósito, imagino que el señor Kurtz también estará muerto a estas alturas”.

»Por el momento ésa era la idea dominante. Tenía una sensación de enorme decepción, como si acabara de descubrir que había estado afanándome por algo desprovisto de todo fundamento. No me habría sentido más disgustado si hubiera hecho todo este recorrido con el único propósito de hablar con el señor Kurtz. Hablar con..., arrojé un zapato por la borda y me di cuenta de que eso era exactamente lo que había estado esperando con ilusión: una charla con Kurtz. Hice el extraño descubrimiento de que nunca le había imaginado actuando, sino hablando. No me dije a mí mismo: “Ahora ya no le veré nunca” o “Ahora ya no le daré la mano jamás”, sino “Ahora ya no le oiré nunca”. El hombre se me presentaba como una voz. Naturalmente, no es que no le asociara con algún tipo de actividad. ¿Acaso no me habían dicho en todos los tonos posibles de envidia y admiración que él había recogido, trocado, timado o robado más marfil que todos los demás agentes juntos? Eso no era lo importante. Lo importante era que se trataba de una criatura dotada, y que de entre todas sus dotes la que destacaba preeminentemente, la que proporcionaba sensación de una presencia real, era su capacidad de hablar, sus palabras; el don de la expresión, el desconcertante, el revelador, el más exaltado y el más despreciable, el palpitante torrente de luz o el engañoso flujo del corazón de una impenetrable oscuridad.

»El otro zapato voló hasta aquel endemoniado río. Pensé “¡Por Júpiter! Todo ha terminado. Llegamos demasiado tarde; él ha desaparecido; el don ha desaparecido por obra de alguna lanza, flecha o maza. Nunca oiré hablar a ese hombre, después de todo”. Y mi pesar tenía una emoción asombrosamente extravagante, tan grande como la que había observado en la ululante aflicción de aquellos salvajes entre los matorrales. En cierto modo no habría podido sentir mayor soledad y desolación si me hubieran despojado de una creencia o no hubiera alcanzado mi destino en la vida... ¿Por qué suspiras de esta forma atroz, quienquiera que seas? ¿Qué es absurdo? Bueno, es absurdo. ¡Santo Dios! ¿Acaso un hombre no debe nunca...? Eh, dadme un poco de tabaco...

Hubo una pausa de profunda quietud, después una cerilla llameó, y el delgado rostro de Marlow apareció, fatigado, hundido, surcado por arrugas de arriba abajo y con los párpados caídos, con un aspecto de atención

concentrada; y mientras daba vigorosas chupadas de la pipa, parecía avanzar y retroceder en la noche con el rítmico aleteo de la minúscula llama. La cerilla se apagó.

—¡Es absurdo! —gritó—. Esto es lo peor de intentar contarlo. Aquí estáis todos, cada uno con dos buenas amarras, como un casco con dos anclas: con un carnicero en una esquina y un policía en la otra; excelente apetito y temperatura normal, ¿oís?, normal durante todo el año. Y decís ¡absurdo! ¡Al demonio con vuestro absurdo...! ¡Absurdo! Queridos compañeros, ¿qué podéis esperar de un hombre que acababa de arrojar por la borda un par de zapatos nuevos en un ataque de nervios? Ahora que pienso en ello, es sorprendente que no llorara. Estoy, en conjunto, orgulloso de mi entereza. Me aterraba la idea de haber perdido el inestimable privilegio de escuchar al tan dotado Kurtz. Por supuesto, estaba equivocado. El privilegio me estaba esperando. Oh sí, oí más que suficiente. Y tenía razón también. Una voz. Él era poco más que una voz. Y le oí... a él... a ello... esa voz... otras voces —todas ellas apenas si eran más que voces... y el recuerdo de aquella época persiste a mi alrededor, impalpable, como la agonizante vibración de un inmenso torrente de palabras, estúpido, atroz, sórdido, salvaje, o simplemente mezquino, sin ninguna clase de sentido. Voces, voces... incluso la misma chica... ahora...

Permaneció en silencio durante un largo rato.

—Al final conjuré el fantasma de su talento con una mentira —comenzó de repente—. ¡Chica! ¿He mencionado a una chica? Oh, ella está al margen de todo aquello por completo. Ellas (me refiero a las mujeres) están al margen de aquello, o deberían estarlo. Debemos ayudarlas a que permanezcan en su bello mundo, no sea que el nuestro empeore. Oh, ella tenía que estar al margen de aquello. Deberíais haber oído al cuerpo desenterrado de Kurtz diciendo: «Mi prometida». Entonces habríais percibido de forma directa hasta qué punto ella estaba al margen de aquello. ¡Y el altanero hueso frontal del señor Kurtz! Dicen que el pelo continúa creciendo a veces, pero este espécimen estaba impresionantemente calvo. La selva le había pasado la mano por la cabeza y, ¡ya veis!, quedó como una bola, una bola de marfil; le había acariciado y, ¡ahí le tenéis!, se había marchitado; la selva le había cautivado, le había amado, le había abrazado, había penetrado en sus venas, consumido su carne y unido su alma a la suya, por medio de inconcebibles ceremonias de algún rito de iniciación demoníaca. Él era su consentido y mimado favorito. ¿Marfil? Me imagino que sí. Montones, pilas de marfil. El viejo cobertizo de barro estaba lleno hasta los topes. Uno pensaría que no quedaba ya un solo colmillo sobre o bajo tierra en todo el país. «En su mayoría fósil», había observado el director desdeñosamente. No era más

fósil de lo que pueda serlo yo; pero ellos lo llaman fósil cuando tienen que desenterrarlo. Parece ser que esos negros entierran a veces los colmillos; pero, evidentemente, no pudieron enterrar esta partida a suficiente profundidad como para salvar al dotado señor Kurtz de su destino. Nosotros llenamos de marfil todo el vapor y tuvimos que amontonar una buena cantidad en la cubierta. Así pudo verlo y disfrutar mientras lo podía ver, porque el aprecio de esta predilección le había acompañado hasta el final. Le deberíais haber oído decir: «Mi marfil». Oh, sí, yo le oí: «Mi prometida, mi marfil, mi estación, mi río, mi...», todo le pertenecía. Me hizo contener la respiración esperando que la selva estallara en estruendosas carcajadas, capaces de hacer temblar a las estrellas fijas. Todo le pertenecía, pero eso era una insignificancia. La cuestión era saber a qué pertenecía él, cuántos poderes de las tinieblas le reclamaban como suyo. Ésa era la reflexión que le hacía a uno estremecerse de arriba abajo. Era imposible, y tampoco era bueno, tratar de imaginárselo. Él se había colocado, literalmente, en un alto sitio entre los demonios de la tierra. No lo podéis entender, ¿cómo podríais entenderlo vosotros, que tenéis los pies sobre el sólido pavimento, que estáis rodeados de amables vecinos dispuestos siempre a prestaros ayuda o a caer sobre vosotros, que camináis delicadamente entre el carnicero y el policía, bajo el sagrado terror del escándalo, la horca y los manicomios? ¿Cómo podéis vosotros imaginaros a qué precisa región de los primeros tiempos pueden conducir a un hombre sus pies sin trabas, impulsados por la soledad (soledad absoluta, sin un solo policía), por el silencio (silencio absoluto, donde no se oye la voz consejera de amables vecinos susurrando acerca de la opinión pública)? Estas pequeñas cosas son las decisivas. En el momento en que desaparece, uno tiene que recurrir a su propia fuerza innata, a su capacidad de lealtad. Por supuesto, se puede ser demasiado estúpido para equivocarse; ser demasiado obtuso incluso para saber que los poderes de las tinieblas te están asaltando. Estoy seguro de que ningún insensato ha vendido jamás su alma al diablo: el insensato es demasiado insensato, o el diablo es demasiado diablo; no sé cuál de las dos cosas. O bien puede que se sea una criatura tan tremendamente exaltada como para ser completamente ciega y sorda a todo lo que no sean visiones y sonidos celestiales. En estos casos la tierra no es para uno más que un lugar donde estar; y no voy a pretender decidir si ser así es un inconveniente o una ventaja. Pero la mayoría de nosotros no somos ni una cosa ni otra. La tierra es, para nosotros, un lugar donde vivir, donde tenemos que soportar visiones, sonidos y también olores, ¡por Júpiter! Tenemos que respirar hipopótamo podrido, por así decirlo, sin contaminarnos. Y es ahí, ¿os dais cuenta?, donde entra en juego la fuerza, la fe en la propia capacidad de



cavar discretamente agujeros donde enterrar la sustancia: el poder de dedicación, no a uno mismo, sino a una empresa oscura y agotadora. Y eso ya es suficientemente difícil. Creedme, no estoy tratando de disculpar, ni siquiera de explicar; estoy intentando entender al... señor Kurtz..., a la sombra del señor Kurtz. Ese fantasma surgido de detrás de la Nada me honró con su asombrosa confianza antes de desaparecer por completo. Y lo hizo porque podía hablar en inglés conmigo. El Kurtz original había sido educado en parte en Inglaterra, y, como él mismo era capaz de admitir, sus simpatías se hallaban en el lugar adecuado. Su madre era medio inglesa, su padre medio francés. Toda Europa contribuyó a hacer a Kurtz; y más tarde me enteré de que la Sociedad Internacional para la Supresión de las Costumbres Salvajes le había confiado, muy acertadamente, la redacción de un informe que les sirviera de guía en el futuro. Y además lo había escrito. Yo lo he visto. Lo he leído. Era elocuente, vibrante de elocuencia, pero era demasiado tenso, creo yo. ¡Había encontrado tiempo incluso para escribir diecisiete apretadas páginas! Pero esto debió de hacerlo antes de que sus nervios, digamos, le fallaran y le llevaran a presidir ciertas danzas nocturnas que terminaban en indescriptibles ritos, que, según pude colegir de mala gana en varias ocasiones, se le ofrecían a él, ¿entendéis?, al propio señor Kurtz. Pero se trataba de un hermoso escrito. Sin embargo, el primer párrafo me resulta ahora ominoso a la luz de ulteriores informaciones. Comenzaba con el argumento de que nosotros, los blancos, desde el nivel de desarrollo que hemos alcanzado, «tenemos, necesariamente, que parecerles (a los salvajes) seres sobrenaturales; nos acercamos a ellos con el mismo poder que una deidad», y así sucesivamente. «Por el simple ejercicio de nuestra voluntad podemos tener un poder benefactor prácticamente ilimitado», etc. A partir de ese punto se elevaba, y me arrastró con él. La peroración era magnífica, aunque difícil de recordar, ya sabéis. Me hacía imaginar una exótica Inmensidad gobernada por una augusta Benevolencia. Me hizo estremecer de entusiasmo. Éste era el ilimitado poder de la elocuencia, de las palabras, de las ardientes y nobles palabras. No había alusiones prácticas que interrumpieran la corriente mágica de las frases, a menos que una a modo de anotación al pie de la última página, evidentemente garabateada mucho después con mano insegura, pueda ser considerada como la exposición de un método. Era muy simple, y al final de aquella conmovedora apelación a toda clase de sentimientos altruistas le deslumbraba a uno, luminoso y aterrador, como un relámpago en un cielo sereno: «¡Exterminar a todos los salvajes!». Lo curioso era que parecía haber olvidado por completo aquella valiosa posdata, porque más tarde, cuando recuperó el sentido, por así decirlo, me suplicaba, repetidamente,

que me hiciera cargo de «mi panfleto» (así lo llamó), ya que iba sin duda a ejercer en el futuro una influencia positiva sobre su carrera. Yo estaba bien informado acerca de todas estas cosas, y, además, resultó que fui yo quien se tuvo que ocupar de su memoria. He hecho por ello lo suficiente como para que se me otorgue el derecho incontestable, si tal es mi deseo, de depositarlo para su eterno descanso en el cubo de la basura del progreso, entre todas las heces y, metafóricamente hablando, todos los gatos muertos de la civilización. Pero ya veis que no puedo escoger. Él no va a ser olvidado. Sería cualquier cosa, pero no era vulgar. Tenía el poder de obligar a las almas rudimentarias a ejecutar una danza embrujada en su honor valiéndose del hechizo y del terror; podía colmar también las pequeñas almas de los peregrinos de amarga aprensión: tenía al menos un fiel amigo y había conquistado un alma en el mundo que no era rudimentaria ni estaba corrompida por el egoísmo. No; no puedo olvidarle, aunque no estoy dispuesto a afirmar que el individuo mereciera la vida que habíamos perdido por llegar hasta él. Echaba horriblemente de menos a mi viejo timonel, le echaba de menos incluso mientras su cuerpo yacía todavía en la garita. Quizá os parezca sumamente extraño este sentimiento por un salvaje que no tenía mayor importancia que un grano de arena en un Sahara negro. Bueno, ¿no veis?, él había hecho algo, había llevado el timón, durante meses le tuve a mi espalda: una ayuda, un instrumento. Éramos como socios. Él conducía para mí y yo tenía que cuidar de él: me preocupaba por sus deficiencias, y así se había creado un sutil vínculo, del que sólo llegué a darme cuenta cuando fue súbitamente roto. Y la íntima profundidad de aquella mirada que me dirigió cuando fue herido permanece aún en mi memoria, como una llamada de parentesco lejano afirmado en un momento supremo.

»¡Pobre insensato! Si hubiera dejado en paz aquel postigo... No tenía ningún autocontrol, ninguno... igual que Kurtz... era como un árbol mecido por el viento. En cuanto me hube puesto un par de zapatillas secas, le llevé a rastras afuera, después de haberle arrancado la lanza del costado, operación que confieso que realicé con los ojos bien cerrados. Sus dos talones saltaron a la vez sobre el pequeño escalón de la puerta; sus hombros oprimían mi pecho; le abracé por detrás con desesperación. ¡Oh! Era pesado, muy pesado; más pesado que ningún otro hombre sobre la tierra, me atrevería a decir. Luego le tiré por la borda sin más. La corriente lo atrapó como si fuera una brizna de hierba, y vi al cuerpo dar dos vueltas antes de perderle de vista para siempre. El director y todos los peregrinos se congregaron entonces en la cubierta entoldada, alrededor de la garita del timonel, parloteando unos con otros como una bandada de urracas excitadas, y hubo un murmullo escandalizado ante mi despiadada

diligencia. No puedo imaginar para qué querían conservar aquel cuerpo por ahí rodando. Para embalsamarlo, tal vez. Pero también había oído otro murmullo, y muy ominoso, en la cubierta de abajo. Mis amigos los leñadores estaban igualmente escandalizados, y con mayor razón, aunque admito que la razón era en sí misma bastante inadmisible. ¡Oh, bastante! Yo había decidido que si mi difunto timonel había de ser devorado, sólo los peces lo harían. En vida había sido un timonel muy de segunda clase, pero ahora que estaba muerto podría haberse convertido en una tentación de primera clase, y causar posiblemente algún problema serio. Además, yo estaba ansioso por tomar el timón, ya que el hombre del pijama rosa había demostrado ser una nulidad sin esperanza en la materia.

»Eso es lo que hice en cuanto terminó el sencillo funeral. Íbamos a media máquina, manteniéndonos justo en el centro de la corriente, y yo escuchaba lo que se hablaba a mi alrededor. Daban por perdido a Kurtz, daban por perdida la estación; Kurtz estaba muerto y la estación había sido incendiada, y así sucesivamente. El peregrino pelirrojo estaba fuera de sí, con la idea de que al menos ese pobre Kurtz había sido debidamente vengado. “¿Qué opináis? Debemos haber hecho una buena matanza en la maleza. ¿Eh? ¿Qué pensáis? ¿Verdad que sí?”. Hasta bailaba el pequeño y sanguinario mendigo pelirrojo. ¡Y casi se desmayó cuando vio al herido! No pude evitar decir: “Han producido ustedes una fantástica humareda en todo caso”. Yo había visto, por el modo en que las copas de los arbustos crujían y se agitaban, que casi todos los disparos habían sido demasiado altos. No se puede hacer blanco en nada a menos que se apunte y se dispare con el arma apoyada en el hombro; pero aquellos individuos disparaban con el arma apoyada en la cadera y los ojos cerrados. La retirada, mantenía yo (y tenía razón) la había causado el pitido del silbato. Con esto se olvidaron de Kurtz y empezaron a vociferar protestas de indignación.

»El director estaba junto al timón, murmurando confidencialmente acerca de la necesidad de alejarnos lo más posible río abajo, de una manera u otra, antes de que oscureciera, cuando a lo lejos vi un claro en la orilla y el contorno de alguna clase de edificio. “¿Qué es eso?”, pregunté. Dio unas palmadas con asombro. “La estación”, gritó. Me pegué a la orilla inmediatamente, yendo todavía a media máquina.

»A través de mis gemelos vi la falda de una colina salpicada de árboles raros y enteramente libre de maleza. El largo y deteriorado edificio que había en la cima se hallaba medio sepultado por la alta hierba; los grandes agujeros del tejado puntiagudo mostraban su negra boca a lo lejos; la jungla y el bosque formaban el fondo. No había ni cerca ni valla de ninguna clase; pero, al parecer, había habido una, ya que cerca de la casa

quedaban media docena de delgados postes en hilera, toscamente labrados, cuyos extremos estaban adornados por bolas talladas. La barandilla, o lo que quiera que hubiera habido de poste a poste, había desaparecido. Por supuesto, el bosque rodeaba todo aquello. La orilla estaba despejada, y junto al agua vi a un hombre blanco bajo un sombrero semejante a una rueda de carro, haciendo insistentemente señales con todo el brazo. Examinando el borde del bosque de arriba abajo, tuve casi la seguridad de poder ver movimientos, formas deslizándose aquí y allá. Seguí avanzando con prudencia y después paré las máquinas y dejé que la corriente empujara el barco hacia abajo. El hombre de la playa comenzó a gritar, instándonos a desembarcar. “Hemos sido atacados”, gritó el director. “Lo sé, lo sé. No pasa nada —gritó el otro en respuesta, tan alegre como podáis imaginaros—. Vengan. No pasa nada. Cuánto me alegro”.

»Su aspecto me recordaba algo que ya había visto, algo divertido que había visto en alguna parte. Mientras maniobraba para poner el barco de costado, me preguntaba a mí mismo: ¿A qué se parece ese individuo? De repente lo supe. Se parecía a un arlequín. Sus ropas estaban hechas de un tejido que probablemente había sido una holanda marrón, pero que ahora estaba cubierto de remiendos por todas partes; remiendos brillantes, azules, rojos y amarillos; remiendos por detrás, por delante, por los codos, por las rodillas, una tira de color alrededor de la chaqueta, bordes escarlata en la parte inferior de los pantalones; y la luz del sol le hacía aparecer extremadamente alegre y al mismo tiempo maravillosamente aseado, porque se podía apreciar con qué esmero habían sido hechos todos aquellos remiendos. Una cara infantil, imberbe, muy agradable, sin rasgos destacables, con la nariz pelada, pequeños ojos azules, sonrisas y ceños persiguiéndose por aquel semblante ingenuo, como la luz del sol y la sombra por una llanura barrida por el viento “¡Cuidado, capitán! —gritó—. Hay un tronco ahí desde la noche pasada”. ¿Qué? ¿Otro tronco? Confieso que blasfemé vergonzantemente sin ningún decoro. Había estado a punto de agujerear mi tullido trasto, como remate de aquel encantador viaje. El arlequín de la orilla alzó su nariz respingona hacia mí. “Inglés”, preguntó, todo sonrisas. “¿Y usted?”, grité desde el timón. La sonrisa desapareció y sacudió la cabeza como apenado por mi contrariedad. Después se le iluminó el rostro de nuevo. “¡No importa!”, gritó alentadoramente. “¿Llegamos a tiempo?”, pregunté. “Está allí arriba”, respondió, levantando la cabeza hacia la cima de la colina y adoptando de repente una expresión sombría. Su cara era como el cielo en el otoño, encapotado un momento y despejado el siguiente.

»Cuando el director, escoltado por los peregrinos, todos ellos armados

hasta los dientes, hubo partido hacia la casa, aquel individuo subió a bordo. “Se lo digo, no me gusta esto. Esos indígenas están en la maleza”, le dije. Me aseguró vehementemente que todo estaba en orden. “Son gente simple —añadió—; bueno, me alegro de que haya venido. He tenido que emplear todo mi tiempo tratando de mantenerlos alejados”. “Pero usted ha dicho que no pasaba nada”, grité. “¡Oh! No se proponían hacer ningún daño”, dijo; y como le miré con estupor se corrigió: “No exactamente”. Después, con vivacidad, añadió: “¡A fe mía que su garita está pidiendo una buena limpieza!”. Acto seguido me aconsejó que mantuviera suficiente vapor en la caldera para poder accionar el silbato en caso de presentarse dificultades. “Un buen pitido puede serle de más utilidad que todos los rifles juntos. Son gente simple”, repitió. Parloteaba a tal velocidad que casi me abrumaba. Parecía estar tratando de compensar largos silencios, y, de hecho, insinuó riendo que tal era el caso. “¿No habla usted con el señor Kurtz?”, le dije. “A ese hombre no se le habla, se le escucha”, exclamó con severa exaltación. “Pero ahora... —agitó un brazo, y en un abrir y cerrar de ojos se sumió en las profundidades del desaliento. En un momento resurgió dando un salto, se apoderó de ambas manos y empezó a sacudirlas sin interrupción, mientras decía atropelladamente—: Hermano marintero... honor... placer..., deleite..., me presento..., ruso..., hijo de un arcipreste... Gobierno de Tambor... ¿Qué? ¡Tabaco! ¡Tabaco inglés! ¡El excelente tabaco inglés! Vamos, esto sí que es fraternidad. ¿Fumar? ¿Dónde hay un marintero que no fume?”.

»La pipa le serenó y, poco a poco, fui sabiendo que se había escapado del colegio, que se había hecho a la mar en un barco ruso; que volvió a huir; que sirvió durante algún tiempo en barcos ingleses; que ahora estaba reconciliado con el arcipreste. Insistió en ese punto. “Pero cuando se es joven hay que ver cosas, acumular experiencias, ideas; hay que ensanchar el espíritu”. “¿Aquí?”, le interrumpí. “¡Nunca se sabe! Aquí conocí al señor Kurtz”, dijo jovialmente, solemne y lleno de reproche. Después de aquello me mantuve callado. Parece ser que había convencido a una casa comercial holandesa de la costa para que le abasteciera de provisiones y mercancías y había emprendido el camino hacia el interior con el corazón alegre, y sin más idea de lo que pudiera ocurrirle que la que tendría un bebé. Había estado vagando solo por los alrededores de aquel río durante casi dos años, aislado de todos y de todo. “No soy tan joven como aparento. Tengo veinticinco años —me dijo—. Al principio el viejo Van Shuyten me decía que me fuera al diablo —relató con intenso placer—, pero me pegué a él y hablé y hablé hasta que temió que seguiría hablando hasta el fin del mundo, me dio algunas baratijas y unos cuantos fusiles y dijo que esperaba no volverme a ver nunca más. Van Shuyten, el

buen viejo holandés. Hace un año le mandé un pequeño lote de marfil para que no pueda llamarme ladronzuelo cuando vuelva. Espero que lo recibiera. Y del resto no me preocupo. Tenía alguna madera amontonada para usted. Ésa era mi antigua casa. ¿La vio usted?”.

»Le di el libro de Towson. Hizo como si fuera a besarme, pero se contuvo. “El único libro que me quedaba, y creía que lo había perdido —dijo, mirándolo extasiado—. Le ocurren tantos accidentes a un hombre que va solo por ahí, sabe. A veces las canoas vuelcan, y otras veces tienes que largarte aprisa cuando la gente se pone furiosa”. Pasó las hojas con los dedos. “¿Hizo usted anotaciones en ruso?”, le pregunté. Asintió. “Pensé que estaban escritas en clave”, dije. Se rio y después adoptó una expresión seria. “Tuve muchas dificultades para mantener a aquella gente alejada”, dijo. “¿Quisieron matarle?”, pregunté. “¡Oh, no!”, gritó, y se detuvo. “¿Por qué nos atacaron a nosotros?”, proseguí. Dudó un momento y después dijo avergonzado: “No quieren que él se vaya”. “¿Ah, no?”, dije con curiosidad. Asintió con un gesto lleno de misterio y sabiduría. “Se lo aseguro —gritó —, ese hombre ha ensanchado mi espíritu”. Abrió los brazos, mirándome fijamente con sus pequeños ojos azules, que eran perfectamente redondos.

## Capítulo 3

»Le miré, perdido en el asombro. Allí estaba, ante mí, con su traje de colorines, como si hubiera escapado de una *troupe* de mimos, entusiasta, fabuloso. El hecho mismo de su existencia era improbable, inexplicable y completamente desconcertante. Él era un problema insoluble. Era inconcebible cómo había existido, cómo había conseguido llegar tan lejos, cómo se las había ingeniado para subsistir; por qué no desapareció inmediatamente. “Fui un poco más lejos —dijo él—, después un poco más..., hasta que he ido tan lejos que no sé si regresaré jamás. No tiene importancia. Hay mucho tiempo. Lo podré arreglar. Ustedes llévense a Kurtz rápidamente, rápidamente les digo”. El encanto de la juventud envolvía sus harapos multicolores, su indigencia, su soledad, la desolación esencial de sus vanas andanzas. Durante meses, durante años, su vida no había valido la compra de un día; y allí estaba, valiente y despreocupadamente vivo, aparentemente indestructible en virtud únicamente de sus pocos años y de su irreflexiva audacia. Me sedujo hasta hacerme sentir algo parecido a la admiración, a la envidia. La fascinación le impulsaba, la fascinación le mantenía ileso. Seguramente lo único que buscaba en la selva era espacio en el que respirar y por donde proseguir su camino. Su necesidad era existir y seguir avanzando lo más arriesgadamente posible y con las máximas privaciones posibles. Si alguna vez el espíritu de aventura absolutamente puro, no calculador e idealista, ha dominado a un hombre, ese hombre era este joven remendado. Casi le envidiaba por poseer esta modesta y clara llama. Parecía haber agotado todo pensamiento sobre sí mismo hasta tal punto, que incluso cuando te estaba hablando olvidabas que era él, el hombre que tenías delante, el que había vivido esas experiencias. Pero no le envidiaba su devoción hacia Kurtz. No había meditado sobre ella. Le había sobrevenido y él la había aceptado con una especie de vehemente fatalismo. Debo decir que a mí me parecía lo más peligroso, en todos los sentidos, que le había sucedido hasta entonces.

»Se habían unido inevitablemente, como dos barcos ensalmados el uno junto al otro, que descansan al fin rozando sus costados. Supongo que Kurtz necesitaba auditorio, porque en cierta ocasión, cuando estaban acampados en la selva, habían estado hablando toda la noche, o más probablemente Kurtz había estado hablando. “Hablamos acerca de todo —dijo él, traspuesto por el recuerdo—. Olvidé que existía algo llamado sueño. La noche pareció no durar ni una hora. ¡De todo! ¡De todo!... También del amor”. “¡Ah, le habló a usted del amor!”, dije yo, bastante divertido. “No es lo que usted piensa —gritó, casi con pasión—. Fue en general. Me hizo ver cosas, cosas”.

»Levantó los brazos. Estábamos en ese momento en la cubierta, y el capataz de mis leñadores, que descansaba por allí cerca, volvió hacia él sus pesados y relucientes ojos. Miré a mi alrededor y, no sé por qué, pero os aseguro que nunca, nunca aquella tierra, aquel río, aquella jungla, la bóveda de aquel cielo en llamas, me habían parecido tan oscuros, tan impenetrables para el pensamiento humano, tan despiadados para con la debilidad humana. “¿Y naturalmente usted ha seguido con él desde entonces?”, dije yo.

»Al contrario. Parece que su relación se había roto en varias ocasiones por diversas causas. Según me informó orgullosamente, se las había ingeniado para cuidar de Kurtz a lo largo de dos enfermedades (aludía a ello como se haría alusión a una arriesgada proeza), pero por regla general Kurtz vagaba solitario en la lejanía de las profundidades de la selva. “Muy a menudo, al llegar a esta estación tuve que esperar días y días antes de que apareciera —dijo—. Ah, merecía la pena esperar..., a veces”. “¿Qué hacía él?, ¿exploraba o qué?”, pregunté. “Oh, sí, desde luego”; había descubierto montones de poblados; también un lago. No sabía exactamente en qué dirección; era peligroso investigar demasiado, pero fundamentalmente sus expediciones habían tenido por objeto el marfil. “Pero en aquella época no tenía mercancías con las que comerciar”, objeté. “Quedan montones de cartuchos incluso ahora”, respondió, mirando en otra dirección. “Hablando llanamente, saqueó el país”, dije yo. Asintió. “No iba solo, por supuesto”. Murmuró algo acerca de los poblados de los alrededores de aquel lago. “Kurtz hizo que la tribu le siguiera, ¿verdad?”, sugerí. Se puso un poco nervioso. “Le adoraban”, dijo. El tono de aquellas palabras fue tan extraordinario que le dirigí una mirada profunda. Era curioso ver la mezcla de ansia y desgana que mostraba al hablar de Kurtz. Aquel hombre llenaba su vida, ocupaba sus pensamientos, controlaba sus emociones. “¿Qué se puede esperar? —exclamó—; llegó a ellos con truenos y relámpagos, ya sabe, y ellos nunca habían visto nada igual... y muy terrible. Podía ser muy terrible. No se puede juzgar a Kurtz como se



juzgaría a un hombre vulgar. ¡No, no, no! Fíjese, sólo para que se haga una idea: a mí también me quiso disparar un día, no me importa decírselo; pero yo no le juzgo”. “¡Dispararle! —grité—. ¿Para qué?”. “Bueno, yo tenía un montoncito de marfil que el jefe de aquel poblado cercano a mi casa me había dado. Verá usted, yo acostumbraba a cazar para ellos. Pues bien, él lo quería y no atendía a razones. Aseguré que me dispararía a menos que le diera el marfil y desapareciera después del país, porque él podía hacer eso, se le había antojado y no había nada sobre la tierra capaz de impedirle matar a quien le viniera en gana. Y además era verdad. Le di el marfil. ¡Qué me importaba! Pero no desaparecí. No, no. No podía dejarle. Tuve que tener cuidado, desde luego, hasta que de nuevo reanudamos nuestra amistad durante algún tiempo. Entonces tuvo su segunda enfermedad. Después tuve que mantenerme fuera de su alcance, pero no me importó. La mayor parte del tiempo vivía en aquellos poblados junto al lago. Cuando bajaba al río, unas veces me trataba con afecto y otras más me valía tener cuidado. Aquel hombre sufría demasiado. Odiaba todo esto, pero por alguna razón no podía irse. Cuando tuve una ocasión le rogué que intentara marcharse mientras aún estuviera a tiempo; me ofrecí a volver con él. Decía que sí y luego se quedaba; se iba de nuevo a buscar marfil; desaparecía durante semanas; se olvidaba de sí mismo en medio de aquella gente; se olvidaba de sí mismo, ¿sabe?”. “Ese hombre está loco”, dije. Protestó con indignación. El señor Kurtz no podía estar loco. Si le hubiera oído hablar sólo dos días antes no me atrevería a insinuar semejante cosa... Yo había cogido los gemelos mientras hablábamos y estaba mirando la orilla, recorriendo el límite de la selva a ambos lados y por detrás de la casa. El saber que había gente en aquella maleza, tan silenciosa, tan tranquila, tan silenciosa y tranquila como la casa en ruinas de la colina, me hacía sentirme incómodo. No había en la faz de la naturaleza señal alguna de este asombroso relato, que más que contado me era sugerido en exclamaciones de desolación, completadas con encogimientos de hombros, en frases entrecortadas, en insinuaciones que terminaban en profundos suspiros. Los bosques estaban inmóviles, como una máscara... pesados como la puerta cerrada de una prisión... miraban con su aire de conocimiento oculto, de paciente expectación, de silencio inabordable. El ruso me estaba explicando que no hacía mucho que el señor Kurtz había bajado al río por primera vez, trayendo consigo a todos los guerreros de la tribu del lago. Había estado ausente durante varios meses (haciéndose adorar, supongo), y había bajado inesperadamente con la intención, por lo visto, de hacer una incursión al otro lado del río o corriente abajo. Evidentemente, la avidez de marfil había prevalecido sobre las, ¿cómo decirlo?, aspiraciones menos materiales. No obstante, se

había puesto mucho peor de repente. “Oí que yacía desamparado, así que subí, aproveché mi oportunidad —dijo el ruso—. ¡Oh, está mal, muy mal!”. Dirigí mis gemelos hacia la casa. No había ningún signo de vida, pero estaba el tejado en ruinas, la larga pared de barro asomando por encima de la hierba, con tres pequeños huecos de ventana cuadrados, cada uno de un tamaño, todo como si pudiera tocarlo con la mano. Y entonces hice un movimiento brusco y uno de los postes que quedaban de aquella valla desaparecida irrumpió en mi campo de visión. Recordáis que os dije que me habían sorprendido mucho, desde lejos, ciertos intentos de ornamentación bastante singular en el aspecto ruinoso de aquel lugar. Ahora de repente lo vi más cerca, y mi primera reacción fue echar hacia atrás la cabeza como si hubiera recibido un golpe. Entonces recorrí cuidadosamente los postes uno a uno con mis gemelos y comprendí mi error. Aquellos pomos redondos no eran ornamentales, sino simbólicos; eran expresivos y enigmáticos, chocantes e inquietantes; pasto para el pensamiento y también para los buitres, si hubiera habido alguno mirando desde el cielo; pero en cualquier caso pasto para aquellas hormigas que fueran lo bastante laboriosas como para escalar el palo. Aquellas cabezas que había sobre las estacas habrían sido aún más impresionantes si sus caras no hubieran estado vueltas hacia la casa. Sólo una, la primera que descubrí, estaba vuelta hacia mí. No me causó tanta impresión como podríais pensar. El salto hacia atrás que había dado no era, en realidad, sino un movimiento de sorpresa. Había esperado ver un pomo de madera, ya sabéis. Volví deliberadamente a la primera que había visto, y allí estaba, negra, seca, hundida, con los párpados cerrados: una cabeza que parecía dormir encima de aquel poste y que, mostrando la línea blanca y estrecha de los dientes, entre los labios secos y contraídos, sonreía también, sonreía continuamente a algún sueño interminable y jocoso de aquella eterna somnolencia.

»No estoy revelando ningún secreto comercial. De hecho, el director dijo después que los métodos del señor Kurtz habían arruinado el distrito. Yo no tengo opinión sobre ese punto, pero quiero que entendáis claramente que no reportaba beneficio alguno el que esas cabezas estuvieran allí. Sólo demostraba que el señor Kurtz perdía el control de sí mismo a la hora de satisfacer sus diversos apetitos; que le faltaba algo, algo insignificante, pero que, en el momento crítico, se echaba de menos debajo de su magnífica elocuencia. No sé si él era consciente de esta deficiencia. Creo que sólo al final, en el último momento. Pero la selva lo había descubierto pronto y se había tomado en él una venganza terrible por la fantástica invasión. Creo que le había susurrado cosas acerca de sí mismo que desconocía, cosas de las que no tenía idea hasta que no oyó el

consejo de esa enorme soledad; y el susurro había resultado irresistiblemente fascinante. Resonó fuertemente dentro de él porque su corazón estaba hueco. Dejé los gemelos, y la cabeza, que había parecido estar lo bastante cerca como para poder hablarme, pareció súbitamente alejarse de mí de un salto a una distancia inaccesible.

»El admirador del señor Kurtz estaba un poco cabizbajo. Con voz apresurada y confusa comenzó a asegurarme que no se había atrevido a quitar aquellos, digamos, símbolos. No tenía miedo de los indígenas; ellos no se moverían hasta que el señor Kurtz no diera la orden. Su influencia era extraordinaria. Los campamentos de aquella gente rodeaban el lugar, y los jefes venían a verle a diario. Se arrastraban... “No quiero saber nada acerca de las ceremonias que se usan para acercarse al señor Kurtz”, grité yo. Curiosa, aquella sensación que me sobrevino de que semejantes detalles iban a ser más intolerables que aquellas cabezas puestas a secar sobre los postes bajo las ventanas del señor Kurtz. Después de todo, aquello era sólo una visión salvaje, mientras que yo parecía haber sido transportado, de un salto, a alguna tenebrosa región de sutiles horrores, donde el salvajismo puro y simple era un verdadero alivio, como algo que tenía derecho a existir, obviamente, bajo la luz del sol. El joven me miró sorprendido. Supongo que no se le ocurrió pensar que el señor Kurtz no era uno de mis ídolos. Olvidaba que yo no había oído ninguno de sus espléndidos monólogos sobre..., ¿qué era?, sobre el amor, la justicia, el modo de conducirse o cualquier otra cosa. Si había tenido que arrastrarse ante el señor Kurtz, se había arrastrado tanto como el más auténtico salvaje de todos. Dijo que yo no tenía idea de las circunstancias: aquellas cabezas eran cabezas de rebeldes. Se sintió muy ofendido cuando me reí. ¡Rebeldes! ¿Cuál sería la próxima definición que tendría que oír? Había habido enemigos, criminales, trabajadores; y éstos eran rebeldes. Aquellas rebeldes cabezas me parecían muy sumisas sobre sus postes. “No sabe usted de qué manera pone a prueba semejante vida a un hombre como Kurtz”, gritó el último discípulo de Kurtz. “Bueno, ¿y usted?”, dije yo. “¡Yo! ¡Yo! Yo soy un hombre sencillo. Yo no tengo grandes ideas. No espero nada de nadie. ¿Cómo puede usted compararme a...?”. Sus sentimientos ahogaban sus palabras, y de repente se desmoronó. “No entiendo —gimió—. He estado haciendo todo lo que he podido para conservarle con vida, y eso es suficiente. No he tomado parte en todo esto. No tengo talento. Aquí no ha habido una sola gota de medicina o un solo bocado de comida para enfermos desde hace meses. Él fue abandonado de manera vergonzosa. Un hombre como éste, con semejantes ideas. ¡Vergonzoso! ¡Vergonzoso! Yo..., yo..., llevo diez noches sin dormir...”.

»Su voz se perdió en la calma del atardecer. Las sombras alargadas de

la selva se habían deslizado colina abajo mientras nosotros hablábamos, habían llegado mucho más allá del ruinoso cobertizo, más allá de la simbólica fila de postes. Todo aquello estaba en penumbra, mientras allí abajo nosotros estábamos todavía bajo la luz del sol, y el tramo del río que se veía delante del claro relucía con un esplendor sereno y deslumbrante, entre un lóbrego y sombrío recodo arriba y otro abajo. No se veía ni un alma en la orilla. En los matorrales no crujía ni una sola hoja.

»De repente apareció un grupo de hombres de detrás de una esquina de la casa, como si hubieran brotado de la tierra. Avanzaban a través de la hierba, que les cubría hasta la cintura, en un grupo compacto, llevando en medio de ellos unas parihuelas improvisadas. Súbitamente, en medio de la desolación del paisaje, se elevó un grito cuya estridencia atravesó el aire inmóvil como una afilada flecha volando derecha hacia el mismísimo corazón de la tierra; y, como por encanto, riadas de seres humanos, de seres humanos desnudos, con lanzas en la mano, con arcos y escudos, de mirada feroz y movimientos salvajes, fueron arrojadas en aquel claro por la selva sombría y mediatubunda. Los matorrales se agitaron, la hierba se meció durante un rato y después todo se quedó en una atenta inmovilidad.

»«Ahora, si él no les dice la palabra adecuada, estamos todos perdidos», dijo el ruso a mi lado. El puñado de hombres que llevaba las parihuelas se había detenido también a mitad de camino del vapor, como petrificado. Vi cómo el hombre de la camilla, flaco y con un brazo levantado, se incorporaba por encima de las espaldas de los camilleros. “Esperemos que el hombre que puede hablar tan bien sobre el amor en general encuentre alguna razón particular esta vez para perdonarnos la vida”, dije yo. Me indignaba amargamente el absurdo peligro de nuestra situación, como si estar a merced de aquel fantasma atroz hubiera sido una deshonrosa necesidad. No podía oír un solo ruido, pero a través de los gemelos vi el delgado brazo extendido imperativamente, la mandíbula inferior moviéndose, los ojos de aquella aparición brillando oscuramente hundidos en su cabeza huesuda, que se movía con grotescas sacudidas. Kurtz, Kurtz, eso significa corto en alemán ¿no? Pues bien, el nombre era tan verdadero como todo lo demás en su vida... Su cobertor se había caído y su cuerpo emergía de él, lastimoso y aterrador, como de una mortaja. Pude ver cómo se movía su caja torácica, cómo se agitaban los huesos de su brazo. Era como si una imagen animada de la muerte, esculpida en marfil viejo, hubiera estado sacudiendo la mano amenazadoramente hacia una inmóvil congregación de hombres hechos de oscuro y reluciente bronce. Le vi abrir la boca desmesuradamente; le daba un aspecto misteriosamente voraz, como si hubiera querido tragarse todo el aire, toda la tierra, a todos los hombres que tenía ante sí. Una voz profunda llegó hasta mí

débilmente. Debía estar gritando. De repente cayó de espaldas. La camilla dio una fuerte sacudida al tambalearse los camilleros de nuevo hacia adelante, y casi simultáneamente observé que la muchedumbre de salvajes estaba desapareciendo sin ningún movimiento perceptible de retirada, como si la selva que había arrojado a estos seres tan repentinamente los hubiera absorbido, de nuevo como se inhala el aliento en una larga aspiración.

»Algunos de los peregrinos que seguían a la camilla llevaban sus armas: dos pistolas, un rifle pesado y una ligera carabina de repetición: los rayos de aquel lastimoso Júpiter. El director se inclinó hacia él murmurando, mientras caminaba al lado de su cabeza. Lo depositaron en una de las pequeñas cabinas, simplemente una habitación con sitio para una cama y una o dos banquetas de campaña. Habíamos traído su correspondencia atrasada, y por su cama estaban esparcidos un montón de sobres desgarrados y cartas abiertas. Su mano erraba débilmente entre estos papeles. Me chocó el fuego de sus ojos y la tranquila languidez de su expresión. No era tanto por el agotamiento de la enfermedad. No parecía sufrir. Esta sombra parecía saciada y tranquila, como si por el momento estuviera ahíta de todas las emociones.

»Agitó una de las cartas y, mirándome a los ojos, dijo: “Cuánto me alegra”. Alguien le había estado escribiendo acerca de mí. Aquellas recomendaciones especiales estaban apareciendo de nuevo. El volumen de tono de voz que emitió sin esfuerzo, casi sin tomarse la molestia de mover los labios, me asombró. ¡Qué voz! ¡Qué voz! Era grave, profunda, vibrante, mientras que su dueño no parecía capaz de un suspiro. Sin embargo, tenía fuerza suficiente (ficticia, sin duda) para casi acabar con nosotros, como oiréis enseguida.

»El director apareció silenciosamente en la puerta; yo salí en el acto y él corrió la cortina detrás de mí. El ruso, a quien los peregrinos observaban con curiosidad, estaba mirando fijamente hacia la orilla. Seguí la dirección de su mirada.

»A lo lejos podían distinguirse oscuras formas humanas, revoloteando confusamente contra el tenebroso borde de la selva, y, cerca del río, dos figuras de bronce, apoyadas sobre largas lanzas, estaban de pie a la luz del sol bajo fantásticos tocados de pieles moteadas, con aspecto guerrero y, sin embargo, en un reposo escultural. Y de derecha a izquierda, a lo largo de la orilla iluminada, se movía la salvaje y espléndida aparición de una mujer.

»Caminaba con pasos medidos, envuelta en telas a rayas con flecos, pisando la tierra con orgullo, con un ligero tintineo y relampagueo de bárbaros ornamentos. Mantenía la cabeza erguida; su pelo estaba peinado

en forma de yelmo; llevaba polainas de latón hasta la rodilla, guanteles de alambre de latón hasta el codo y un lunar carmesí en su morena mejilla; innumerables collares de abalorios en el cuello; los extraños objetos, amuletos y regalos de hechiceros que colgaban sobre ella refulgían y temblaban a cada paso. Debía llevar encima el valor de varios colmillos de elefantes. Era salvaje y soberbia, magnífica y de mirada feroz; había algo ominoso y majestuoso en su lento caminar. Y el silencio que había caído súbitamente sobre toda aquella tierra afligida, la inmensa selva, el cuerpo colosal de la vida fecunda y misteriosa, parecía mirarla, pensativo, como si estuviera mirando la imagen de su propia alma tenebrosa y apasionada.

»Llegó frente al vapor, permaneció de pie, inmóvil, y dirigió su mirada hacia nosotros. Su alargada sombra se proyectaba sobre el borde del agua. Su rostro tenía el aspecto trágico y feroz de un salvaje pesar y de un mudo dolor mezclados con el miedo de una decisión a medio formular, con la que se debatía. Permaneció de pie, mirándonos inmóvil, y como la selva misma, con aspecto de estar madurando algún designio inescrutable. Transcurrió un minuto entero y entonces dio un paso adelante. Se produjo un débil sonido metálico, un destello de metal amarillo, un bamboleo de atuendos orlados, y se detuvo como si el corazón le hubiera fallado. El joven muchacho que se encontraba a mi lado gruñó algo. Los peregrinos murmuraron a mi espalda. Ella nos miró a todos como si su vida dependiera de la inquebrantable firmeza de su mirada. De repente abrió sus brazos desnudos y los levantó rígidos sobre su cabeza, como presa de un incontrolable deseo de tocar el cielo; y al mismo tiempo las rápidas sombras se precipitaron sobre la tierra, pasaron velozmente sobre el río, rodeando al vapor en un abrazo sombrío. Un terrible silencio envolvió la escena.

»Se dio la vuelta lentamente, comenzó a caminar por la orilla y desapareció detrás de los matorrales a nuestra izquierda. Sólo una vez antes de desaparecer brillaron sus ojos, vueltos hacia nosotros, desde la penumbra de la espesura.

»«Si hubiera pretendido subir a bordo creo realmente que hubiera intentado matarla —dijo con nerviosismo el hombre de los remiendos—. He estado arriesgando mi vida a diario durante los últimos quince días para mantenerla apartada de la casa. Entró un día y organizó un escándalo a causa de estos miserables harapos que cogí en el almacén para remendar mi ropa. No le parecía honrado. Debió de ser eso al menos, porque habló enfurecida con Kurtz durante una hora, señalándome de vez en cuando. No entiendo el dialecto de esta tribu. Por suerte para mí creo que Kurtz se sentía demasiado enfermo aquel día para preocuparse; si no, habría habido problemas. No lo entiendo... No, es demasiado para mí. Ah,

bueno, ya ha pasado todo”.

»En ese momento oí la voz profunda de Kurtz desde detrás de la cortina: “¡Salvarme!... querrás decir salvar el marfil. No me digas. ¡Salvarme a mí! Si yo he tenido que salvarte a ti. Ahora estás interrumpiendo mis planes. ¡Enfermo! ¡Enfermo! No tan enfermo como te gustaría creer. No te preocupes. Todavía puedo llevar a cabo mis proyectos: regresaré. Te demostraré lo que se puede hacer. Tú con tus mezquinas ideas de vendedor ambulante. Te estás interponiendo en mi camino. Pero regresaré. Yo...”.

»El director salió. Me hizo el honor de cogerme por el brazo y conducirme a un lado. “Está muy mal, muy mal”, dijo. Consideró necesario suspirar, pero omitió mostrar su aflicción de una manera coherente. “Hemos hecho por él todo lo que hemos podido, ¿no es así? Pero no hay que disfrazar los hechos, el señor Kurtz ha hecho más mal que bien a la compañía. No veía que el momento no era propicio para actuar enérgicamente. Con cautela, con cautela; ése es mi principio. Todavía tenemos que ser prudentes. El distrito nos está vedado durante algún tiempo. ¡Es lamentable! En conjunto, el comercio se va a resentir. No niego que hay una considerable cantidad de marfil, fósil en su mayor parte. Tenemos que salvarlo a cualquier precio; pero dése cuenta de la situación tan precaria en que nos encontramos; ¿y por qué? Porque el método es erróneo”. “¿Le llama usted a esto método erróneo?”, dije yo, mirando en dirección a la costa. “Indudablemente —exclamó acalorado—. ¿Usted no?...”.

»“No hay método alguno”, murmuré al cabo de un rato. “Exactamente —dijo triunfante—. Yo ya preveía esto. Demuestra una absoluta carencia de juicio. Es mi obligación hacerlo saber en el lugar adecuado”. “Oh —dije yo—, ese muchacho, ¿cómo se llama?, el fabricante de ladrillos, le preparará un informe legible”. Se mostró turbado por un momento. Tuve la sensación de no haber respirado nunca una atmósfera tan despreciable y, mentalmente, recurrí a Kurtz en busca de alivio, realmente en busca de alivio. “No obstante, creo que el señor Kurtz es un hombre extraordinario”, dije con énfasis. Se sobresaltó, dejó caer sobre mí una mirada fría y pesada, y dijo con suma tranquilidad: “Lo era”, y me dio la espalda. Acababa de caer en desgracia. Me encontré formando, junto con Kurtz, el grupo de los partidarios de los métodos para los que el momento no era oportuno: ¡yo estaba en un error!<sup>[25]</sup> ¡Ah! Pero algo era poder al menos elegir las propias pesadillas.

»En realidad yo había ido buscando la selva, no al señor Kurtz, que era como si ya estuviera enterrado, estaba dispuesto a admitirlo. Y por un momento me pareció que también yo estaba enterrado en una gran tumba

llena de secretos inconfesables. Sentí un peso intolerable que oprimía mi pecho, el olor de la tierra húmeda, la presencia invisible de la corrupción triunfante, la oscuridad de una noche impenetrable... El ruso me dio un golpecito en el hombro. Le oí murmurar y balbucir algo acerca de “Hermano marinero..., no podía ocultar... conocimiento de asuntos que podrían afectar a la reputación del señor Kurtz”. Esperé. Para él, evidentemente, el señor Kurtz no estaba en la tumba. Sospecho que para él el señor Kurtz era uno de los inmortales. “¡Y bien! —dije yo por fin—. Hable. Sucede que yo soy amigo del señor Kurtz..., en cierto modo”.

»Manifestó con cierta ceremoniosidad que, si no hubiéramos sido “de la misma profesión”, él habría guardado en secreto el asunto, sin preocuparse de las consecuencias. “Sospechaba que había una positiva mala disposición hacia él por parte de aquellos hombres blancos, que...”. “Está usted en lo cierto —dije yo, recordando cierta conversación que había escuchado por casualidad—. El director piensa que a usted deberían colgarle”. Mostró una preocupación al oír semejante información, que al principio me divirtió. “Más vale que desaparezca discretamente —dijo con sinceridad—. Ya no puedo hacer nada más por Kurtz, y ellos en seguida encontrarían una excusa. ¿Qué les puede detener? Hay un campamento militar a trescientas millas de aquí”. “Bien, a mi juicio —dije yo—, haría bien en marcharse si tiene amigos entre los salvajes de los alrededores”. “Muchos —dijo él—. Son gente simple... y no necesito nada, sabe usted”. Permaneció de pie, mordiéndose el labio, después dijo: “No quiero que nada malo les ocurra aquí a esos blancos, pero, naturalmente, estaba pensando en la reputación del señor Kurtz..., pero usted es un marinero hermano y...”. “Está bien —dije yo después de un rato—. La reputación del señor Kurtz está a salvo en mis manos”. Yo mismo no sabía con cuánta sinceridad hablaba.

»Me informó, bajando la voz, de que fue Kurtz quien ordenó que se llevara a cabo el ataque contra el vapor. “A veces odiaba la idea de que le llevaran a otra parte; y además... Pero yo no entiendo esos asuntos. Soy un hombre sencillo. Él pensó que eso les ahuyentaría a ustedes, que renunciarían a la empresa, creyéndole muerto. No pude detenerle. ¡Oh! Lo he pasado muy mal durante este último mes”. “Muy bien —dije—. Ahora ya está bien”. “Sí-í-í”, musitó, al parecer, no muy convencido. “Gracias —dije yo—; mantendré los ojos bien abiertos”. “Pero con calma, ¿eh? —imploró con ansiedad—. Sería terrible para su reputación si alguien aquí...”. Prometí completa discreción con gran seriedad. “Tengo una canoa y tres muchachos negros esperando no muy lejos. Me voy. ¿Me podría dar algunos cartuchos Martini-Henry?”. Podía y se los di, con la debida reserva. Guiñándome un ojo se sirvió él mismo un puñado de mi tabaco.



“Entre marinos, ya sabe, buen tabaco inglés”. Cuando estaba en la puerta de la garita del timonel dio media vuelta. “Digo que, ¿no tendrá usted un par de zapatos de sobra?”. Levantó una pierna. “Mire”. Las suelas estaban atadas con cuerdas anudadas bajo sus desnudos pies a modo de sandalias. Desenterré un viejo par, que miró con admiración antes de metérselo bajo el brazo izquierdo. Uno de sus bolsillos (rojo brillante) estaba repleto de cartuchos, del otro (azul oscuro) asomaba la *Investigación* de Towson, etc. Parecía creerse excelentemente bien equipado para un nuevo encuentro con la selva. “¡Ah! Nunca, nunca volveré a encontrar a un hombre semejante. Tendría que haberle oído recitar poesía; era suya además; él me lo dijo. ¡Poesía!”. Hizo girar sus ojos ante el recuerdo de esas delicias. “Ah, él ensanchó mi espíritu”. “Adiós”, dije yo. Me estrechó la mano y desapareció en la noche. A veces me pregunto si realmente le llegué a ver alguna vez, si era posible encontrarse con semejante fenómeno...

»Cuando poco después de medianoche me desperté, su advertencia me vino a la mente, con su insinuación de peligro que parecía, en la estrellada oscuridad, lo bastante real como para hacerme levantar con el propósito de echar una ojeada a mi alrededor. En la colina ardía un gran fuego que iluminaba intermitentemente una esquina deformada de la casa de la estación. Uno de los agentes, con un piquete de unos cuantos negros de los nuestros, armados al efecto, montaba guardia junto al marfil; pero en la profundidad del bosque, destellos rojos que fluctuaban, que parecían hundirse y surgir de la tierra en medio de confusas sombras con forma de columnas de intensa negrura, mostraban la posición exacta del campamento en que los adoradores del señor Kurtz mantenían su inquieta vigilia. El monótono son de un gran tambor llenaba el aire de apagadas sacudidas y de una prolongada vibración. El continuo zumbido de muchos hombres, cantando cada uno para sí algún misterioso conjuro, salía del liso y negro muro del bosque, como sale el zumbido de las abejas de una colmena, y actuaba como un extraño narcótico sobre mis sentidos adormecidos. Creo que me quedé traspuesto apoyado sobre la barandilla, hasta que un abrupto estallido de alaridos, una erupción sobrecogedora de un frenesí reprimido y misterioso me despertó llenándome de un desconcertante asombro. Se cortó de repente, y el débil zumbido continuó con un efecto de silencio audible y tranquilizador. Lancé una mirada casual al interior de la pequeña cabina. Dentro de ella ardía una luz, pero el señor Kurtz no estaba allí.

»Creo que habría armado un estrépito si hubiera dado crédito a mis ojos. Pero al principio no se lo di, tan imposible parecía todo aquello. El hecho es que yo estaba completamente acobardado, presa de terror puro y ciego, de horror puramente abstracto, sin conexión con ninguna forma

clara de peligro físico. Lo que hacía esa emoción tan abrumadora era, ¿cómo lo definiría?, la conmoción moral que recibí, como si algo absolutamente monstruoso, intolerable para el pensamiento y odioso para el alma, se me hubiera venido encima inesperadamente. Naturalmente, esto duró una pequeñísima fracción de segundo, y después la sensación moral de peligro mortal, corriente, la posibilidad de un repentino ataque y de una matanza, o de algo por el estilo, que yo veía inminente, fue tranquilizadora y favorablemente acogida. En efecto, me calmó tanto, que no di la alarma.

»Había un agente vestido con un levitón abrochado hasta arriba que dormía en una silla sobre la cubierta a tres pies de mí. Los alaridos no le habían despertado; roncaba muy ligeramente; le dejé entregado a sus sueños y salté a tierra. No traicioné al señor Kurtz: estaba dispuesto que nunca le traicionaría; estaba escrito que guardaría lealtad a la pesadilla que había elegido. Estaba impaciente por habérmelas con aquella sombra por mí mismo, a solas, y aún hoy ignoro por qué no quería compartir con nadie la peculiar negrura de aquella experiencia.

»Tan pronto como salté a la orilla vi un rastro, un ancho rastro a través de la hierba. Recuerdo la exultación con que me dije a mí mismo: “No puede andar, va a cuatro patas: ya le tengo”. La hierba estaba húmeda de rocío. Caminé a zancadas con rapidez y con los puños cerrados. Imagino que tenía la vaga idea de caer sobre él y darle una paliza. No sé. Tuve algunos pensamientos imbéciles. La vieja mujer que hacía punto con el gato se entrometía en mi memoria como una persona de lo más impropia para estar sentada al otro extremo de un asunto como éste. Vi una hilera de peregrinos arrojando plomo a chorros al aire, con los Winchesters apoyados en la cadera. Pensé que nunca volvería al vapor, y me imaginaba a mí mismo viviendo solo e inerte en los bosques hasta una edad avanzada. Cosas así de estúpidas, ya sabéis. Y recuerdo que confundía el son del tambor con el latido de mi corazón, y me agradaba su tranquila regularidad.

»Sin embargo, no me aparté del rastro; luego me detuve a escuchar. La noche estaba muy despejada; un espacio azul oscuro, con destellos de rocío y la luz de las estrellas, en el que las cosas negras permanecían muy quietas. Creía poder distinguir una especie de movimiento delante de mí. Estaba extrañamente seguro de todo aquella noche. Incluso abandoné el rastro y corrí en un amplio semicírculo (creo realmente que riéndome para mis adentros) para ir a salir delante de aquella agitación, de aquel movimiento que había visto (si realmente había visto algo). Estaba rodeando a Kurtz como si se tratara de un juego infantil.

»Me topé con él y, si no me hubiera oído llegar, habría además caído

sobre él, pero se levantó a tiempo. Se puso en pie, inseguro, alto, pálido, confuso, como un vapor exhalado por la tierra, y se tambaleó ligeramente delante de mí, nebuloso y callado, mientras a mi espalda los fuegos asomaban por entre los árboles y del bosque brotaba el murmullo de muchas voces. Le había cortado el camino hábilmente; pero al hacerle verdaderamente frente parecí recobrar mis sentidos, vi el peligro en su justa dimensión. Aún no había pasado, ni mucho menos. ¿Supón que empiece a gritar? Aunque apenas si podía mantenerse en pie, su voz estaba llena de vigor. “Váyase, escóndase”, dijo en aquel tono profundo. Aquello era tremendo. Miré de reojo hacia atrás. Estábamos a unas treinta yardas del fuego más próximo. Una figura negra se levantó y dio unas zancadas con sus largas piernas negras a través del resplandor, al tiempo que agitaba unos largos brazos negros. Tenía cuernos —cuernos de antílope, creo— en la cabeza. Sin duda se trataba de algún brujo, de algún hechicero: tenía un aspecto totalmente diabólico. “¿Sabe usted lo que está haciendo?”, susurré. “Perfectamente”, respondió, alzando la voz para pronunciar esa única palabra. Me sonó lejana y a la vez fuerte, como una llamada a través de un megáfono. Si arma un escándalo estamos perdidos, pensé para mis adentros. Claramente, éste no era un caso para resolverlo a puñetazos, aparte, incluso, de la natural aversión que yo sentía por golpear a aquella sombra, a aquella cosa errante y atormentada. “Estará usted perdido, absolutamente perdido”, dije. De vez en cuando uno recibe esas ráfagas de inspiración, ya sabéis. Dije la cosa adecuada porque, a decir verdad, no podría haber estado más irremisiblemente perdido de lo que estaba en aquel preciso momento, mientras se iban poniendo los cimientos de nuestra intimidación: para resistir, para resistir incluso hasta el final, incluso hasta más allá del final.

»“Tenía planes inmensos”, murmuró con indecisión. “Sí —dije yo—; pero si trata de gritar le aplastaré la cabeza con...”. No había ni un palo ni una piedra cerca. “Le estrangularé”, me corregí. “Estaba en el umbral de grandes cosas”, suplicó con voz de ansiedad, en un tono tan anhelante que hizo que se me helara la sangre. “Y ahora, por ese estúpido canalla...”. “En cualquier caso su éxito en Europa está asegurado”, dije con resolución. No quería verme obligado a ahogarle, ¿comprendéis?, y realmente habría sido de muy poca utilidad para, ningún fin práctico. Traté de romper el hechizo, el pesado y mudo hechizo de la selva, que parecía atraerle hacia su despiadado seno despertando en él instintos brutales y olvidados, trayéndole a la memoria pasiones monstruosas y satisfechas. Sólo esto, estaba convencido, le había llevado al borde del bosque, a la maleza, hacia el resplandor de fuegos, el latido de tambores, el zumbido de conjuros extraños; sólo esto había conducido a su alma

inmortal más allá de los confines de las aspiraciones permitidas. Y, ¿no os dais cuenta?, lo terrible de la situación no era ser golpeado en la cabeza (aunque también tenía una sensación muy viva de ese peligro), sino que tenía que enfrentarme a un ser al que no podía apelar en nombre de nada noble o bajo. Tenía incluso, igual que los negros, que invocarle a él mismo, a su propia degradación increíble y exaltada. No había nada ni sobre él ni debajo de él, y yo lo sabía. Se había desprendido de la tierra a puntapiés. ¡Maldito sea! Había hecho añicos la tierra misma a puntapiés. Estaba solo, y yo, ante él, no sabía si tenía los pies en el suelo o si flotaba en el aire. Os he ido contando lo que dijimos, repitiéndoos las frases que pronunciamos, pero ¿de qué sirve eso? Eran palabras corrientes de todos los días, los sonidos familiares, vagos, que se intercambian cada día de vida que amanece. Pero ¿y qué? Para mí, tenían tras de sí el terrible poder de sugestión de palabras oídas en sueños, de frases dichas en pesadillas. ¡Alma! Si alguien ha luchado jamás con un alma, ése soy yo. Y tampoco es que estuviera discutiendo con un lunático. Me creáis o no, su inteligencia era perfectamente clara; concentrada sobre sí mismo con horrible intensidad, es cierto, pero clara de todos modos; y en ella residía mi única oportunidad, exceptuando, claro está, el matarle allí y en aquel instante, lo cual no era muy conveniente, habida cuenta del inevitable ruido. Pero su alma estaba loca. Al encontrarse sola en la selva había mirado dentro de sí misma y, ¡santo cielo!, os lo aseguro, se había vuelto loca. Yo mismo tuve que pasar, supongo que a causa de mis pecados, por la dura prueba de mirar en su interior. Ninguna elocuencia hubiera sido capaz de marchitar la propia fe en la humanidad como lo hizo su explosión final de sinceridad. Luchaba también consigo mismo. Lo vi; lo oí. Vi el inconcebible misterio de un alma que no conocía el freno, ni fe, ni miedo, y que, no obstante, luchaba ciegamente consigo misma. Conseguí bastante bien no perder la cabeza; pero cuando finalmente le tuve tendido sobre el lecho, me enjugué la frente, mientras mis piernas temblaban bajo mi peso como si hubiera transportado media tonelada sobre mis espaldas desde lo alto de aquella colina. Y, sin embargo, sólo le había sostenido, con su huesudo brazo apretado alrededor de mi cuello... y no era mucho más pesado que un niño.

»Cuando al día siguiente partimos a mediodía, la multitud, de cuya presencia detrás de la cortina de árboles yo había sido vivamente consciente durante todo el tiempo, volvió a salir de la selva, llenó el claro y cubrió la pendiente de una masa de cuerpos de bronce desnudos que respiraban y temblaban. Aumenté algo la presión, después viré río abajo, y dos mil ojos siguieron las evoluciones del fiero demonio del río, chapoteante y aporreante, que golpeaba el agua con su rabo terrible y

exhalaba al aire un negro humo. Delante de la primera fila, en la orilla del río, tres hombres, embadurnados con tierra roja de pies a cabeza, se contoneaban nerviosamente de un lado para otro. Cuando llegamos de nuevo frente a ellos, miraban en dirección al río, pateaban el suelo, meneaban sus cabezas decoradas con cuernos y balanceaban sus cuerpos color escarlata; agitaban un manojo de plumas negras y una piel sarnosa con un rabo colgante (algo que parecía una calabaza seca) hacia el fiero demonio del río; periódicamente, gritaban todos juntos sartas de palabras asombrosas que no tenían ningún parecido con sonidos de un lenguaje humano; y los profundos murmullos de la multitud, que repentinamente se interrumpían, eran como las respuestas del coro de alguna letanía satánica.

»Habíamos llevado a Kurtz a la garita del timonel: había más aire allí. Él miraba fijamente a través del postigo abierto mientras yacía sobre el lecho. Se produjo un remolino en la masa de cuerpos humanos, y la mujer con la cabeza en forma de yelmo y curtidas mejillas se precipitó hasta el mismo borde del agua. Extendió sus manos hacia fuera, gritó algo, y toda aquella multitud salvaje continuó el grito en un coro rugiente de lenguaje articulado, rápido y sofocado.

»“¿Entiende usted esto?”, pregunté.

»Él continuó mirando fuera, por encima de mí, con ojos ardientes y añorantes, con una expresión que mostraba una mezcla de anhelo y de odio. No dio ninguna respuesta, pero vi aparecer una sonrisa de significado indefinible en sus labios descoloridos, que un momento más tarde se crisparon convulsivamente. “Cómo no”, dijo lentamente, jadeante, como si las palabras le hubieran sido arrancadas por un poder sobrenatural.

»Tiré del cordón de la sirena, y lo hice porque vi que los peregrinos en la cubierta sacaban sus rifles como si esperaran una bonita diversión. Ante el súbito silbido se produjo un movimiento de abyecto terror a través de aquella apretada masa de cuerpos. “¡No! No les ahuyente”, gritó alguien en la cubierta desconsoladamente. Tiré del cordón una y otra vez. Se separaban y corrían, saltaban, se agachaban, hurtaban el cuerpo, esquivaban el terror volador del sonido. Los tres hombres rojos habían caído de bruces y yacían boca abajo en la orilla, como si les hubieran matado. Sólo la bárbara y soberbia mujer no retrocedió ni un milímetro y extendió trágicamente sus brazos desnudos hacia nosotros sobre el sombrío y reluciente río.

»Y entonces aquella imbécil muchedumbre de la cubierta comenzó su pequeña diversión, y yo no pude ver nada más a causa del humo.

—La parda corriente fluía con rapidez del corazón de la oscuridad, transportándonos río abajo hacia el mar al doble de la velocidad de nuestro ascenso; y también la vida de Kurtz fluía con rapidez, escapando, escapándose de su corazón hacia el mar del tiempo inexorable. El director estaba muy sosegado, ya no tenía preocupaciones vitales, nos abrazó a los dos en una mirada comprensiva y satisfecha; el “asunto” había resultado tan bien como cabía desear. Yo veía acercarse el momento en que quedaría como único partidario del “método erróneo”. Los peregrinos nos miraban con desaprobación. Se me contaba entre los muertos, por así decirlo. Es extraño cómo aceptaba yo esta asociación imprevista, esta selección de pesadillas que me había sido impuesta en la tierra tenebrosa invadida por aquellos mezquinos y codiciosos fantasmas.

»Kurtz peroraba. ¡Qué voz! ¡Qué voz! Resonó profunda hasta el final. Sobrevivió a sus fuerzas para ocultar en los espléndidos pliegues de la elocuencia la estéril oscuridad de su corazón. ¡Oh, cómo luchó! ¡Luchó! Los despojos de su fatigado cerebro se veían ahora perseguidos obsesivamente por imágenes difuminadas; imágenes de riquezas y de fama dando vueltas obsequiosamente alrededor de su inextinguible don de la expresión noble y majestuosa. Mi prometida, mi estación, mi profesión, mis ideas: aquéllos eran los temas de las ocasionales manifestaciones de sentimientos elevados. La sombra del Kurtz original frecuentaba la cabecera de aquella hueca imitación, cuyo destino era ser enterrado al poco tiempo en el moho de la tierra primigenia. Pero tanto el amor diabólico como el odio sobrenatural de los misterios en que había penetrado luchaban por la posesión de aquella alma saciada de emociones primitivas, ávida de falsa fama; de distinción fingida, de todas las apariencias del éxito y del poder.

»A veces era despreciablemente infantil. Soñaba con que le salieran al encuentro reyes en las estaciones de ferrocarril, a su regreso de algún lúgubre Ningún Lugar donde pretendía llevar a cabo grandes cosas. “Usted demuéstreles que posee algo que es realmente beneficioso, y entonces el reconocimiento de su talento no tendrá límites —solía decir—. Por supuesto, debe usted tener cuidado al escoger los motivos, siempre motivos justos”. Los largos tramos, que parecían todos el mismo, las curvas monótonas, que eran todas exactamente iguales, se deslizaban al lado del vapor con su multitud de árboles seculares que observaban pacientemente el paso de este mugriento fragmento de otro mundo, el precursor del cambio, de la conquista, del comercio, de masacres, de bendiciones. Yo miraba hacia adelante mientras llevaba el timón. “Cierre el postigo —dijo Kurtz un día de repente—; no puedo soportar ver todo esto”. Así lo hice. Hubo un silencio. “¡Oh, pero todavía pienso retorcerte el corazón!”, gritó hacia la selva invisible.

»Tuvimos una avería, tal como yo había supuesto, y nos vimos obligados a detenernos, para reparar el barco, en la punta de una isla. Esta demora fue lo primero que conmovió la confianza de Kurtz. Una mañana me entregó un paquete de papeles y una fotografía; todo ello atado con un cordón de zapato. “Guárdeme esto —dijo—. Ese loco pernicioso —refiriéndose al director— es capaz de husmear en mis cajas cuando yo no le vea”. Le vi por la tarde. Estaba tumbado boca arriba con los ojos cerrados, y yo me retiré silenciosamente, pero le oí murmurar: “Vivir rectamente, morir, morir...”, escuché. No se oyó nada más. ¿Estaba ensayando algún discurso en sueños o se trataba de un fragmento de una frase de algún artículo de periódico? Él había escrito para periódicos y tenía la intención de volverlo a hacer “para la difusión de mis ideas. Es un deber”.

»La suya era una oscuridad impenetrable. Le miré como uno observa a un hombre que yace en el fondo de un precipicio donde el sol no brilla nunca. Pero no tenía mucho tiempo que dedicarle, porque estaba ayudando al maquinista a desmontar los cilindros averiados, a enderezar una biela torcida y otras cosas por el estilo. Vivía en medio de una confusión infernal de herrumbre, limaduras, tuercas, pernos, llaves, martillos, trinquetes, cosas que detesto porque no me entiendo bien con ellas. Yo me ocupaba de una pequeña forja que afortunadamente teníamos a bordo; trabajaba fatigosamente en un maldito cúmulo de desperdicios, a menos que tuviera escalofríos demasiado fuertes para poder permanecer de pie.

»Al entrar una noche con una vela, me quedé maravillado cuando le oí decir, con voz algo temblorosa: “Yazgo aquí, en la oscuridad, esperando a la muerte”. La luz estaba a menos de un pie de sus ojos. Meforcé a mí mismo a murmurar: “¡Oh tonterías!” y permanecí de pie a su lado como transido.

»No había yo visto nunca nada parecido al cambio que sobrevino en sus facciones, y espero no volverlo a ver. Oh, no me conmovió. Me fascinó. Fue como si se hubiera desgarrado un velo. En aquella cara de marfil vi la expresión del orgullo sombrío, del poder despiadado, del terror pavoroso; de una desesperación intensa y desesperanzada. ¿Estaba acaso viviendo de nuevo su vida en cada detalle de deseo, tentación y renuncia durante aquel momento supremo de total conocimiento? Gritó en susurros a alguna imagen, a alguna visión; gritó dos veces, un grito no más fuerte que una exhalación:

“¡El horror! ¡El horror!”.

»Apagué la vela de un soplo, abandoné la cabina. Los peregrinos estaban cenando en el comedor, y yo tomé asiento frente al director, quien

levantó los ojos para dirigirme una mirada inquisitiva que conseguí ignorar. Él se echó hacia atrás, sereno, con aquella peculiar sonrisa suya que sellaba las profundidades inexpresadas de su mezquindad. Una continua lluvia de pequeñas moscas se movía con rapidez por encima de la lámpara, sobre el mantel, sobre nuestras caras y nuestras manos. De pronto el muchacho del director asomó su insolente cabeza negra por la puerta, y dijo en un tono de áspero desdén:

»“Señor Kurtz. Él muerto”.

»Todos los peregrinos se precipitaron fuera para verlo. Yo permanecí allí y continué con mi cena. Creo saber que se me consideró brutalmente insensible por aquello. No obstante, no comí mucho. Allí había una lámpara, luz, ¿sabéis?, y fuera todo estaba tan oscuro, tan bestialmente oscuro. No me volví a acercar al hombre extraordinario que había emitido juicio sobre las aventuras de su alma en esta tierra. La voz se había ido. ¿Qué más había habido allí? Pero naturalmente estoy enterado de que al día siguiente los peregrinos enterraron algo en un agujero enfangado.

»Y después estuvieron a punto de enterrarme a mí.

»No obstante, como veis, yo no fui a unirme con Kurtz allí y entonces. No lo hice. Me quedé para soñar la pesadilla hasta el final y para demostrar mi lealtad hacia Kurtz una vez más. El destino. ¡Mi destino! La vida es una bufonada: esa disposición misteriosa de implacable lógica para un objetivo vano. Lo más que se puede esperar de ella es un cierto conocimiento de uno mismo, que llega demasiado tarde, y una cosecha de remordimientos inextinguibles. Yo he luchado a brazo partido con la muerte. Es la disputa menos emocionante que podáis imaginar. Tiene lugar en una indiferencia impalpable, sin nada bajo los pies, sin nada alrededor, sin espectadores, sin clamor, sin gloria, sin el gran deseo de la victoria, sin el gran miedo de la derrota, en una atmósfera enfermiza de tibio escepticismo, sin demasiada fe en tu propio derecho, y todavía menos en el del adversario. Si tal es la forma de la sabiduría última, entonces la vida es un enigma mayor de lo que la mayoría de nosotros cree. Estuve a menos de un paso de la última oportunidad de pronunciarme, y descubrí con humillación que probablemente no tendría nada que decir. Ésta es la razón por la que afirmo que Kurtz era un hombre fuera de lo normal. Él tenía algo que decir. Lo dijo. Como yo me había asomado al borde, comprendo mejor el significado de su mirada fija, que no podía ver la llama de la vela, pero era lo bastante amplia como para abarcar a todo el universo, lo bastante penetrante como para introducirse en todos los corazones que laten en la oscuridad. Él había recapitulado; había juzgado. “¡El horror!”. Era un hombre extraordinario. Después de todo, aquélla era la expresión de algún tipo de creencia; tenía candor, tenía convicción,



había en su susurro una nota vibrante de rebeldía; tenía el espantoso rostro de una verdad entrevista, la extraña mezcla de deseo y odio. Y no es mi propia situación extrema lo que mejor recuerdo: una visión de indiferencia sin forma, llena de dolor físico, y un desprecio despreocupado por lo efímero de todas las cosas, incluso de mi mismo dolor. ¡No! Es su situación extrema la que me parece haber vivido. Es cierto, él había dado aquel último paso, había traspasado el borde, mientras a mí se me había permitido retirar mi vacilante pie. Y tal vez en eso resida toda la diferencia; tal vez toda la sabiduría, toda la verdad y toda la sinceridad están comprimidas en ese inapreciable momento del tiempo en que traspasamos el umbral de lo invisible. ¡Tal vez! Me hago la ilusión de que mi recapitulación no habría sido una palabra de indiferente desprecio. Mejor su grito, mucho mejor. Fue una afirmación, una victoria moral, lograda a costa de innumerables derrotas, de terrores abominables, de satisfacciones abominables. ¡Pero era una victoria! Por eso es por lo que he permanecido fiel a Kurtz hasta el final, e incluso hasta más allá, cuando mucho tiempo después oí de nuevo, no su propia voz, sino el eco de su magnífica elocuencia que me era devuelto por un alma tan translúcidamente pura como un risco de cristal.

»No, no me enterraron, aunque hay un período de tiempo que recuerdo borrosamente, con un asombro estremecedor, como un viaje a través de algún mundo inconcebible en el que no hubiera ni esperanza ni deseo<sup>[26]</sup>. Me encontré de regreso en la ciudad sepulcral donde me molestaba la vista de la gente apresurándose por las calles para sacarse un poco de dinero unos a otros, para devorar sus infames alientos, para tragar su insalubre cerveza, para soñar sus insignificantes y estúpidos sueños. Se entrometían en mis pensamientos. Eran intrusos cuyo conocimiento de la vida era para mí una irritante pretensión, porque yo estaba seguro de que era imposible que supieran las cosas que yo sabía. Su conducta, que era simplemente la conducta de individuos vulgares ocupándose de sus negocios con la certeza de una perfecta seguridad, era ofensiva para mí, como ultrajantes ostentaciones de insensatez ante un peligro que es incapaz de comprender. No tenía ningún deseo especial de ilustrarles, pero me resultaba bastante difícil contenerme y no reírme en sus caras, tan llenas de estúpida importancia. Tal vez yo no estuviera muy bien en aquella época. Iba tambaleándome por las calles (había varios asuntos que resolver), haciendo muecas amargas a personas perfectamente respetables. Admito que mi comportamiento era inexcusable, pero ocurría que mi temperatura en aquellos días rara vez era normal. Los esfuerzos de mi querida tía por “restablecer mis fuerzas” parecían absolutamente fallidos. No eran mis fuerzas las que requerían cuidados, sino mi

imaginación la que necesitaba consuelo. Conservaba el manojito de papeles que Kurtz me había dado, sin saber exactamente qué hacer con él. Su madre había muerto recientemente, asistida, según me contaron, por la prometida de Kurtz. Un hombre pulcramente afeitado, de porte oficial y que llevaba gafas con montura de oro, vino a verme un día y me hizo preguntas, al principio tortuosas, más tarde cortésmente apremiantes, acerca de lo que él gustaba de denominar ciertos “documentos”. No me sorprendió, porque había tenido ya dos altercados con el director a ese respecto cuando estaba allí lejos. Me había negado a entregar ni un solo papel de aquel paquete y adopté la misma actitud con el hombre de las lentes. Al final adoptó una expresión sombríamente amenazadora, y con mucho acaloramiento arguyó que la compañía tenía derecho a conocer hasta la más nimia información acerca de sus “territorios”. Y dijo: “Los conocimientos del señor Kurtz sobre regiones inexploradas deben de haber sido necesariamente extensos y peculiares, gracias a su enorme capacidad y a las deplorables circunstancias en las que se había visto situado; por lo tanto...”. Le aseguré que los conocimientos del señor Kurtz, si bien eran extensos no versaban sobre los problemas del comercio o de la administración. Invocó entonces el nombre de la ciencia. “Sería una incalculable pérdida si...”, etc. Le ofrecí el informe sobre la “Supresión de las Costumbres Salvajes”, con la posdata arrancada. Lo cogió ávidamente, pero acabó por dejarlo con un aire de desprecio. “Esto no es lo que teníamos derecho a esperar”, observó. “No espere nada más —dije—. Sólo hay correspondencia privada”. Se retiró amenazando con iniciar un proceso judicial y no le volví a ver; pero otro individuo, que dijo ser primo de Kurtz, se presentó dos días más tarde, ansioso por oír todos los detalles sobre los últimos momentos de su querido pariente. De un modo accidental me dio a entender que Kurtz había sido esencialmente un gran músico. “Tenía madera de triunfador”, dijo el hombre, que era organista, creo, y cuyo pelo gris caía sobre el grasiento cuello de su chaqueta. No tenía ningún motivo para dudar de su afirmación; y aún hoy soy incapaz de decir cuál era la profesión de Kurtz, si alguna vez tuvo alguna, y cuál era el mayor de sus talentos. Yo le había tomado por un pintor que escribía para los periódicos o por un periodista que sabía pintar, pero ni siquiera el primo (que tomaba rapé durante la entrevista) pudo decirme qué había sido exactamente. Era un genio universal; en ese punto yo estaba de acuerdo con aquel anciano personaje, que acto seguido se sonó ruidosamente la nariz con un gran pañuelo de algodón y se retiró en agitación senil, llevándose algunas cartas de familia y notas sin importancia. Por último, apareció un periodista, ansioso por saber algo del destino de su “querido colega”. Este visitante me informó que la esfera

propia de Kurtz debería haber sido la política “en su dimensión popular”. Tenía unas cejas peludas y rectas, pelo hirsuto y muy corto, un monóculo colgado de una cinta ancha, y, adoptando un tono campechano, confesó que, en su opinión, Kurtz realmente no sabía escribir; “pero ¡cielos!, ¡cómo hablaba! Electrizzaba a las masas. Tenía fe, ¿ve usted?, tenía fe. Podía hacerse creer a sí mismo cualquier cosa, cualquier cosa. Habría sido un espléndido líder de un partido extremista”. “¿De qué partido?”, pregunté. “De cualquier partido”, respondió el otro. “Era un... un extremista”. ¿No pensaba yo lo mismo? Asentí. ¿Sabía yo, me preguntó con una repentina muestra de curiosidad, “qué fue lo que le indujo a irse allí”? “Sí”, dije, y en el acto le entregué el famoso Informe para que fuera publicado, si lo consideraba adecuado. Lo hojeó apresuradamente, hablando entre dientes todo el tiempo, le pareció que “podría servir” y se marchó con el botín.

»Así que me quedé al fin con un delgado paquete de cartas y el retrato de la muchacha. Me impresionó por su belleza; quiero decir que tenía una bella expresión. Ya sé que también se puede hacer que la luz del sol mienta. Sin embargo, uno tenía la sensación de que ninguna manipulación de la luz o de la pose podría haber transmitido ese delicado matiz de veracidad sobre aquellos rasgos. Parecía dispuesta a escuchar sin reserva mental, sin recelo, sin un solo pensamiento para sí misma. Decidí que iría y le devolvería su retrato y esas cartas personalmente. ¿Curiosidad? Sí, y también algunos otros sentimientos; quizá. Todo lo que había sido de Kurtz se había ido de mis manos: su alma, su cuerpo, su estación, sus planes, su marfil, su carrera. Sólo quedaba su memoria y su prometida, y yo quería entregar eso también, de algún modo, al pasado, entregar personalmente todo lo que en mí quedaba de él a ese olvido que es la última palabra de nuestro común destino. No me estoy defendiendo. No tenía una idea clara de qué era lo que yo quería realmente. Tal vez fuera un impulso de lealtad inconsciente o el cumplimiento de una de esas necesidades irónicas que acechan en los lechos de la existencia humana. No sé. No podría decirlo. Pero fui.

»Yo pensaba que su recuerdo era como los recuerdos de otros muertos que se acumulan en la vida de todos los hombres: una vaga impronta en el cerebro de sombras que han caído en él en su paso veloz y final; pero delante de la alta y pesada puerta, entre las elevadas casas de una calle tan tranquila y decorosa como el vial bien cuidado de un cementerio, de repente le vi sobre la camilla, abriendo la boca vorazmente, como para devorar la tierra entera con toda la humanidad. En aquel momento estuvo vivo ante mí; estuvo tan vivo como nunca lo habla estado: una sombra, insaciable de espléndidas apariencias, de espantosas realidades; una sombra más oscura que la sombra de la noche y noblemente envuelta en el

manto de una espléndida elocuencia. La visión pareció entrar en la casa conmigo. La camilla, los portadores del fantasma, la salvaje muchedumbre de obedientes adoradores, la tenebrosidad de los bosques, el relucir del tramo entre los lóbregos recodos, el son del tambor, regular y apagado como el latido de un corazón..., el corazón de una oscuridad victoriosa. Era un momento de triunfo para la selva, un ataque invasor y vengativo que, me pareció, yo debería repeler sólo para la salvación de otra alma. Y el recuerdo de lo que le había oído decir allá lejos, con las formas cornudas agitándose a mis espaldas, en el resplandor de las hogueras, dentro de los pacientes bosques, aquellas frases entrecortadas volvieron a mí, se oyeron de nuevo en su ominosa y aterradora simplicidad. Recordé su abyecta súplica, sus abyectas amenazas, la colosal magnitud de sus viles deseos, la mezquindad, el tormento, la tempestuosa angustia de su alma. Y más tarde me pareció ver su aire lánguido y recoleto, cuando dijo un día: “Este lote de marfil ahora es realmente mío. La compañía no lo ha pagado. Lo reuní yo mismo con gran riesgo personal. Aunque me temo que tratarán de reclamarlo como suyo. ¡Hum! Es un caso difícil. ¿Qué cree usted que debería hacer? ¿Resistirme? ¿Eh? Sólo quiero justicia...”. Sólo quería justicia, sólo justicia. Llamé al timbre ante una puerta de caoba del primer piso, y, mientras esperaba, él parecía mirarme fijamente desde el entrepaño de cristal; mirarme con aquella amplia e inmensa mirada fija que abrazaba, condenaba, abominaba todo el universo. Me pareció oír el grito susurrado: “¡El horror! ¡El horror!”.

»El crepúsculo estaba cayendo. Tuve que esperar en un majestuoso salón con tres altas ventanas que desde el suelo llegaban hasta el techo y que parecían tres columnas luminosas y acortinadas. Las curvas indistintas de los retorcidos y dorados respaldos y patas de los muebles brillaban. La alta chimenea de mármol era de una blancura fría y monumental. Un piano de cola se levantaba imponente en un rincón, con oscuros destellos sobre las superficies planas, como un sarcófago sombrío y lustroso. Una puerta alta se abrió..., se cerró. Yo me levanté.

»Ella se adelantó hacia mí toda de negro, con la cabeza pálida, flotando en el crepúsculo. Estaba de luto. Había transcurrido más de un año desde su muerte, más de un año desde que llegó la noticia; parecía como si ella le fuera a recordar y llorar para siempre. Tomó mis dos manos entre las suyas y murmuró: “Me habían dicho que vendría usted”. Observé que no era demasiado joven, quiero decir que no era una chiquilla. Tenía una capacidad madura para la lealtad, para la fe, para el sufrimiento. La habitación parecía haberse ensombrecido aún más, como si toda la triste luz del nublado atardecer se hubiera refugiado en su frente. Aquellos cabellos rubios, aquel pálido rostro, aquella frente pura, parecían

rodeados de un halo ceniciento desde el cual los oscuros ojos me miraban. Su mirada era franca, profunda, segura y confiada. Llevaba su cabeza afligida como si estuviera orgullosa de aquella aflicción, como si fuera a decir: “Yo, yo soy la única que sabe llorarle como merece”. Pero, mientras estábamos todavía estrechándonos la mano, vino a su rostro tal expresión de espantosa desolación, que comprendí que ella era una de esas criaturas que no son juguetes del Tiempo. Para ella, él había muerto sólo ayer. Y, ¡por Júpiter!, la impresión era tan fuerte que a mí también me parecía que él había muerto sólo ayer..., y aún más, en aquel mismo minuto. Les vi a ella y a él en el mismo instante del tiempo: la muerte de él y el dolor de ella; vi el dolor de ella en el mismo momento de la muerte de él. ¿Entendéis? Les vi juntos, les oí juntos. Ella había dicho con la respiración contenida: “He sobrevivido”, mientras mis oídos tensos parecieron oír con nitidez el susurro recapitulador de la condenación eterna de él, mezclado con el tono de remordimiento desesperado de ella. Me preguntaba a mí mismo qué hacía allí, con una sensación de pánico en el corazón, como si hubiera caído en un lugar de crueles y absurdos misterios, que un ser humano no puede tolerar. Me indicó una silla. Nos sentamos. Yo coloqué el paquete con cuidado sobre la pequeña mesa y ella posó su mano sobre él... “Usted le conocía bien”, murmuró, después de un momento de silencio de duelo.

»—La intimidad crece de prisa allí lejos —dije yo—. Le conocía todo lo bien que puede un hombre conocer a otro.

»—Y usted le admiraba —dijo ella—. Era imposible conocerle y no admirarle ¿no?”.

»—Era un hombre extraordinario —dije yo vacilante. Entonces, ante la incitante firmeza de su mirada, que parecía estar a la espera de oír más palabras de mis labios, continué—: Era imposible no...

»—Amarle —concluyó ella con vehemencia, reduciéndome a un estado de estupefacta mudez—. ¡Qué cierto es! ¡Qué cierto es! ¡Pero piense usted que nadie le conocía tan bien como yo! Yo era la depositaria de toda su noble confianza. Le conocía mejor que nadie.

»—Usted le conocía mejor que nadie —repetí. Quizá fuera cierto. Pero la habitación se iba ensombreciendo con cada palabra que se pronunciaba, y solamente su frente, tersa y blanca, permanecía iluminada por la inextinguible luz de la fe y el amor.

»—Usted era su amigo —continuó—. Su amigo —repitió un poco más alto—. Debíó usted de serlo, cuando él le confió esto y le mandó aquí. Siento que puedo hablar con usted... y, ¡oh!, tengo que hacerlo. Quiero que sepa usted —usted que ha oído sus últimas palabras— que he sido digna de él... No es orgullo... ¡Sí! Me siento orgullosa de saber que yo le

comprendí mejor que nadie en el mundo..., él mismo me lo dijo. Y desde que su madre murió no tengo a nadie..., a nadie..., para..., para...

»Yo escuchaba. La oscuridad se hizo más profunda. No estaba siquiera seguro de que él me hubiera dado el envoltorio correcto. Más bien sospecho que quería que me ocupara de otro manojito de papeles suyos que, después de su muerte, vi examinar al director bajo una lámpara. Y la muchacha hablaba, aliviando su dolor en la certeza de obtener mi compasión; hablaba de la misma forma que beben los sedientos. Yo había oído que su compromiso con Kurtz no había sido aprobado por sus familiares. No era lo bastante rico, o algo así. Y realmente no sé si no habría sido un pobre indigente toda su vida. Él me había dado razones para inferir que había sido la impaciencia por su pobreza relativa lo que le había impulsado a marcharse allí.

»—... ¿Quién, habiéndole oído hablar una vez, no era amigo suyo? —estaba diciendo ella—. Él atraía a los hombres por lo que en ellos había de más valioso. —Me miró con intensidad—. Es el don de los grandes —continuó, y el sonido de su voz baja parecía ir acompañado de todos los otros sonidos, llenos de misterio, desolación y aflicción que yo había oído en mi vida: el murmullo del río, el suspirar de los árboles mecidos por el viento, el zumbido de las multitudes, el débil rumor de palabras incomprensibles gritadas desde lejos, el susurro de una voz hablando desde más allá del umbral de una oscuridad eterna—. ¡Pero usted le ha oído! ¡Usted lo sabe!

»—Sí, lo sé —dije yo, con algo como desesperación en el corazón, si bien me inclinaba ante aquella fe que había en ella, ante aquella ilusión grande y redentora que brillaba con un resplandor sobrenatural en la oscuridad, en la oscuridad triunfante de la que yo no la podría haber defendido; de la que no podía siquiera defenderme a mí mismo.

»—¡Qué pérdida para mí..., para nosotros! —se corrigió con hermosa generosidad; después añadió en murmullos—: Para el mundo. —Podía ver el brillo de sus ojos bajo el último centelleo del crepúsculo, estaban llenos de lágrimas, de lágrimas que no caerían.

»«He sido muy feliz, muy afortunada, me he sentido muy orgullosa —continuó—. Demasiado afortunada. Demasiado feliz durante algún tiempo. Y ahora voy a ser desdichada para..., para toda la vida.

»Se levantó; sus rubios cabellos parecían recoger toda la luz que aún quedaba en un resplandor de oro. Yo también me levanté.

»—Y de todo esto —continuó con melancolía—, de todas sus promesas, y de toda su grandeza, de su espíritu generoso, de su noble corazón, no queda nada..., nada excepto el recuerdo. Usted y yo...

»—Nosotros siempre le recordaremos —me apresuré a decir.

»—¡No! —exclamó—. Es imposible que todo esto se pierda, que semejante vida fuera sacrificada para no dejar nada... excepto aflicción. Usted conoce los grandes planes que tenía. Yo también los conocía, yo quizá no podía entenderlos, pero otros los conocían. Algo tiene que quedar. Sus palabras, por lo menos, no han muerto.

»—Sus palabras quedarán —dije yo.

»—Y su ejemplo —susurró para sus adentros—. Los hombres tenían esperanzas puestas en él..., su bondad brillaba en cada acto. Su ejemplo...

»—Cierto —dije yo—; su ejemplo también. Sí, su ejemplo. Lo olvidaba.

»—Pero yo no. No puedo... no puedo creer... todavía no. No puedo creer que nunca le volveré a ver, que nadie le volverá a ver nunca, nunca, nunca.

»Extendió los brazos como si fuera tras una figura que retrocede; los extendió, negros y con las pálidas manos cerradas, a través del desvaneciente y estrecho resplandor de la ventana. ¡No verle nunca! En aquel momento yo le veía con toda claridad. Veré a aquel elocuente fantasma mientras viva, y también la veré a ella, una sombra trágica y familiar, parecida en sus gestos a otra, también trágica y adornada con amuletos impotentes, extendiendo sus desnudos brazos morenos por encima del relampagueo de la corriente infernal, la corriente de las tinieblas. De repente dijo en voz baja: “Murió como había vivido”.

»—Su fin —dije yo, mientras bullía en mí una rabia sorda— fue digno de su vida en todos los aspectos.

»—Y yo no estaba con él —murmuró ella. Mi enojo cedió ante un sentimiento de infinita piedad.

»—Todo lo que fue posible hacer... —musité yo.

»—Ah, pero yo tenía más fe en él que nadie en el mundo, más que su propia madre, más que... él mismo. ¡Él me necesitaba! ¡A mí! Yo hubiera atesorado cada suspiro, cada palabra, cada señal, cada mirada.

»Sentí como una gélida opresión en el pecho. “No lo haga”, dije con voz ensordecida.

»—Perdóneme. Yo..., yo... le he llorado en silencio durante tanto tiempo..., en silencio... ¿Estuvo usted con él... hasta el final? Pienso en su soledad. Nadie a su lado que le comprendiera como yo le hubiera comprendido. Tal vez nadie que oyera...

»—Hasta el final —dije yo temblorosamente—, yo oí sus últimas palabras... —me detuve asustado.

»—Repítalas —murmuró en un tono acongojado—. Quiero..., quiero... algo..., algo... con... con lo que vivir.

»Estuve a punto de gritarle: “¿No las oye?”. El crepúsculo las estaba repitiendo en un persistente susurro a nuestro alrededor, en un susurro

que parecía hincharse amenazadoramente, como el primer susurro de un viento que se levanta. “¡El horror! ¡El horror!”.

»—Su última palabra... con la que vivir —insistió—. ¿No comprende usted que yo le amaba?... Le amaba. ¡Le amaba!

»Reuní todas mis fuerzas y hablé despacio.

»—La última palabra que pronunció fue... su nombre.

»Oí un débil suspiro y después mi corazón permaneció inmóvil, se detuvo como si le hubiera dado muerte un grito exultante y terrible, el grito del triunfo inconcebible y del dolor indescriptible. “Lo sabía..., ¡estaba segura!...”. Ella lo sabía. Estaba segura. La oí llorar; había ocultado su rostro entre las manos. Me parecía que la casa se iba a desplomar antes de que yo pudiera escapar, que el firmamento caería sobre mi cabeza. Pero no ocurrió nada. El firmamento no se viene abajo por semejante pequeñez. Me pregunto si se habría venido abajo si yo hubiera hecho a Kurtz la justicia que le era debida. ¿No había dicho él que únicamente quería justicia? Pero no pude. No pude decírselo. Hubiera sido demasiado oscuro..., todo demasiado oscuro...

Marlow cesó de hablar y se sentó aparte, confuso y se movió silencioso, en la postura de un Buda meditando. Nadie se movió durante algún tiempo. Hemos perdido el comienzo de “la marea”, dijo el director súbitamente. Levanté la cabeza. La desembocadura estaba bloqueada por un negro cúmulo de nubes, el apacible canalizo que conducía a los más remotos rincones de la tierra fluía sombrío bajo un cielo cubierto, parecía conducir hacia el corazón de una inmensa oscuridad.



# Cuadro Cronológico

## Vida y obra

Jósef Teodor Konrad Nalecz Korzeniowski nace en Berdyczew (Ucrania), el 3 de diciembre, en el seno de una familia polaca de la pequeña nobleza.

## 1857 Literatura, arte y cultura

Se publica *Madame Bovary*, de Flaubert.—Trollope: *Barchester Towers*.

## Historia

Los ingleses conquistan Catón.

## Historia

1858 Francia coloniza Cochinchina.

## Literatura, arte y cultura

1859 Marx: *Crítica de la economía política*.—Darwin: *El origen de las especies*.—Dostoyevski: *Stepachnikovo*.

## Historia

1860 Levantamiento carlista en La Rápita.—En Inglaterra se crean los Sindicatos.

## Vida y obra

Su padre es detenido en Varsovia, juzgado y condenado al exilio. La familia marcha a Vologda (Rusia).

## Literatura, arte y cultura

1861 Dostoyevski: *La casa de los muertos; Humillados y ofendidos*.—Dickens: *Grandes esperanzas*.—G. Eliot: *Silas Marner*.—J. y E. de Goncourt: *Sœur Philomène*.

## Historia

Da comienzo la Guerra de Secesión en EE. UU.—Emancipación de los siervos en Rusia.

## Literatura, arte y cultura

1862 Hugo: *Los miserables*.—Turgenev: *Padres e hijos*.—Flaubert: *Salammbó*.—Ruskin: *Unto this last*.

## Historia

Bismarck es nombrado primer ministro de Prusia.

### **Vida y obra**

Los Korzeniowski son trasladados a Czernikhov (Ucrania).—  
Algunos de sus familiares participan en la fallida insurrección polaca.

1863

### **Literatura, arte y cultura**

Muere Thackeray.

### **Historia**

Alianza de Rusia y Prusia para sofocar la insurrección patriota en Polonia.—Abolición de la esclavitud en EE. UU.

### **Literatura, arte y cultura**

Larousse inicia la publicación del *Grand Dictionnaire Universel du XIX siècle*.

1864

### **Historia**

Se funda la I Internacional.—Prusia inicia una guerra contra Dinamarca.

### **Vida y obra**

Muere su madre en Czernikkov.

1865

### **Historia**

Termina la Guerra de Secesión americana.—Asesinato de Lincoln.—Bismarck se reúne con Napoleón III.

### **Literatura, arte y cultura**

Dostoyevski: *Crimen y castigo*.

1866

### **Historia**

Prusia derrota a Austria en la Guerra de las Siete Semanas.

### **Vida y obra**

Vive con su padre en Lwów, en el Imperio austro-húngaro.

### **Literatura, arte y cultura**

Muere Baudelaire.—Dostoyevski: *El jugador*.—Zola: *Thérèse Raquin*.—Walter Bagehot: *The English Constitution*.—Marx: primer volumen de *Das Kapital*.—Máquina de escribir de Sholas y Deusmore.

1867

### **Historia**

Se crea la Confederación Alemana, regida por Prusia.

### **Literatura, arte y cultura**

Daudet: *Le petit chose*.

1868

### **Historia**

Revolución de Septiembre en España.—Abdicación de Isabel II.  
—Gladstone, primer ministro en Inglaterra.

### **Vida y obra**

Se traslada con su padre a Cracovia, donde éste muere pocos meses después.—Va por primera vez a la escuela.

### **Literatura, arte y cultura**

1869 Los hermanos Hyatt inventan el celuloide.—Flaubert: *L'éducation sentimentale*.—Tolstoi: *Guerra y paz*.—Dostoyevski: *El idiota*.—Stuart Mill: *Subjection of Women*.—Varlaine: *Fêtes galantes*.

### **Historia**

Apertura del Canal de Suez.

### **Literatura, arte y cultura**

Mueren Dickens y J. de Goncourt.

### **Historia**

1870 Guerra Franco-Prusiana.—Abdicación de Napoléon III y proclamación de la Tercera República.—Expedición de Stanley en busca de Livingstone desde Zanzíbar.

### **Vida y obra**

Empieza a ir al instituto. Su tío Thaddeus Bobrowski se hace cargo de su tutela.

### **Literatura, arte y cultura**

1871 Primera exposición de los Expresionistas en París.—Darwin: *El origen del hombre*.—Ruskin: *Sesame and Lilies*.

### **Historia**

Proclamación del Imperio alemán bajo Guillermo I.—Comuna de París.—Ascensión al trono de España de Amadeo I de Saboya.

### **Vida y obra**

Vive de nuevo en Lwów.

### **Literatura, arte y cultura**

1872 G. Eliot: *Middlemarch*.—Rimbaud: *Une saison en enfer*.—Dostoyevski: *Los endemoniados*.—Zola: *La Curée*.—Daudet: *Tartarín de Tarascón*.

### **Historia**

Tercera Guerra Carlista en España.

### **Literatura, arte y cultura**

Nietzsche: *El nacimiento de la tragedia*.

**1873** **Historia**

Formación del *Drei-Kaiser-Bund*.—Abdicación de Amadeo I y constitución de la Primera República Española.—Muere Livingstone en el Lago Tanganica.

**Vida y obra**

Abandona sus estudios y marcha a Marsella. Realiza sus primeros viajes como marinero.

**Literatura, arte y cultura**

**1874** Flaubert: *La tentation de Saint Antoine*.

**Historia**

Alfonso XII, rey de España.—Disraeli, primer ministro de Inglaterra.

**Literatura, arte y cultura**

Henry James se establece en Europa.

**Historia**

**1875** El Congreso de Gotha unifica los partidos obreros alemanes.—Derrota de los carlistas en Olot.—Stanley explora los lagos Tanganica y Victoria. Desde Tanganica inicia su viaje a lo largo del río Congo.

**Vida y obra**

Viaja, en barcos franceses, a las costas del Caribe.—Se ve complicado en una oscura empresa de contrabando de armas para la causa carlista en España.

**Literatura, arte y cultura**

**1876** Muere Baudelaire.—Wagner estrena la versión completa de *El anillo de los Nibelungos*.—Daudet: *Jack*.—Trollope: *The Prime Minister*.

**Historia**

Finalizan las guerras carlistas.—En Rusia se crea el Partido Socialista del Pueblo.—Leopoldo II de Bélgica funda la «Asociación Internacional Africana».

**Literatura, arte y cultura**

Tolstoi: *Anna Karenina*.—Henry James: *The American*. Zola: *L'assommoir*.

**Historia**

**1877** Isabel II regresa a España.—Inglaterra se anexiona el Transvaal

y se produce la primera Guerra Sudafricana.—La reina Victoria es nombrada Emperatriz de la India.—Guerra Ruso-Turca.

### **Vida y obra**

Se intenta suicidar en Marsella.—Desembarca en Inglaterra por primera vez.

### **Literatura, arte y cultura**

- 1878 Henry James: *The Europeans*.—Hardy: *The Return of the Native*.—S. Proudhomme: *La justice*.

### **Historia**

Congreso de Berlín.—Bismarck prohíbe el Partido Socialista.

### **Literatura, arte y cultura**

- 1879 Siemens construye el primer tren eléctrico.—Swan y Edison inventan la lámpara eléctrica de incandescencia.—H. James: *Daisy Miller*.—Meredith: *The Egoist*.

### **Vida y obra**

Aprueba el examen que le convierte en segundo oficial de la Marina de Su Majestad Británica.—Hace sus primeros viajes al Extremo Oriente: Australia, Singapur, Indonesia.

### **Literatura, arte y cultura**

- 1880 Se crea la Fundación Nobel.—Mueren George Eliot y Flaubert.—Dostoyevski: *Los hermanos Karamazov*.—Zola: *Nana*.—Maupassant y otros: *Les soirées de Médan*.

### **Historia**

Se proclama la República Boer de Transvaal.

### **Literatura, arte y cultura**

Muere Dostoyevski.—H. James: *Portrait of a Lady*.—Flaubert: *Bouvard et Pécuchet*.—A. France: *Le crime de Sylvestre Bonnard*.

- 1881 **Historia**

Los ingleses son derrotados por los Boers en Majuba Hill.—Asesinato del zar Alejandro II. Le sucede Alejandro III.—Austria firma un tratado con Serbia.

### **Literatura, arte y cultura**

Zola: *Pot-Bonille*.—Wagner estrena *Parsifal*.

- 1882 **Historia**

Formación de la Triple Alianza (entre Prusia, Austria e Italia).

- 1883**      **Literatura, arte y cultura**  
Mueren Turguenev, Marx y Wagner.—Trollope: *Autobiografía*.
- Vida y obra**  
Aprueba un segundo examen y se convierte en primer oficial de la Marina Británica.
- 1884**      **Literatura, arte y cultura**  
Daudet: *Sapho*.—Maupassant: *Contes du jour et de la nuit*.  
**Historia**  
Bélgica toma posesión oficial del Congo, cuya exploración ha sido llevada a cabo por Stanley.—Sufragio universal masculino en Inglaterra.
- Literatura, arte y cultura**  
Convención de Berna sobre los derechos internacionales de autor.—Muere Hugo.—Maupassant: *Bel Ami*.—Flaubert: *Par les champs et par les grèves*.—Engels publica el segundo volumen de *Das Kapital*.
- 1885**      **Historia**  
Conferencia de Berlín sobre las colonias.—Se confirma el dominio personal de Leopoldo II sobre el Estado Autónomo del Congo.
- Vida y obra**  
Adopta la nacionalidad británica (en agosto) y consigue finalmente el título de Capitán Mercante de la Marina Británica (en noviembre). Escribe una narración corta para la revista *Tit-Bits* (que no se publicará hasta más tarde en *London Magazine*).  
Marcha al Extremo Oriente, donde permanecerá por espacio de dos años.
- 1886**      **Literatura, arte y cultura**  
Tolstoi: *La muerte de Ivan Ilych*.—Rimbaud: *Les illuminations*.—Hardy: *The Mayor of Casterbridge*.—H. James: *The bostonians*; *The Princess Casamassima*.
- Literatura, arte y cultura**
- 1887**      Zola: *La Terre*.—Hardy: *The Woodlanders*.
- Vida y obra**  
Regresa a Londres.
- Literatura, arte y cultura**

- 1888 Wilde: *The Happy Prince and other Tales*.—Verlaine: *Les poètes maudits*; *Amour*. H. James: *The Aspern Papers*.—Nietzsche: *Ecce Homo*.—Maupassant: *Pierre et Jean*.

### **Historia**

El Káiser Guillermo II, sucesor de Guillermo I.—Stanley encuentra a Emin Pasha cerca del Lago Alberto.

### **Vida y obra**

- 1889 Tiene dificultades para encontrar trabajo y empieza a escribir su primera novela: *Almayer's Folly*.—Conoce a su tía Marguerite Poradowska.—Marcha al Congo.

### **Literatura, arte y cultura**

F. Madox Ford: *The Brown Owl*.

### **Vida y obra**

Regresa del Congo. Primeros síntomas de enfermedad.—Visita a su tío Thaddeus Bobrowski en Kazimierowska, donde pasa dos meses.

- 1890 **Literatura, arte y cultura**

Zola: *La bête humaine*.—Anatole France: *Thaïs*.

### **Historia**

Destitución de Bismarck.

### **Vida y obra**

Viaja a Suiza para someterse a tratamientos médicos.

### **Literatura, arte y cultura**

- 1891 Muere Rimbaud.—Hardy: *Tess of the D'Urbervilles*.—Wilde: *The Picture of Dorian Grey*; *Lord Arthur Savile's Crime*.—Nietzsche: *Así habló Zaratustra*.

### **Historia**

Alianza Franco-Rusa.

### **Literatura, arte y cultura**

- 1892 Zola: *La débâcle*.—Wilde: *Lady Windermere's Fan*.

### **Literatura, arte y cultura**

- 1893 Muere Maupassant.—G. B. Shaw: *The Philanderer*.

### **Vida y obra**

Realiza su último viaje en la Marina Mercante, a Australia.—En el viaje de regreso conoce a John Galsworthy y a Edward

- 1894 Sanderson.—Muere en Polonia su tío Thaddeus Bobrowski.—  
Conoce a Edward Garnett y a Unwin. Nuevo viaje a Suiza.—  
Conoce a Jessie George.
- Literatura, arte y cultura**  
Muere Stevenson.—W. B. Yeats: *The Land of Heart's Desire*.—  
Zola, primer volumen de *Los trois villes*.
- Historia**  
*Affaire Dreyfus* en Francia.—Asesinato del presidente Carnot.—  
Muere el zar Alejandro III. Le sucede Nicolás II.
- Vida y obra**  
Publicación de *Almayer's Folly*.—Viaja con frecuencia a París  
para visitar a Marguerite Poradowska.—Comienza a escribir *An  
Outcast of the Islands*.
- 1895 **Literatura, arte y cultura**  
Primera sesión cinematográfica en París.—S. Crane: *The Red  
Badge of Courage*.—Engels publica el tercer volumen de *Das  
Kapital*.
- Historia**  
Joseph Chamberlain, primer ministro en Inglaterra.—Se crea la  
*Confédération Générale du Travail*.
- Vida y obra**  
Publicación de *An Outcast of Islands*.—Contrae matrimonio con  
Jessie George y viaja con ella a Bretaña, donde trabaja en otra  
novela: *The Rescuer*. A su regreso a Inglaterra vive en Essex.—  
Conoce a Cunninghame Graham y a Stephen Crane.—Se separa  
de la editorial Unwin.
- 1896 **Literatura, arte y cultura**  
Muere E. de Goncourt.—Proust: *Les plaisirs et les jours* (con  
prólogo de Anatole France).—Hardy: *Jude the Obscure*.—Chejov:  
*Mi vida; La gaviota*.
- Vida y obra**  
Escribe relatos breves y continúa *The Rescuer*.—Empieza *Youth*.
- Literatura, arte y cultura**  
Muere Daudet.—Wells: *The Invisible Man*.—Chejov: *Tío Vania*.
- 1897 **Historia**  
El Transvaal y el Estado Libre de Orange se constituyen en  
unión independiente.



### **Vida y obra**

Vive sucesivamente con los Crane (en Ravensbrock, Surrey), con los Garnett (en Limpsfield, Surrey) y en Aldington (Kent). Kipling, Henry James y H. G. Wells viven también cerca de Aldington y Conrad se mantiene en contacto con ellos. En Limpsfield conoce a Ford Madox Ford, con quien empieza a colaborar en *The Inheritors*. Continúa trabajando en *The Rescuer*. Empieza *Lord Jim* y escribe *El corazón de las tinieblas*. —Atraviesa un período de dificultades económicas y trata inútilmente de conseguir un puesto para volver a navegar.

1898

### **Literatura, arte y cultura**

Zola: *J'accuse*.—Hardy: *Wessex Poems*.—Wells: *The War of the Worlds*.—Wilde: *The Ballad of Reading Gaol*.—Zola: *Paris*.

### **Historia**

Insurrección de Cuba y guerra entre España y Estados Unidos.

### **Vida y obra**

Conoce a G. B. Shaw.—Nace su hijo Borys.

### **Literatura, arte y cultura**

Tolstoi: *Resurrección*.—Gorki: *Foma Gordeyer*.—H. James: *The Awkward Age*.—Proust empieza a traducir las obras de Ruskin.

1899

### **Historia**

Comienzo de la Guerra de los Boers.—Conferencia de Paz de La Haya.—Nace el Partido Laborista en Inglaterra.

### **Vida y obra**

Termina y publica *Lord Jim*.—Muere su amigo Stephen Crane. —Viaja a Bélgica con F. Madox Ford y de regreso en Inglaterra comienzan a colaborar en *Romance*.—Escribe *Typhoon*.

1900

### **Literatura, arte y cultura**

Mueren Nietzsche y Ruskin.—W. B. Yeats: *The Shadowy Waters*. —B. Russell: *A Critical Exposition of the Philosophy of Leibniz*.—Freud: *La interpretación de los sueños*.

### **Vida y obra**

Conoce al editor Pinker, que le publica *Typhoon and other Stories*.—F. Madox Ford publica *Inheritors*.

### **Literatura, arte y cultura**

Hardy: *Poems of Past and Present*.—Wells: *The First Man on the Moon*.—Chejov: *Las tres hermanas*.

1901

### **Historia**

Muere la reina Victoria. Su sucesor es Eduardo VII.

### **Vida y obra**

Publica *Youth, a Narrative; and Two other Stories* (volumen que incluye *El corazón de las tinieblas*).—Empieza *Nostromo*.

### **Literatura, arte y cultura**

1902 Gide: *L'immoraliste*.—H. James: *The Wings of the Dove*.—Muere Zola.

### **Historia**

Final de la Guerra de los Bóers y paz de Verceniging.

### **Vida y obra**

Intenta continuar *The Rescuer*.—F. Madox Ford publica *Romance*.

### **Literatura, arte y cultura**

1903 G. B. Shaw: *Man and Superman*.—Zola: *Vérité*.—H. James: *The Ambassadors*.—H. G. Wells: *Mankind in the Making*.

### **Historia**

Congreso en Londres del Partido Obrero Social-Demócrata Ruso y división entre bolcheviques y mencheviques.

### **Vida y obra**

Jessie Conrad sufre un accidente y queda parcialmente inválida.—Frecuentes viajes a Londres.—Publicación de *Nostromo*.—Dificultades económicas.

### **Literatura, arte y cultura**

1904 E. M. Forster: *Where Angels Fear to Tread*.—W. B. Yeats: *In the Seven Woods*.—Hardy: primera parte de *The Dynasts*.—Muere Chejov.

### **Historia**

Guerra Ruso-Japonesa.

### **Vida y obra**

Después de la operación de Jessie pasan varios meses en Capri. Allí conoce al escritor Norman Douglas y al conde polaco Szembeck.—El gobierno británico le ofrece una suma de dinero que rechaza. Empieza a escribir *Chance*.—La adaptación al teatro de su relato *Tomorrow* se estrena con el título: *One Day More*.—Escribe narraciones cortas.

1905

### **Literatura, arte y cultura**

Wilde: *De profundis*.—G. B. Shaw: *Major Barbara*.

## **Historia**

Revolución en Rusia, sofocada por el gobierno zarista.

## **Vida y obra**

1906 Nace su hijo, John Alexander.—Pasa una temporada con F. Madox Ford (en Winchelsea) y con Galsworthy (en Londres).—Escribe *The Secret Agent*.—En diciembre viaja con su familia a Montpellier y visita a Marguerite Poradowska en París.

## **Literatura, arte y cultura**

A. France: *Vers les temps meilleurs*.—Freud se asocia con Jung.—W. B. Yeats: *The Poetical Works*.

## **Vida y obra**

1907 Enfermedad de su hijo Borys y breve estancia en Ginebra. De vuelta en Inglaterra alquila una casa a Someries (Bedfordshire) y empieza a escribir *Under Western Eyes*. Se publica *The Secret Agent*.

## **Literatura, arte y cultura**

F. Madox Ford: *Privy Seal*.—Joyce: *Chamber Music*.—Kipling: Premio Nobel.

## **Vida y obra**

Está enfermo y deprimido. Sus últimos libros no han gustado y tiene nuevas dificultades económicas.—Empieza a escribir sus «reminiscencias» para *English Review*, que edita F. Madox Ford.

## **Literatura, arte y cultura**

1908 F. Madox Ford comienza a editar *English Review*.—Primer Congreso Internacional de Psicoanálisis en Salzburgo.

## **Historia**

Austria se anexiona oficialmente Bosnia y Herzegovina. Leopoldo II de Bélgica convierte el Congo en colonia belga.

## **Vida y obra**

Decide no colaborar en *English Review* y rompe con F. Madox Ford.—Vuelve a vivir en Aldington (Kent). Continúa enfermo.—Escribe *'Twi'xt Land and Sea Tales* y termina *Under Western Eyes*.—F. Madox Ford abandona también *English Review*.

1909 **Literatura, arte y cultura**

Gide: *La porte étroite*.—André Gide funda la *Nouvelle Revue Française*.—Ezra Pound: *Personae*; *Exultations*.

## **Historia**

Peary explora el Polo Norte.

**Vida y obra**

Vive en Ashford (Kent) y escribe *Tales of Hearsay*.—Su salud empeora.

**Literatura, arte y cultura**

1910 Muere Tolstoi.—E. M. Forster: *Howard's End*.

**Historia**

Jorge V sucede en Inglaterra a Eduardo VII.—Inglaterra firma un tratado con Sudáfrica y se nombra a Louis Botha primer ministro sudafricano.

**Vida y obra**

Contrato con el periódico *New York Herald* para la publicación de *Chance*.—Galsworthy obtiene para Conrad dinero del gobierno británico.—Se publica *Under Western Eyes*.

1911 **Literatura, arte y cultura**

D. H. Lawrence: *The White Peacock*.

**Historia**

Amudsen explora el Polo Sur.

**Vida y obra**

Termina *Chance* en marzo y empieza a escribir *Victory* en mayo.—Se publican *The Secret Sharer* y *'Twiixt land and Sea*.—Conoce a Joseph Retinger, un patriota polaco.

1912 **Literatura, arte y cultura**

A. France: *Les dieux ont soif*.

**Historia**

Insurrección del Ulster.—Congreso de los bolcheviques en Ginebra.

**Vida y obra**

Bertrand Russell le visita en Kent.—Más tarde Conrad visita a Russell en Cambridge. Escribe *Within the Tides*.—Se publica *Chance*.

1913 **Literatura, arte y cultura**

Proust publica el primer volumen de *À la recherche du temps perdu*.—D. H. Lawrence: *Love Poems and Others; Sons and Lovers*.—G. B. Shaw: *Pygmalion*.—B. Russell: *Principia Mathematica*.

### **Vida y obra**

Termina y publica *Victory*. El éxito de esta novela contribuye a que mejore su situación económica.—Joseph Retinger le invita a viajar con su familia a Polonia.—Durante su estancia en Cracovia estalla la guerra y la ciudad se convierte en un centro militar.—Los Conrad regresan a Inglaterra a través de Austria e Italia después de una ausencia de cuatro meses.

1914

### **Literatura, arte y cultura**

Joyce: *Dubliners*.—W. B. Yeats: *Responsibilities*.—Henry James adopta la nacionalidad británica.

### **Historia**

Asesinato del archiduque Fernando en Sarajevo.—Austria dirige un ultimátum a Serbia. Estalla la Primera Guerra Mundial.

### **Vida y obra**

Escribe *The Shadow Line*.

### **Literatura, arte y cultura**

D. H. Lawrence: *The Rainbow*.

1915

### **Historia**

Sudáfrica se anexiona la colonia alemana de África Sudoccidental.

### **Vida y obra**

Escribe relatos cortos.—Por encargo del Almirantazgo realiza visitas de reconocimiento de las costas y puertos británicos.—Su hijo Borys lucha en el frente de Francia.

### **Literatura, arte y cultura**

1916

Muere Henry James.—Joyce: *A Portrait of the Artist as a Young Man*.

### **Historia**

Muere el emperador Francisco José.—Lloyd George, primer ministro en Inglaterra.—Estalla la Rebelión Irlandesa.

### **Vida y obra**

Se publica *The Shadow Line*. Nueva enfermedad.—Intenta adaptar sus novelas al teatro.—Vuelve a Londres.—Ve a Galsworthy y a Garnett con frecuencia.—Empieza *The Arrow of Gold*.

1917

### **Historia**

Estados Unidos entra en guerra.—Abdica el zar Nicolás II. El ejército ruso sufre derrotas y desertiones.—Armisticio entre

Rusia y Alemania.—Estalla la Revolución Rusa.

**Vida y obra**

Termina *The Arrow of Gold*. Frecuentes viajes a Londres para que Jessie sea operada de la rodilla.—Revisa y continúa *The Rescuer* (que se publicará como *The Rescue*).

**Literatura, arte y cultura**

**1918** Bertrand Russell, encarcelado por negarse a combatir.—Hopkins: *Poems*.

**Historia**

Paz del Brest-Litovsk.—Asesinato del zar Nicolás II.—Final de la Gran Guerra.

**Vida y obra**

Termina *The Rescue*, que había quedado interrumpida en 1899.—Trabaja en una edición de sus obras completas. Escribe un artículo sobre Stephen Crane y empieza a hacer la adaptación teatral de *The Secret Agent*.

**1919** **Literatura, arte y cultura**

Ezra Pound: *Cantos*.—T. S. Eliot: *Poems*.—Gide: *La symphonie pastorale*.—B. Russell: *Introduction to Mathematical Philosophy*.

**Historia**

Se firma el tratado de Versalles. Una serie de nuevas repúblicas quedan constituidas en Europa.—Independencia de Polonia.

**Vida y obra**

Abandona Aldington y se instala en Wye (Kent).—Nuevos viajes a Liverpool y a Londres para que Jessie vuelva a ser operada.—Hace la adaptación teatral de *Because of the Dollars*.

**1920** **Literatura, arte y cultura**

J. Galsworthy publica el último volumen de *The Forsyte Saga* (el primer volumen se publicó en 1906).—Pound: *Hugh Selwyn Mauberley*.

**Vida y obra**

Vive varios meses en Córcega.—Durante el viaje le acompaña Aubry, su futuro biógrafo.—Empieza a escribir *Suspense*.—Cuando regresa a Inglaterra se instala en Bishopsbourne (Kent).

**Literatura, arte y cultura**

**1921** Joyce publica en París *Ulysses*.—D. H. Lawrence: *Women in Love*; *Psychoanalysis and the Unconscious*.—W. B. Yeats:

*Michael Robartes and the Dancer*.—A. France: *La vie en fleur*.—B. Russell: *The Analysis of Mind*.—Se concede el Premio Nobel a A. France.

### **Vida y obra**

Escribe *The Rover*.—Muere su amigo y editor Pinker.—Se estrena la adaptación de *The Secret Agent*, con poco éxito.

### **Literatura, arte y cultura**

1922 T. S. Eliot: *The Waste Land*.—D. H. Lawrence: *Fantasia and the Unconscious*.

### **Historia**

Mussolini organiza la «Marcha sobre Roma».—Lloyd George forma un gobierno de coalición con los conservadores.—Irlanda se convierte en estado libre.

### **Vida y obra**

1923 Viaja a Estados Unidos, donde se le recibe con grandes honores.—Matrimonio de su hijo Borys.—Escribe algunos artículos para periódicos y continúa *Suspense*.—Se niega a colaborar con F. Madox Ford en una nueva revista de la que éste es editor. Se subastan en Estados Unidos los manuscritos de sus obras.

### **Literatura, arte y cultura**

Proust publica el quinto y último volumen de *À la recherche du temps perdu*, y se le otorga el Prix Goncourt.—Huxley: *Antic Hay*.—Freud: *El «ego» y el «id»*.

### **Vida y obra**

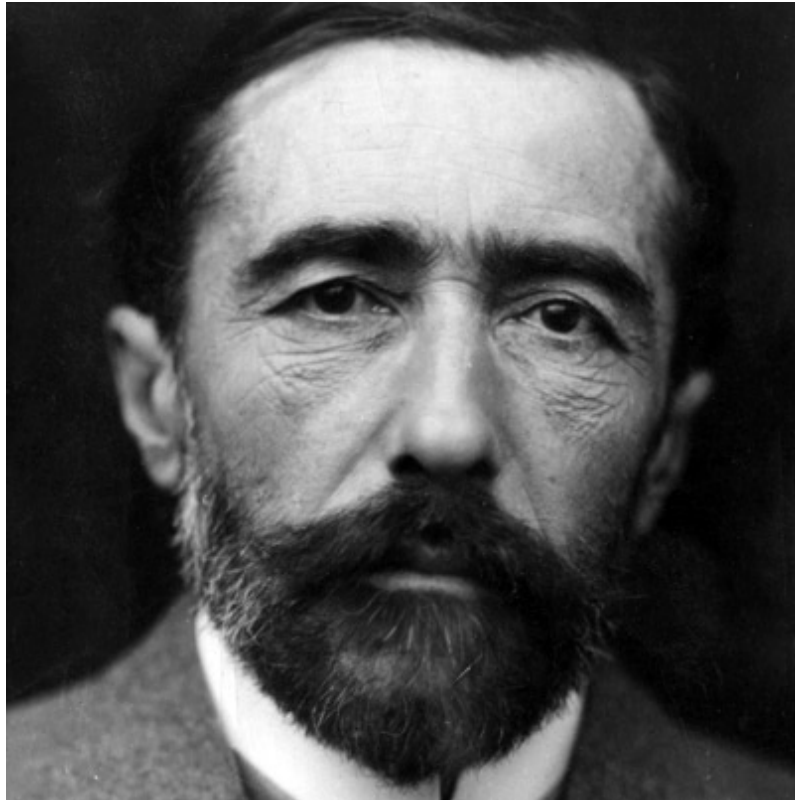
Continúa trabajando en *Suspense*, que quedará inacabada, y escribe un prefacio para sus relatos cortos.—Rechaza un título nobiliario que le ofrece Ramsay Mac Donald. Nuevamente enfermo, muere en Bishopsbourne el 3 de agosto.

### **Literatura, arte y cultura**

1924 E. M. Forster: *A Passage to India*.—Gide: *Corydon*.—Valéry: *Le Serpent*.—Manifiesto Surrealista.—Yeats: *Later Poems*.—Se concede el Premio Nobel a Yeats.

### **Historia**

Muere Lenin. Stalin, Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética.



JÓZEF TEODOR KONRAD KORZENIOWSKI, más conocido como Joseph Conrad (Berdyczów, entonces Polonia, actual Ucrania, 3 de diciembre de 1857 - Bishopsbourne, Inglaterra, 3 de agosto de 1924), fue un novelista polaco que adoptó el inglés como lengua literaria. Conrad, cuya obra explora la vulnerabilidad y la inestabilidad moral del ser humano, está considerado como uno de los grandes novelistas en lengua inglesa, a pesar de que no habló esta lengua de manera fluida hasta después de cumplir los veinte años (y aun así, siempre con marcado acento polaco).

Como dice Carlos S. Sánchez Rodrigo en el prólogo a la edición de *Notas de vida y letras*, no es fácil acercarse al solitario a menos que él lo propicie. Pero ese aire distante no es lo único que define al personaje y al autor literario ya que Conrad se empeñó, algo contradictoriamente, en abordar la vida, la literatura y el arte desde una apasionada independencia, lo que desde el punto de vista literario lo ha situado al margen de estilos y escuelas, y desde el punto de vista de su trayectoria biográfica lo llevó al exilio y a abrazar un idioma extraño, siempre preservando celosamente en penumbra ciertos aspectos de su biografía, lo que algunos atribuyen a su invencible pudor o a su carácter proverbialmente reservado, aunque otros lo consideran sólo un artificio literario con el que mantener vivos el interés y la curiosidad de sus lectores y críticos.

Su nombre polaco original era el de Józef Teodor Konrad Nalecz-Korzeniowski, aunque al tomar la nacionalidad británica adoptó el de Joseph Conrad. Nacido en el seno de una familia perteneciente a la baja nobleza en Berdyczew, Podolia el 3 de



diciembre de 1857, en una ciudad hoy situada en Ucrania y por entonces perteneciente a la Polonia sujeta al ocupante ruso. Su padre combinaba la actividad literaria como escritor y traductor de Shakespeare y de Victor Hugo con el activismo político del nacionalismo polaco, objeto de la represión del régimen zarista, actividades que le acarrearón una condena a trabajos forzados en Siberia. La madre de Josef murió de tuberculosis durante los años de exilio, y cuatro años más tarde el padre, al que se le había permitido volver a Cracovia.

Al quedar huérfano a los doce años, Conrad hubo de trasladarse a la casa de su tío Thaddeusa a Lvov, ciudad entonces bajo administración del imperio austro-húngaro, y luego a Cracovia donde estudió secundaria. Pero a los 17 años, hastiado de la vida estudiantil, viajó hasta Italia y luego a Marsella para terminar enrolándose como marinero a bordo del buque «Mont Blanc» (1875). Esa experiencia cambiaría su vida ya que con ella nacería una pasión, que no abandonó jamás, por la aventura, por los viajes, por el mundo del mar y por los barcos.

De los siguientes cuatro años apenas se conocen datos. De esa etapa, que él se empeñó siempre en mantener en penumbra, se ha documentado, no obstante, un viaje por el Caribe, su apoyo activo al legitimismo bonapartista, cierto asunto de contrabando de armas a favor de los carlistas españoles (del que extrajo algún pasaje para su relato de *El tremolino*) y, según parece, hasta un intento de suicidio por razones amorosas.

En 1878, para escapar al reclutamiento militar ruso, se trasladó a Inglaterra, y trabajó como tripulante en barcos de cabotaje en los puertos de Lowestof y Newcastle, ocupando sus ratos libres a bordo con una afición un tanto sorprendente para un joven marinero extranjero, la lectura de Shakespeare, lo que le permitió ya a los 21 años un amplio dominio del idioma inglés, lengua en la que escribió toda su obra y en la que se consagraría como uno de sus autores clásicos. En palabras de Javier Marías, «el inglés de Conrad se convierte en una lengua extraña, densa y transparente a la vez, impostada y fantasmal. Uno de sus rasgos más característicos consiste en utilizar las palabras en la acepción que les es más tangencial y, por consiguiente, en su sentido más ambiguo».

Tras obtener la nacionalidad inglesa, pudo presentarse a los exámenes de aptitud de oficial de la marina mercante británica, y navegó en el «Duke of Sutherland», «Highland Forest», «Loch Etive», «Narcissus» y «Palestine» y luego obtuvo el título de capitán, cargo que desempeñó en los barcos «Torrens» y «Otago», este último de bandera australiana.

En el último cuarto del siglo XIX, al llegar el imperio británico a su máxima expansión, las necesidades del comercio a gran escala y a larga distancia por vía marítima entre la metrópoli y el rosario de colonias, factorías y puertos que se extendía por todas las costas del mundo, junto con las nuevas tecnologías de la

siderurgia y el perfeccionamiento de la máquina de vapor, produjo una crisis en la técnica secular de la navegación impulsada por el viento, debido a que los barcos de vela, pese al romántico canto de cisne de los rápidos *clippers*, era incapaz de competir en velocidad, capacidad de carga y mayor fiabilidad del transporte en los grandes vapores de acero. Enfrentado a la encrucijada de esos dos mundos que se cruzan sin comprenderse e ignorándose, uno, el dominado por el imprevisible capricho del viento, el de la dura y secular técnica de la navegación a vela que tan magistralmente aparece descrita en *El bello arte* y, el otro, el de la esclavitud por la tiranía de la puntualidad y la deshumanización de la vida a bordo, Conrad toma partido ardiente por el primero, aun sabiendo que está irremisiblemente condenado a sucumbir legándonos, ése es su mayor valor, esa irrepetible galería de tipos humanos, armadores, oficiales, capitanes, marineros, etc... que lo han convertido en uno de los clásicos de la literatura del mar, a la altura de Melville y Stevenson. Como reconoce en el prólogo a la edición de *El espejo del mar*, fue gracias al bagaje vital adquirido durante sus años como marino, los episodios vividos durante esa época, los tipos humanos que pudo conocer y las historias que oyó en puerto o durante las tediosas horas a bordo, los que modelaron ese universo geográfico y moral en el que el individuo aparece confrontado en solitario a las fuerzas desatadas de una naturaleza hostil o amenazadora, junto a una fuerte carga de pesimismo respecto a la condición humana y en relación al papel de la civilización, esto último objeto de su relato *El corazón de las tinieblas*, en el que narra de forma oblicua las atrocidades que se estaban cometiendo contra la población indígena en el Estado Libre del Congo, por cierto denunciadas de forma mucho más abierta y decidida por el diplomático irlandés Roger Casement, con el que tuvo cierta amistad personal.

Tras lograr la nacionalidad británica (1886) y escribir su primera novela *La locura de Almayer*, en 1894, a la vuelta de su último viaje a Australia, conoció a su futura mujer, Jessie George, con la que se casó dos años después; en los años siguientes residió en el sur de Inglaterra, ya dedicado exclusivamente a su labor literaria, y trabajó para la Editorial Unwin, más tarde para el editor Pinker y después para la *English Review*. Se publican *Un paria de las islas* (1896), al año siguiente, *Salvamento*, *El negro del Narcissus* y *Una avanzada del progreso*.

Durante estos años conoció a Rudyard Kipling, a Henry James y a H. G. Wells, y colaboró con Ford Madox Fox en la novela *Los herederos*. En 1898 pasa dificultades económicas debido a su afición al juego, por lo que trata infructuosamente de regresar a la marina. En 1900 escribe *Tifon* y *Lord Jim*, novela en la que evoca el traumático accidente que sufrió a bordo del vapor «Palestine», y que estuvo a punto de costarle la vida.

Los años siguientes verán la publicación, con suerte desigual, *Tifón*, *Nostromo*, *El espejo del mar* y de *El agente secreto*. No obstante sufre de depresiones y de otros problemas de salud, además de continuar sus dificultades económicas. En 1913 lo

visita Bertrand Russell y él devuelve la visita viajando a Cambridge. En 1914, durante un viaje por Polonia, estalla la primera guerra mundial y los Conrad tienen que regresar a Inglaterra por Austria e Italia. En 1916 el Almirantazgo le encarga diversas comisiones de reconocimiento por varios puertos británicos.

Al término de la guerra se traslada a Córcega y en 1923 viaja a Estados Unidos. Poco antes de morir, el 3 de agosto de 1924, aún tiene tiempo para rechazar un título nobiliario que le ofrece el gobierno inglés.

## Notas

[1] En el verano de 1889, Conrad acababa de regresar a Londres, después de más de dos años de ausencia (aquí la cifra parece estar un poco exagerada), y tenía el proyecto de ir a visitar a su tío Thaddeus Bobrowski, que vivía en territorio ruso. Pero Conrad, en su condición de ex súbdito del Imperio ruso, encontró dificultades para realizar este viaje, y fue entonces cuando tomó en alquiler una habitación en Bessborough Gardens, en Vauxhall Bridge, mientras buscaba de nuevo trabajo en la Marina Mercante.

Durante varios meses su búsqueda no tuvo éxito, y fue en este período de paro forzoso cuando Conrad empezó a escribir lo que más tarde sería su primera novela: *Almayer's Folly*. <<

[2] No es éste el único caso en que Conrad hace referencia a su pasión por los mapas y, en particular, al episodio de su niñez en que, al contemplar un mapa de África, puso el dedo sobre un gran espacio vacío y pensó: «Cuando sea mayor iré allí». <<

[3] El país a que se hace referencia es el Congo. Desde el año 1876, en que Leopoldo II, rey de Bélgica, fundó la «Asociación Internacional para la Exploración y la Civilización en África», se habían realizado numerosas expediciones a través de este territorio. Entre 1876 y 1877, Henry Morton Stanley atravesó el área más impenetrable de África Central, por encargo de Leopoldo II. A partir de entonces se produjo un incesante movimiento de exploradores, comerciantes y simples aventureros en busca de riquezas, que fueron estableciendo estaciones a través de una extensa zona, estaciones que constituyeron la base para la conquista y explotación de lo que, en 1885, se convertiría en el Estado Independiente del Congo, bajo la soberanía de Leopoldo II.

En 1876, año de la fundación de la «Asociación Internacional...», el soberano belga había declarado ante la Conférence Géographique Africaine: «Le sujet qui nous réunit aujourd'hui est de ces qui méritent au premier chef d'occuper les amis de l'humanité. Ouvrir à la civilisation la seule partie du globe où elle n'a pas encore pénétré, *percer les ténèbres*, qui enveloppent des populations entières, c'est si j'ose le dire, une croisade digne de ce siècle progrès». <<

[4] La Société Anonyme pour le Commerce du Haut-Congo, con sede en Bruselas, que se hallaba bajo el control del capitán Albert Thys, previamente uno de los hombres de confianza de Leopoldo II. <<



[5] Conrad tenía un pariente, Alexander Poradowski, que vivía en Bruselas desde 1863, y cuya esposa, Marguerite Poradowska, mantenía contacto con algunas de las personas directamente relacionadas con las expediciones al Congo. Parece ser que Conrad se había puesto en contacto con el propio Thys antes de dirigirse a sus familiares, y que sólo recurrió a ellos cuando se cansó de esperar a que Thys cumpliera su promesa: ponerle al frente de uno de los vapores de la compañía.

Dos días después de que Conrad llegara a Bruselas (en su segundo viaje a esta ciudad) moría Alexander Poradowski. A partir de ese momento se fue produciendo un progresivo acercamiento entre él y Marguerite Poradowska, que fue quien en realidad logró a través de sus conocidos que Conrad consiguiera el trabajo que ansiaba. <<

[6] No se sabe con certeza de qué altos funcionarios se trata en realidad. Posiblemente uno de ellos fuera Charles Buls, que había trabajado para Thys; otro podría ser el geógrafo A. J. Wauters, que estaba estrechamente relacionado con los proyectos de Leopoldo II. <<

[7] Tampoco en este caso Conrad se aparta sustancialmente de los acontecimientos reales. En efecto, el puesto que la compañía le ofrecía acababa de quedar vacante por la desaparición del capitán Freisleben, muerto en una riña con los nativos. <<

[8] Conrad, como Marlow, tuvo muy poco tiempo para llevar a cabo los últimos preparativos y abandonar Europa. En espacio de pocos días tuvo que hacer dos viajes entre Londres y Bruselas. Antes de partir visitó las oficinas de la compañía (en la rue Bédérode), se sometió a una revisión médica y se despidió de su tía; exactamente igual que Marlow.

En una carta enviada el 22 de mayo a Charles Zagórski —cuñado de Marguerite Poradowska— desde la capital de Sierra Leona, Conrad escribe: «... y si tú supieras todos los frascos de medicinas y todos los deseos afectuosos que he traído conmigo, entenderías en qué tifón, ciclón, huracán, terremoto —no—, en qué cataclismo universal, en qué atmósfera fantástica de mezcla de compras, negocios y escenas afectuosas, he pasado dos semanas enteras». <<

[9] Se trata del capitán Albert Thys (ver notas 4 y 5). <<

[10] Conrad desembarcó en Boma, hasta donde había viajado desde Burdeos en el barco francés *Ville de Maceio*. <<

[11] Matadi, «el más remoto lugar navegable», a 40 millas de la costa. En aquella época Matadi era una estación importante, con 170 habitantes europeos y cuatro puestos comerciales —uno inglés, uno francés, uno holandés y uno portugués—, además de los edificios de la «Expedición de Exploradores Sandford», que formaba parte de la Société Anonyme pour le Commerce du Haut-Congo. Conrad desembarcó en Matadi el 13 de junio de 1890. <<

[12] La línea de ferrocarril que debía unir los asentamientos de Matadi y Kinshasa. <<



[13] La descripción que hizo el capitán Thys de Matadi es casi tan tenebrosa como la que hace Conrad: «Lorsqu'on arrive à Matadi on se croirait devant un pays maudit, véritable barrière qui semble créée par la nature pour arrêter le progrès». <<

[14] El nombre de Kurtz no aparece en el manuscrito original de la obra. En su lugar aparece el nombre de Klein. En efecto, George Antoine Klein era un agente de la compañía que, como Kurtz, estaba a cargo de la Estación Interior. Se desconoce hasta qué punto el relato que Conrad hace de Kurtz está inspirado en el agente Klein. <<

[15] Conrad permaneció cerca de dos semanas en Matadi, iniciando el 28 de junio la marcha hasta la estación que la compañía tenía en el Lago Stanley, en Kinshasa. La caravana, en la que marchaban 31 porteadores, además de Conrad y un tal M. Harou («un hombre grueso que con frecuencia estaba enfermo»), tardó treinta y seis días en hacer el recorrido. <<

[16] En un diario que Conrad comenzó a escribir mientras permanecía inactivo en Matadi, y que conservó durante el resto del viaje, se alude a varios cadáveres de negros (probablemente asesinados) con que la caravana se topó a lo largo del recorrido. <<

[17] «Stone», unidad de peso inglesa equivalente a 6,350 kilogramos, aproximadamente. <<

[18] Cuando Conrad llegó a Kinshasa, el vapor para el que había sido contratado, el *Florida*, se había hundido en condiciones semejantes a las del vapor de Marlow. Sin embargo, y aquí el relato parece apartarse de la realidad, Conrad no tuvo que permanecer en la estación ni reparar su vapor, sino que partió en el *Roi des Belges*, como primer oficial. Él sólo asumió el mando del barco durante una breve enfermedad del capitán. <<

[19] Probablemente este personaje está inspirado en otra de las personas que Conrad conoció durante su estancia en el Congo: Camille Delcommune, que recientemente había sido nombrado director en funciones de la compañía en la región. <<

[20] También el viaje que Conrad realizó en el *Roi des Belges* tenía por objeto recoger a Klein, que se encontraba gravemente enfermo, y que, al igual que Kurtz, murió poco después, en el viaje de regreso. <<



[21] Conrad debía de sentir en realidad gran desprecio por la gente que le rodeaba en aquella época. Su diario y la correspondencia que mantenía con sus parientes pueden servir como muestra del malestar que le producían los «peregrinos». En una de las páginas de su diario leemos: «La característica preeminente de la vida social aquí: todo el mundo hablando mal de los demás». <<

[22] Estas frases están escritas en un tono notablemente irónico. En *Geography and some Explorers*, Conrad calificó la empresa del Congo como «la más vil rapiña que haya jamás desfigurado la historia de la conciencia humana y la exploración geográfica». <<

[23] En la carta que envió a Zagórski desde Sierra Leona (ver nota 8 del capítulo I), Conrad escribía: «Lo que hace que uno se sienta intranquilo es saber que un sesenta por ciento de los empleados de la compañía regresan a Europa antes de haber completado seis meses de servicio. ¡Fiebre y disentería! A otros se les manda de regreso a casa después de un año, para que no mueran en el Congo. ¡Dios nos salve! ... En una palabra, parece ser que sólo un siete por ciento pueden completar sus tres años de servicio». <<

[24] Conrad, cuya salud nunca debió de ser demasiado buena, estuvo enfermo varias veces desde que salió de Europa. A raíz de su estancia en el Congo sufrió una serie de achaques permanentes que se manifestaron, de forma intermitente, durante el resto de su vida. <<

[25] Conrad juega aquí con la palabra inglesa *unsound*, utilizándola para calificar dos cosas distintas en las frases: «Do you call this an unsound method?», y más adelante: «I was unsound!». En el segundo caso el adjetivo tiene un doble significado, imposible de reproducir en castellano. Aquí se ha optado por traducir: «¡Yo estaba en un error!», con el mismo término empleado en el primer caso; pero esta traducción no tiene la connotación de «enajenado» que tiene la expresión original. <<

[26] Conrad no regresó a Europa hasta el mes de noviembre de 1890. Cuando tomó la decisión de abandonar el Congo su salud era muy precaria. En *A Personal Record* escribió: «... llegué a aquella deliciosa capital de Boma, donde, antes de que el barco que me iba a conducir a casa partiera, me dio tiempo para desear mi muerte una y otra vez con perfecta sinceridad». <<